

FRANCISCO CANDIDO XAVIER

CRÔNICAS DEL MÁS ALLÁ DEL TUMULO

Por el Espíritu

Humberto de Campos

Querido amigo:

Si a usted le gusta este libro y tiene la oportunidad de adquirirlo, hágalo, pues los derechos tutoriales son donados a instituciones de caridad, Mucha Paz.

AL LECTOR.....	3
01 - DE UNA CASA DEL OTRO MUNDO.....	5
02 – CARTA A LOS QUE QUEDARON.....	8
03 – A MIS HIJOS.....	11
04 –EN LA MANSIÓN DE LOS MUERTOS.....	14
05 - JUDAS ESCARIOTES.....	18
06 - A LOS QUE AÚN ESTÁN EN LAS SOMBRAS DEL MUNDO.....	21
07 –LA SUAVE COMPASIÓN	24
08 –DEL MÁS ALLÁ DELTUMULO.....	27
09 - ¡OH! JERUSALÉN... JERUSALÉN.....	29
10 - HABLANDO EL PIRATININGA.....	32
11 – CORAZÓN DE MADRE	34
12 –“FRENTE A FRENTE” DE LAS SOMBRAS.....	36
13 – EN EL DÍA DE LA PÁTRIA.....	40

14 - UN EXCEPTICO.....	42
15 - LA ORDEN DEL MAESTREO.....	45
16 - A PASAGE DE RICHET.....	48
17 - HAUPTMANN.....	51
18 - LA CASA DE ISMAEL.....	54
19- CARTA A MARIA LACERDA DE MOURA.....	57
20 - PEDRO, EL APÓSTOL.....	60
21 - EL GRAN MISIONERO.....	63
22 - LA LEYENDA DE LAS LÁGRIMAS.....	66
23 - CARTA ABIERTA AL SR. ALCALDE DE RIO DE JANEIRO.....	69
24 - LA PAZ Y LA VERDAD.....	72
25 - SÓCRATES.....	76
26 - ESCRIBIENDO A JESUS.....	79
27 - A MAIOR MENSAGEM.....	81
28 - RESPONDIENDO A UNA CARTA.....	84
29 - TIRADENTES.....	86
30 - EL PROBLEMA DE LA LONGEVIDAD.....	89
31 - EL ELOGIO DEL OPERÁRIO.....	91
32 - ANIVERSÁRIO DE BRASIL.....	93
33 - UNA VENERÁBLE INSTITUCIÓN.....	95
34 - CARTA A MI MADRE.....	98
35 -. TE TRAIGO MI ADIÓS SIN PROMETER VOLVER PRONTO.....	101
UN SALUDO FRATERO A HUMBERTO DE CAMPOS.....	103

AL LECTOR

Por el momento, es probable que pocos intelectuales en la Tierra consideren la posibilidad de escribir un libro, después de “muerto”. Yo mismo, en todo mi equipaje de producción literaria en el mundo, nunca deje ningún indicio de creencia en ese sentido. Apegándome al resignado materialismo de mis últimos

tiempos, desalentado cara a los problemas trascendentes del Más Allá del Túmulo, no tuve coraje de enfrentarlos, como, un día, hicieron Medeiros y Albuquerque y Coelho Neto, receloso del fracaso de que dieran testimonio, como marineros inquietos e imprudentes, regresando al puerto árido de los preconceptos humanos, apenas se hizo de vela al gran oficio de las expresiones fenoménicas de la doctrina, donde espiritistas sinceros, consternados e incomprendidos, son esos atrevidos y rudos navegantes de la Escuela de Sagres que, en virtud de sacrificios y altruismo, terminaron sus actividades descubriendo un nuevo continente para el mundo, expandiendo sus esperanzas y santificando su trabajo.

Dentro de la sinceridad que me caracterizaba, no perdí oportunidad para afirmar mis dudas, expresando incluso, mi falta de fe desprovista de cualquier posibilidad de vivir más allá de mis huesos y de mis células enfermas...

Es verdad que los asuntos del Espiritismo seducían a mi imaginación, con la perspectiva de un mundo mejor que ese, donde todos los sueños de las criaturas caminan para la muerte; su literatura fascinaba mi pensamiento con el magnetismo suave de la esperanza, más la fe no conseguía florecer en mi corazón de hombre triste, sepultado en las experiencias difíciles y dolorosas. Los libros de la doctrina eran para mi espíritu como soberbios poemas de un idealismo superior del mundo subjetivo, sin cualquier característica de práctica realidad, donde yo sumergía mis facultades de análisis en las encantadoras ficciones; sus promesas y su mística de consuelos eran el suave anestésico que conseguía aliviar muchos corazones infortunados y doloridos, más el mío era ya inaccesible para la actuación del sedativo maravilloso, y el peor enfermo es siempre aquel que ya experimentó la acción de todos los específicos conocidos.

En 1932, uno de mis compañeros de Academia de Letras solicitó mi atención para el texto "Poesía del Más Allá del Túmulo". Las rimas del otro mundo alineado con su

pureza original en esa antología de los muertos, a través de la mediumnidad de Francisco Xavier, el

humilde escribano de Pedro Leopoldo, impresionando a los conoedores de las expresiones estilísticas de la lengua portuguesa. A su vez, intenté escuchar a Augusto de

Lima, respecto al hecho insólito, pero el gran amigo se apartó del tema diciendo:

-“Ciertamente, entre las novedades de mi tierra, Pedro Leopoldo concurre con un nuevo Barón de Munchausen ”.

La verdad, sin embargo, es que pude atravesar las aguas pesadas y oscuras del Aqueronte y volver del mundo de las sombras, testimoniando la gran y consoladora verdad. Es incontestable que no todos me pudieran recibir, según las realidades de la sobrevivencia. La visita de un “muerto”, en la mayoría de las hipótesis, constituye siempre un hecho importuno y desagradable. Para los vivos, que pautan la existencia por el pentagrama de las convenciones sociales, el muerto con sus verdades será invariablemente un fantasma importuno, y tenemos que acomodar a los imperativos de la lógica las concepciones del tiempo en que vivimos.

Hechas esas consideraciones, heme ante el Lector, con un libro de crónicas del Más Allá del Túmulo.

Esta vez, no tengo necesidad de mandar los originales de mi producción literaria a determinada casa editora, obedeciendo a dispositivos términos contractuales, con la excepción de mi estima sincera por mi gran amigo José Olímpio. La Ley ya no considera mi existencia, de lo contrario, las actividades y posibles derechos de los muertos representarían seria amenaza para la tranquilidad de los vivos.

Mientras estuve allí consumí el fosfato del cerebro para satisfacer los imperativos del estómago, puedo ahora dar el volumen sin retribución monetaria. El médium está satisfecho con su vela simple, dentro de la agenda evangélica de “dar gratis lo que recibiste gratis” y la Federación Espírita Brasileña, venerable institución reconocida por el alcalde Pedro Ernesto de utilidad pública, cuya librería impresionará mi pensamiento, es bien conocida en Río de Janeiro, por sus respetables propósitos

sociales, por su asistencia a los Necesitados, por su programa cristiano, llenos de sacrificios y renunciaciones santificantes.

Ahí está el Libro con mi humilde Recuerdo. Que reciba la bendición de Dios, constituyendo un consuelo para los afligidos y tristes del microcosmos donde viví.

Que no se precipiten en sus apreciaciones los que no me pudieren comprender. La muerte será la misma para todos. A cada cual será reservado un bungalow subterráneo y la sentencia

clara de la justicia celestial. En cuanto a los espíritus superiores de la crítica contemporánea,

cristalizados en las concepciones de la época, que esperan pacientemente el Juicio Final, con

sus revelaciones milagrosas. No seré yo quien les va esclarecer el entendimiento contando cuantos pares de medias usó en toda su vida, o descubriendo el número exacto de sus años, a través de mesas festivas y alegres. Esperen con calma el toque de reunir de las trompetas de Josafat.

Humberto de Campos.

Pedro Leopoldo, 25 de junio de 1937.

01 - DE UN HOGAR DEL OTRO MUNDO

27 de marzo de 1935

Muchas veces pensé cuales serían las sorpresas que aguardaban a un muerto, después de entregar a la tierra sus despojos.

Como un niño que vi por primera vez una feria de muestras, imaginaba al conocido cerrajero de los grandes palacios

celestiales. Veía a S. Pedro con las manos juntas bajo el mentón. Gafas de tortuga, como las de Nilo Peçanha, apoyadas en la nariz, recorriendo con su vista somnolienta y cansada los estudios técnicos, informes, los mapas e inmensos libros, anunciando el movimiento de las almas que regresaban de la Tierra, como destacado amanuense de secretaria. Se suponía que era un anciano bien cuidado, al igual que senadores de la época de la monarquía en Brasil, luciendo largos bigotes e hilos de canas con barba respetable. Quizás el buen apóstol, desenterrando el baúl de sus memorias, me contase algo nuevo: algunas anécdotas sobre su vida, según la versión popular; cosas de su tiempo de pescador, ciertamente llenos de la extrañeza de la juventud. Las jóvenes de Sóforas y Capernaum en Galilea eran criaturas tentadoras con sus labios de granada madura. S. Pedro ciertamente diría algo sobre sus aventuras, que ocurrieron, por supuesto, antes de su conversión a la doctrina del Nazareno. Sin embargo, no encontré al cerrajero del Cielo. Con esa decepción, llegue a suponer que la región de los bienaventurados debería estar incrustada en alguna cordillera de nubes inaccesibles. Se trataba, ciertamente, de un recinto de maravillas, donde todos los lugares tendrían denominaciones religiosas, en su más alta expresión simbólica: Plaza de las Almas Benditas, Avenida de las Potencias Angélicas. En el corazón de la ciudad prodigiosa, en palacios resplandecientes, Santa Cecilia debería tocar su harpa acompañando al coro de las once mil vírgenes, cantando al son de armonías deliciosas para alentar el sueño de las hijas de Aqueronte y de la Noche, para que no vinieran, con su incandescente víboras malditas, a perturbar la paz de los que allí, quienes olvidan los sufrimiento, en reposo beatífico.

De vez en cuando se organizaran, en esa región maravillosa, solemnidades y fiestas conmemorativas de los más importantes acontecimientos de la Iglesia. Los papas desencarnados serían los oficiantes de las misas y Te-Deuns de la gran gala, a que comparecerían todos los santos del calendario; S. Francisco Xavier, con el mismo hábito andrajoso con el que ando predicando en las Indias; S. José, con su traje de carpintero; San Sebastián en su armadura de soldado romano; Santa Clara, con su bello y severo perfil de madona, sustentada por las manos diminutas e inquietas de los arcángeles, como rosas de carne rubia. Las almas

respetables representarían, en las galerías deslumbrantes, los santos que la Iglesia invento para su angiología.

Más... no me fue posible encontrar el Cielo.

Juzgue, entonces, que los espíritas estaban más acertados en sus pareceres. Debería reencontrar a los que habían abandonado sus carcasas en la Tierra, continuando la misma vida. Busque relacionarme con las falanges de brasileños emigrados de otro mundo.

Idealicé la sociedad antigua, los patricios ilustres ahí refugiados, imaginando encontrarlos en una residencia principesca como la del Marqués de Abrantes, instalada en la antigua chácara de Dona Carlota, en Botafogo, donde recibían la más fina flor de la sociedad carioca de las últimas décadas del segundo reinado, cuyas reuniones, compuestas de esclavos nobles de la época, ofuscaban la sencillez monástica de los Paços de S. Cristóbal. Y pensé para mí mismo:

Los rabinos del Sanedrín, que emitieron la sentencia condenatoria de Jesucristo, querían saber las novedades de Hitler, en su furia contra los judíos. Los restos del Príncipe de Bismarck, que perdieron la última guerra, les gustaría conocer cuál es la situación de los negocios franco-alemanes. Les diría a los israelitas la historia de la esterilización, y a los seguidores del ilustre hijo de schoenhausen las cuestiones del plebiscito del Sarre. Cada bienaventurado me vería hacer una petición, las cuales yo atendería con las habilidades de un nuevo portador acostumbrado a los placeres maliciosos del boato.

Sin embargo, me había equivocado. A nadie le importaba la Tierra, o las cosas de su gente.

Tranquilícense, con todo, los que quedan, porque, si no encontré al Padre Eterno con sus longas barbas de nieve, como si fuesen hechas de color blanco y suave, según los grabados católicos, no vi tampoco al Diablo.

Tan pronto como tome cuenta de mí, me llevaron a una cómoda mansión, como la Casa de los Bernardelli, en la playa de Copacabana. Similar a la abadía de un fraile en Estiria, me espanto su imponente y grandiosa apariencia. Procure saber en los anales

de ese caserón del otro mundo las noticias relacionadas con el planeta tierra. Examiné sus informaciones. Ningún relato había a respecto de los santos en la corte celestial, como yo los imaginaba, ni alusiones a Mefistófeles y los condenados. Se ignoraba la historia del fruto prohibido la condenación de los ángeles rebeldes, el decreto del diluvio, las espantosas visiones del evangelista en el Apocalipsis. Las religiones están en la Tierra muy perjudicadas por el abuso de los símbolos. Pocos hechos relacionados con ellas estaban en aquellos documentos.

Nuestro mundo es demasiado insignificante, por lo que pude ver en la otra vida. Me consolé, sin embargo, habiendo descubierto algunos viejos amigos, entre muchas caras nuevas.

Encontré a Emilio radicalmente transformado. Sin embargo, a veces se me hace aparecer con la barriga redonda y un rostro bonachón, como recibía a los amigos en la Pascua, para hablar de la vida ajena.

- "Ah! Hijo- exclama siempre -, hay momentos en los cuales yo desearía bajar a Rio, como el hombre invisible de Wells, y patear mucho a los bandidos de nuestra tierra".

Y, en la gracia de quienes, vaciando vasos, caminaron llenando el barril de Danaides, desojando el cuaderno de sus anécdotas más recientes.

La vida, entretanto, no es más idéntica a la de la Tierra. Nuevos hábitos. Nuevas preocupaciones y nuevos panoramas.

Mi situación es la de un enfermo pobre que se viese de una hora para otra en lujosa estación de aguas, con las dispensas costeadas por los amigos.

Restableciendo la salud, estudio y medito. Y mi corazón, al desenmarañar las diferentes hojas de los compendios del infinito, late como la del nuevo estudiante.

Me siento nuevamente en la infancia. Calzo mis zuecos, me pongo los pantalones cortos, me visto deprisa, con la mala voluntad de los incorregibles muchachos, y me vuelvo a ver ante la maestra Sinhá, que me mira con indulgencia, a través de su tristeza de virgen no

amada, y repito, señalando las letras en la cartilla: _ A B C ... A B C D E ...

¡Ah! Dios mío, estoy aprendiendo ahora los luminosos alfabetos que tus inmensos escribieran con tiza de oro resplandeciente en los libros de la Naturaleza. ¡Me hice nuevamente niño para comprender la lección que me enseña! Se hoy, releyendo los capítulos de tú gloria, porque prosperan en la Tierra los cardos y los jazmineros, los cedros y las hierbas, porque viven los buenos y los malos, recibiendo, en una actividad promiscua de tu casa.

No traigo del mundo, Señor, ninguna ofrenda para a tú grandeza! No poseo sino el corazón, exhausto de sentir y latir, como un vaso de iniquidades. Mas, en el día en que te acuerdes del mísero pecador que te contempla en tu dulce misterio como lámpara de luz eterna, en torno de la cual bailan las hermanas luciérnagas ardiendo en la noche, cierra tus ojos misericordiosos a mis debilidades y deja caer en ese vaso inmundo una raíz de azucenas. Entonces, Señor, como ya pusiste luz en mis ojos, que aun lloran, plantarás el lirio de la paz en mi corazón que todavía sufre y todavía ama.

02 - CARTA A LOS QUE QUEDARON

Humberto de Campos (Hermano X)

Chico Xavier

Libro: Crónicas Más Allá del Túmulo

28 de marzo de 1935

En el antiguo palacio de Buena Vista, en las audiencias del sábado, cuando recibía toda la gente, D. Pedro II atendió a un anciano negro con gorra blanca y cuyo rostro, arrugado por el frío de muchos inviernos, se descubría señales de muchas penas y muchos malos tratos.

-¡Ah! Mi gran Señor - exclamó el desdichado - ¡qué difícil es ser esclavo! ...

El magnánimo emperador miró sus manos cansadas en el timón del liderazgo del pueblo y aquellas otras, encalladas, en el crecimiento

excesivo de los callos adquiridos en la dura tarea en las viviendas de esclavos, tranquilizándolo conmovido:

-¡Hijo mío, ten paciencia! También soy esclavo de mis deberes y ellos son bien pesados... Tus infortunios van a disminuir...

Y mandó liberar al negro.

Más tarde, en los primeros tiempos de su destierro, el bondadoso monarca, a bordo del Alagoas, recibió la visita de su ex ministro; a las primeras interpelaciones de Oro Prieto, respondió el gran exiliado:

-En suma, estoy satisfecho y tranquilo.

Y, aludiendo a su expatriación:

Es mi carta de libertad... Ahora puedo ir a donde quiera.

La corona pesaba demasiado para la cabeza del monarca republicano.

A los que pregunten en el mundo por mi posición frente a la muerte, les diré que ella tuvo para mí la fulguración de un Trece de Mayo para los hijos de Angola.

La muerte no vino a buscar mi alma, cuando esta se complacía en las redes doradas de la ilusión. Sus tijeras no me cortaron los hilos de la mocedad y de sueño porque yo no poseía sino nieves blancas a la espera del sol para deshacerse. El hielo de mis desengaños necesitaba de ese calor de realidad, que la muerte esparce en el camino por donde pasa con su guadaña aplastante. Resistí, sin embargo su cerco como Aquiles con el heroísmo indomable de quien ve la destrucción de sus murallas y reductos.

En mi trinchera de bolsas de agua caliente, la veía llegar casi todos los días ... Me miraba en las pupilas llameantes de sus ojos, pidiéndole complacencia y ella me sonreía consoladora ante sus promesas. Yo no podía, sin embargo adivinar su fondo misterioso, porque dudaba mi espíritu obsesado, acurrucándose en mi raciocinio como tentáculos de un pulpo.

Y, con una alegría bárbara, me sentí atrapado en el sufrimiento, como un luchador romano aureolado de rosas.

Estaba triunfando sobre la muerte y como Áyax recogí las últimas esperanzas en la roca de mi dolor, desafiando el tridente de los dioses.

Mi excesiva vigilancia me trajo el insomnio, que arruinó la tranquilidad de mis últimos días. Perseguido pela sordez, ya mis ojos se apagaban como las últimas luces de un navío zozobrando en el mar embravecido en el silencio de la noche. Sombra, moviéndose dentro de las sombras, no me acobarde ante el abismo.

Sin desvanecerme me tiré para combatir, no para repeler moros en la costa, sino para levantar el corazón muy alto, tallado en las piedras del camino como un libro de experiencias para los que vengan después de mis pasos, o como el borde luminoso que los faroleros desabotonan en la superficie del aguas, impidiendo a los incautos los peligros de las traidoras sirenas del océano.

Muchos me supusieron corroído de la lepra y de gusanos como si fuese Bento de Labre, raspándome con el escudo de Jo. Yo, sin embargo, solo estaba reflejando la claridad de las estrellas de mi inmenso crepúsculo. Cuando, estaba en esta tarea de sembrar la resignación, la primera y última flor de quienes atraviesan el desierto de las incertidumbres de la vida, la muerte vino a mi cama; despacio, como alguien que temiese despertar a un niño enfermo. Esperó a que la anestesia cubriera todas las ventanas e intersticios de mis sentimientos. ¡Y cuando el caos más absoluto en mi cerebro, ¡zás! Corto las esposas que me mantenían retenido por amor a los otros condenados, mis hermanos, presos en el calabozo de la vida. Adormecí en sus brazos como un ebrio en las manos de una diosa. Despertando de esa letargia momentánea, comprendí la realidad de la vida, que yo negara, más allá de los huesos que se adornan con los claveles rojos de la carne.

-¡Humberto!... Humberto... exclamó una voz lejana - ¡recibe a los que te envían de la Tierra!

Abrí los ojos con horror y enfado:

-¡No! No quiero saber de panegíricos y ahora no me interesan las secciones necrológicas de los periódicos.

Te equivocas - repitió - los homenajes de la convención no se equilibran hasta aquí.

La hipocresía es como ciertos microbios de vida muy efímera. Toma las oraciones que se han elevado para ti a Dios, desde los pechos ahogados, por donde penetraste con tus exhortaciones y consejos. El sufrimiento retorno a tu corazón como un cántaro de miel.

Vi descender de un punto indeterminado del espacio, cabezas llenas de flores embriagadoras como si estuvieran hechas de niebla brillante, y escuché, en relación con mi pobre nombre, oraciones tejidas con suavidad y dulzura. ¡Ah! Yo no había visto el cielo y su corte de bienaventurados; pero Dios recibiría aquellas depreciaciones en su solio de estrellas encantadas como la hostia simbólica del catolicismo se perfuma en la ola envolvente de los aromas de un incensario. Nuestra Señora, la dama debería oírlas en su trono de jazmines bordados en oro, rodeada de ángeles que eternizan tu gloria.

Aspire con fuerza aquellos perfumes. Pude moverme para investigar el reino de las sombras, donde pienso sin cerebro en la cabeza. Amaba y sufría aún, reconociéndome en el pórtico de una nueva lucha.

Encontré algunos amigos a quien apreté fraternalmente las manos. Regresé aquí. Volví a hablar con los humildes y los desdichados, confundidos en el polvo del camino de sus existencias, como trozos de papel, arremolinándose en el viento. Volví para decirles a los que no pude interpretar en mi escepticismo de sufridor:

-No sois los candidatos a la mansión Praia Vermelha. [Hospicio Nacional]. Planta pues en las almas la palmera de la esperanza. Más tarde ella descubrirá sobre vuestras cabezas encanecidas sus aficionados motivados y verdes...

Y puedo acrecentar, como el nieto de Marco Aurelio, en lo tocante a la muerte que me arrebató de la prisión neblina de la Tierra:

- Es mi carta de libertad... Ahora puedo ir a donde quiera.

La amargura del mundo era demasiado pesada para mi corazón.

03 – A MIS HIJOS

08 de abril de 1935

Hijos míos vengo hablar a ustedes como alguien que abandonase la noche de Tiresias, en el carro fulgurante de Apolo, subiendo a los picos dorados y fragantes de la Hélice. Todo es armonía y belleza en compañía de los números y de los genios, más el pensamiento de un ciego, al reabrir los ojos en los destellos de la luz, es para los que se quedaron, lejos en la noche donde apenas la esperanza es una estrella de luz dulce y triste.

No vengo de mi casa subterránea de San Juan Bautista [El espíritu se refiere al cementerio de San Juan], como los muertos que los ladrones, algunas veces, hacen regresar a los tormentos de la Tierra, por la maldad de sus pecados. En la última morada de mi cuerpo mis ojos quedaron enfermos y mis disposiciones orgánicas.

Acá estoy como si hubiese sorbido un néctar de juventud en el banquete de los dioses.

Entretanto, hijos míos, se levanta entre nosotros un reguero de misterio y de silencio.

Yo soy yo. Fui el padre de ustedes y ustedes fueron mis hijos. Ahora somos hermanos. Nada hay de más bello que la ley de solidaridad fraterna, delineada por el Creador en su inaccesible gloria.

La muerte no suprimió mi afectividad y aun poseo mi corazón de hombre para el cual ustedes son las mejores criaturas de ese mundo.

Dicen que Orfeo, cuando tocaba las cuerdas de su lira, sensibilizaba a las bestias que se agrupaban enternecidas para escucharlo. Los árboles venían de lejos, transportados en armonía. Los ríos detuvieron el curso en sus impetuosas corrientes, deteniéndose a escucharlo. Había deslumbramiento en el paisaje musicalizado. La muerte, hijos míos, cantó para mí, tocando su laúd. Todas mis convicciones han dejado sus lugares primitivos para sentir la grandeza de tu canto.

No puedo transmitir ese misterio maravilloso a través de los métodos imperfectos de que dispongo. Y, si pudiese, existe ahora entre nosotros el fantasma de la duda.

Convidado por el Señor, yo también estuve en el banquete de la vida. No en los palacios de la popularidad o de la juventud efímera, más en el atrio pobre y triste del sufrimiento donde se conservan temporalmente los mendigos de su casa. Mi primer dolor fue mi primera luz. Y cuando los infortunios formaron una tela inmensa de amarguras para mi destino, me sentí en la posesión del granero de la claridad de la sabiduría. Mis dolores eran mi prosperidad. Pero como cortesano de Dionisio, vi la duda como la espada más afiladísima balanceándose sobre mi cabeza. Allí en la Tierra, entre la creencia y la incredulidad, está siempre ella, la espada de Damocles. Esta es una fatalidad.

Vengo hasta ustedes lleno de ternura amorosa y si no puedo individualizarme, presentándome como el padre amoroso, no pueden ustedes garantizar la imposibilidad de mi sobrevivencia. La duda entre nosotros es como la noche. El amor, sin embargo, ilumina esas sombras.

Una persona muerta, como yo, no puede esperar la certeza o la negación de los vivos que recibieran su mensaje por el cual prevalecerá el argumento dudoso. Ni puede exigir otra cosa que en el mundo no procedería de otra manera.

Siento hoy, más que nunca, la necesidad de despersonalizarme, de volver a ser hijo ignorado por Doña Anica, la buena y santa anciana, que sigue siendo la más santa para mí de las madres. Necesito olvidarme de mí mismo. Sin embargo, antes que se cumpla este mi deseo, vuelvo a ustedes para hablarles paternalmente como en el tiempo en que destruía el fosfato del cerebro con el fin de adquirir combustible para el combustible del estómago.

-¡Hijos míos!... ¡Hijos míos!... Estoy viviendo... ¿No me ven?... ¡Más miren, miren mi corazón como aún está latiendo por ustedes!...

Aquí, hijos míos, no me preguntaron si yo hubiera descendido gloriosamente las escaleras del Petit Triaron; no fui inquirido a respecto de mis triunfos literarios y no me preguntaron informes sobre mi uniforme académico. En compensación, fui acusado sobre

las causas de los humildes y de los desafortunados por los cuales me batí.

Vivan pues con prudencia en la superficie de ese mundo de futilidades y de glorias vanas.

En uno de los más delicados poemas de Wilde, Árcades lamentara la muerte de Narciso junto a su fuente predilecta, transformada en una taza de lágrimas.

-No nos admira – suspiran ellas – que tanto has llorado!... ¡Era tan lindo!...

-¿Era hermoso Narciso? Preguntó el lago.

-¿Quién mejor que tu puede saberlo, si nos despreciabas a todas para extenderse en las hiervas de tu orilla, bajando los ojos para contemplar, en el diamante de tu ola, su hermosura? ...

La fuente respondió:

-Yo adoraba Narciso porque, cuando me procuraba con los ojos, yo veía, en el espejo de sus pupilas, el reflejo de mi propia belleza.

En su generalidad, hijos míos, los hombres, cuando no son Narciso, enamorado de su belleza misma, son las fuentes de Narciso.

No vengo exhortar a ustedes como un sacerdote; conozco de sobra las flaquezas humanas.

Vivan, sin embargo, la vida del trabajo y de la salud, lejos de la vanidad corruptora. Y, en la religión de conciencia rectilínea, no se olviden de rezar. Yo, que era un hombre tan malvado y tan triste, estoy aprendiendo mi oración de nuevo, como lo hice en la infancia, con mi madre, en Paraíba.

-¡Vengan, hijos míos!... Arrodillémonos con las manos juntas... ¿No ven que llegué de tan lejos? Yo era más feliz que el Rico y el Lázaro de la parábola, que no pudieron volver...

Arrodillémonos en el templo del Espíritu; inclinen ustedes su frente sobre mi corazón. ¿Cogen todos en mis brazos? Caben, si...

Vamos a rezar con el pensamiento en Dios, con el alma en el infinito. Padre nuestro... que estás en el cielo... santificado sea tu nombre...

04 – EN LA MANSIÓN DE LOS MUERTOS

09 de abril de 1935

- ¿El amigo sabe que los fotógrafos ingleses registraron la presenta de Sir Conan Doyle en el entierro de lady Gaillard?

Esta pregunta me fue dirigida por el coronel C... de C..., (1) que yo conociera en uno de mis viajes por el Nordeste. El coronel leyó mis crónicas desafiantes y en unos pocos minutos nos convertimos en camaradas. Sin embargo, hace mucho tiempo, había oído hablar de su fallecimiento de su paso al otro mundo debido a una arteriosclerosis generalizada. El tiempo se va y el tiempo viene enfrentándonos de nuevo en el vagón infinito de la Vida, en el que todos viajamos a través de la eternidad. Y, como el mejor abrazo que podemos regalar de los vivos, ahí estábamos los dos lados a lado, sin pensar en el reloj que regulaba nuestras acciones en la prisión de la Tierra, ni en los consejos del estómago, que trabajan allí demasiado rápido.

C. tenía en el mundo ideas espíritas y continuaba, en la otra vida, a interesarse por las cosas de su doctrina.

¿Entonces, coronel, la vida que llevaremos por aquí no será muy diferente de la que observábamos allí abajo? ¿Un muerto, puede presentarse en las solemnidades de los vivos, participar de sus alegrías y de sus tristezas, como en el presente caso? Además, ya sabemos del capítulo evangélico que manda a los muertos enterrar a sus muertos.

-Sí, muchacho, respondió mi amigo como si evocara una escena dolorosa- pero, eso de acompañar entierros, me sobra experiencia para dejar de hacerlo. Solíamos observar que, si los vivos tienen miedo de los que ya regresaron para acá, nosotros también, algunas veces, sentimos repulsa de toparnos con los vivos. Sin embargo, lo que le voy a contar ocurrió entre los considerados muertos. Tiene miedo de dos espectros en un oscuro ambiente de un cementerio.

Y mi amigo, con la mirada inmersa en el pasado lejano, monologaba:

-Desde esa noche, nunca más acompañe los entierros de amigos... Dejo eso a los encarnados, que viven jugando a la cabra ciega en su olvido temporal...

"Cuénteme, coronel, el acontecimiento", le dije, apenas mal soportando mi curiosidad.

-¿Se acuerda- comenzó el - de la admiración que yo siempre manifestaba por el Dr. A.F., que usted no llegó a conocer en persona?

-Vagamente...

-Pues bien, el Antonio, nombre por el cual respondía en la intimidad, era uno de mis amigos de pecho.

Abogado de renombre en mi tierra, ya lo conocí en la alta posición que disfrutaba dentro de la sociedad que aceptaba todas sus acciones y opiniones.

Pardavasco, insinuante, era el tipo de mulato brasileño. Amable, inteligente, captaba la confianza de quienes se le aproximaban. Era de una felicidad única. Ganaba todas las causas que le eran entregadas.

El crimen más negro presentado por su palabra persuasiva en argumentación infalible en la defensa. Los imputados, absueltos con su colaboración, se retiraban de la sala de justicia casi canonizados.

Antonio ¿tuvo algún problema pendiente? El triunfo fue suyo. Disfrutó de toda nuestra consideración y estima. Había criado a su familia con una moralidad impecable. En algunas ceremonias religiosas a la que comparecí, me acuerdo de haberlo encontrado, como un buen católico, en cuya personalidad nuestro vicario veía uno de los más prestigiosos de los parroquianos.

Encabezó iniciativas benéficas, presidió la asociación religiosa y destacó por la austeridad intransigente de sus costumbres.

Cuando regresé de ese mundo, que hoy representa una penitenciaría para nosotros, traje recuerdos nostálgicos.

Imagine, pues mi deseo de reencontrarlo, cuando vine a saber, en estos parajes, que él se hallaba en las puertas de la muerte. Obtuve permiso para visitar la Tierra y fui a verlo de nuevo en su cama de lujo, rodeada de un celo extremo, en una alcoba a la sombra de su confortable residencia. Se ingirieron pociones. Se administraron inyecciones. Los doctores fueron escuchados atentamente. Sin embargo, la muerte merodeaba por el lecho de encaje, con su ritmo silencioso. Después de que le desgarraran el abdomen con un bisturí, le sobrevino una infección inesperadamente.

Apareció una pleuresía y todas las los pinchazos eran inútiles. Antonio estaba en agonía. Lo vi en sus momentos finales, sin que él me viese en su semi-inconsciencia. Los médicos a su cabecera, deploraban la desaparición del hombre probo. El sacerdote, que sostenía en aquellas manos de cera un delicado crucifijo, recitando la oración de los moribundos, hacía al cielo piadoso recomendaciones.

¡La esposa lloraba por el esposo, los hijos al padre! A mis ojos, aquel cuadro era el de la muerte del justo. Transcurridas algunas horas, acompañe al fúnebre cortejo que iba entregar a la tierra aquellos fríos despojos.

No es necesario que les cuente los pomposos funerales que la iglesia dio al muerto, en virtud de su posición eminente. Oraciones. Era una ceremonia eclesiástica muy rutilante en un latín agradable.

Mas, como no todos los que mueren se desprenden inmediatamente de los humores y de las vísceras, espere a que mi amigo despertase para ser el primero en abrazarlo.

Era crepúsculo. E, en aquella tarde de agosto, las nubes estaban enrojecidas, en medio del humo de las quemaduras, pareciendo una espumeada de sangre. Había olor a tierra brava, entre las pizarras silenciosas, junto a los sauces y cipreses.

Yo esperaba. De vez en cuando, el viento agitaba las ramas de los sauces llorones, que parecían sollozar, e un vaivén exquisito.

-Al Fin - exclamó el espectro -llegó el momento de mi venganza! Nadie podrá advocar a tú causa. Ni Dios, ni el Demonio podrán interceder por tu suerte, como no pudieron cicatrizar en el mundo las heridas que abriste en mi corazón. Todos nuestros testimonios

ahora son mudos. Los ángeles aquí son de piedra y las capillas de mármol, llenas de cruces silenciosas, son casos de carne podrida. ¿Me recuerdas? ¡Soy R. S., a quien hiciste daño con tu infamia!

Ya no eres ese hombre oscuro insinuante que robó la fortuna de mis padres, destruyendo sus vidas y arrojándome al abominable burdel. La fortuna que te dio un nombre se construyó sobre el pedestal del crimen.

¿Recuerdas las promesas mentirosas que me hiciste? Avergonzada, abandone la tierra que me viera nacer para ganar el pan en el más horrendo comercio. Corrí mundo, sin olvidar tu perversidad y sin conseguir ahogar mi infortunio en la taza de los placeres.

Entretanto, el mundo fue tuyo. Acusado de un crimen nefasto, fuiste sacerdote de la justicia; yo, la víctima desconocida, me vi obligado a sofocar mi debilidad en las cabinas sociales, donde los hombres pagan el tributo de sus miserias. Tuviste la sociedad, yo los burdeles. El triunfo y la consideración te pertenecía; el desprecio y la condena cayeron sobre mí. Mi hogar fue el hospital, donde se escapó el último gemido de mi pecho. Mis brazos, que habían nacido para acariciar a los ángeles de Dios, como dos ramas de árboles llenos de pájaros fueron transformados por ti en tentáculos de fatalidad. Yo, podría haber sido dueña de una casa, donde los niños bendecirían mis caricias y donde un compañero trabajador se reconfortase con el beso de mi cariño. Vengo a condenarte, desalmado asesino, en nombre de la justicia eterna que nos rige, por encima de los hombres. Hace más de un lustro, que te espero en esta inagotable soledad, donde no podrás comprar la conciencia de los jueces...Viviste con tú confort, mientras yo penaba con mi miseria; mas, el infierno ahora será de nosotros dos!...

El coronel hizo una pausa, mientras yo meditaba en aquella historia.

-La mujer lloraba – continuo el –llena de dolor. Me aproxime a ella, no siendo notada, sin embargo, mi presencia.

Miré la cruz modesta y gastada que había sido arrancada unas horas antes, de esos siete palmos de tierra, para que se pudiera abrir un sepulcro nuevo y, no sé si por casualidad, se le escribió un

*nombre con clavos amarillos, ya desfigurado por el óxido: R. S. -
Orad por ella.*

Por una coincidencia siniestra, se reencontraban los dos cuerpos y las dos almas. Procure hacer todo por Antonio, más cuando atravesé con la mirada la tierra que le cubría los despojos, se me figuro ver un montón de huesos que se movían. Cráneo, tibias, húmero, clavículas, se reunían bajo una acción misteriosa y vi una calavera haciendo sonar los dientes de furia, al mismo tiempo que bridas de acero parecían apretar el cuello del cadáver de mi amigo.

-¿Y el coronel, esto es, el Espíritu, estaba presente?

-Estaba, sí. Presente y despierto. Allá lo deje, sintiendo los horrores de aquella sofocación.

-¿Mas, y Dios, coronel? Donde estaba Dios que no se compadeció del pecador arrepentido?

El coronel me miró, como si estuviese interrogando a si mismo, y declaró por fin:

-¡Hombre, no lo sé! ... Yo creo que Dios creó el mundo; sin embargo, creo que la Tierra estaba incluso bajo la dirección del diablo.

(1) En el original del mensaje fueron dados por extenso los nombres de las personas en el mencionados. Como, sin embargo, esas personas dejaron descendentes, que podrían molestarse con las referencias que les hice Humberto de Campos, resolvemos indicarlás apenas por sus iniciales.

05 - JUDAS ESCARIOTES

19 de abril de 1935

Silencio augusta cae sobre la Ciudad Santa. La antigua capital d Judea parecía dormir su sueño de muchos siglos. Más allá descansa Getsemaní, donde el Divino Maestro lloró en una larga noche de

agonía, está el sagrado Gólgota y en cada cosa silenciosa hay un rastro de la Pasión que los tiempos guardarán para siempre.

Y, en medio de todo el escenario, como un velo cristalino de lágrimas, pasa el Jordán silencioso, como si sus aguas mudas, buscando el Mar Muerto, quisiesen esconder de las cosas tumultuosas de los hombres los secretos insondables del Nazareno.

Fue así, en una de esas noches que vi Jerusalén, viviendo su eternidad de maldiciones.

Los espíritus pueden vibrar en contacto directo con la historia. Buscando una relación íntima con la ciudad de los profetas, procuraba observar el pasado vivo de los Lugares Santos. Parece que las manos iconoclastas de Tito por allí pasaron como ejecutoras de un decreto irrevocable. Por todas partes aún persiste un soplo de destrucción y desgracia. Legiones de duendes, embuchados en sus vestimentas antiguas, recorren las ruinas sagradas y en medio de las fatalidades que pesan sobre el emporio muerto de los judíos, los hombres no escuchan los gemidos de humanidad invisible.

En las tranquilas orillas del Jordán, quizás no lejos del lugar sagrado, donde Precursor bautizó Jesucristo, vi a un hombre sentado en una roca. De su expresión fisonómica irradiaba una cautivadora simpatía.

- ¿Sabe quién es este? – murmuró alguien a mis oídos. – Este es Judas.

- ¿Judas?...

- Si.

Los espíritus a veces aprecian, a pesar del progreso que ya han hecho, volver atrás, visitando los lugares donde se engrandecieron o prevaricaron, sintiéndose transportado momentáneamente a tiempos pasados. Así que sumergen su pensamiento en el pasado, volviendo al presente, listo para el heroísmo necesario del futuro. Judas suele venir a la Tierra, los días en que se celebra la Pasión de Nuestro Señor, meditando en sus actos de antaño...

Aquella figura de hombre me magnetizaba-. Yo no estoy aun libre de la curiosidad de reportero, mas entre mis maldades de pecador y

la perfección de Judas existía un abismo. Mi atrevimiento, sin embargo, y la santa humildad de su corazón, se ligaron para que yo lo siguiese, procurando oírlo.

-El señor es, de hecho, el ex-hijo de Iscariote? - Si, soy Judas - respondió aquel hombre triste, enjugando una lágrima en los pliegues de su larga túnica. Como Jeremías, con lamentaciones, a veces contemplo esta Jerusalén en ruinas, meditando en el juicio de los hombres transitorios...

- ¿Es una verdad todo cuanto reza el Nuevo Testamento con respecto a su personalidad en la tragedia de la condenación de Jesús?

- En parte... Los escribas que escribieron los evangelios no atendieron las circunstancias y los

Intercambios políticas que por encima de mis actos predominaron en la nefanda cronificación. Poncio Pilatos y el tetrarca de Galilea, además de sus intereses individuales en la cuestión, tenían aun a su cargo salvaguardar los intereses del Estado romano, empeñado en satisfacer las aspiraciones religiosas de los ancianos judíos. Siempre la misma historia. El Sanedrín deseaba el reino del cielo peleando por Jehová, con hierro y fuego; Roma quería el reino de la Tierra.

Jesús estaba entre esas fuerzas antagónicas con su pureza inmaculada. Ahora, yo era uno de los apasionados por las ideas socialistas del Maestro, sin embargo mi excesivo celo por la doctrina me hizo sacrificar a su fundador. Por encima de los corazones, yo oía la política, única arma con la cual podría triunfar y Jesús no obtendría ninguna victoria. Con sus teorías nunca podría conquistar las redes del poder ya que, en su manto de pobre, se sentía poseído de un santo horror a la propiedad. Planee entonces una rebelión sorda como se proyecta hoy en día en la Tierra con la caída de un jefe de Estado.

El Maestro pasaría a un plano secundario y yo encontraría colaboradores para un trabajo vasto y enérgico como el que hizo después Constantino Primero el Grande, después de derrotar a Majencia a las puertas de Roma, que solo sirvió para distorsionar el cristianismo. Por tanto, entregando el Maestro a Caifás, pensé que

las cosas llegarían a un final tan lamentable e, irritado por el remordimiento, asumí que el suicidio era la única forma de redimirme a sus ojos.

- ¿Y te salvaste por el arrepentimiento?

- No. No lo logré. El remordimiento es una fuerza principal para los trabajos de reparación.

Después de mi trágica muerte, me sumergí en siglos de sufrimiento expiatorio por mi falta cometida.

Sufrí horrores en las persecuciones infligidas en Roma a los adeptos de la doctrina de Jesús y mi testimonio culminó en una hoguera inquisitorial, donde imitando al Maestro, fui traicionado, vendido y usurpado. Víctima de la felonía y traición dejé en la Tierra los últimos resquicios de mi crimen, en la Europa del siglo XV. Desde ese día, en que me entregué por amor a Cristo a todos los tormentos e infamias que me abultaban, con resignación y piedad por mis verdugos, cerré el ciclo de mis dolorosas reencarnaciones en la Tierra, he sentido en mi frente el beso del perdón de mi propia conciencia...

- Y hoy estoy meditando en los días que se fueron... - pensé con tristeza.

- Si... Estoy recapitulando los hechos como si pasarán. Y ahora, hermanado con El, que se halla en su luminoso Reino en las Alturas que aún no es de este mundo, siento en estos caminos la señal de sus divinos pasos. Lo veo aun en la Cruz entregando a Dios su destino...

Siento la clamorosa injusticia de los compañeros que Lo abandonaron enteramente y me viene un recuerdo cariñoso de las pocas mujeres que Lo ampararán en el doloroso trance... En todos los homenajes a Ele prestados, yo soy siempre la figura repugnante del traidor... Miro complacientemente a los que me acusan sin reflexionar si pueden tirar la primera piedra... Sobre mi nombre pesa la maldición milenaria, como sobre estos sitios llenos de miseria y de infortunio. Personalmente, sin embargo, estoy saciado de justicia, porque ya fui absuelto por mi conciencia en el tribunal de los suplicios redentores.

En cuanto al Divino Maestro - continuo Judas con sus llantos- infinita es su misericordia y no solo para conmigo, porque si recibí treinta monedas, vendiéndolo a sus verdugos, hace muchos siglos Él está siendo crimosamente vendido en el mundo mayorista y minorista, por todos los precios en todos los padrones del oro adinerado...

- Es verdad - concluí - y los nuevos negociadores de Cristo no se esfuerzan después de venderlo.

Judas se apartó tomando la dirección del Santo Sepulcro y yo, confundido en las sombras invisibles para el mundo, vi que en el cielo brillaban algunas estrellas sobre las nubes parduscas y tristes, mientras el Jordán corría en su quietud como una sábana de aguas cálidas, buscando un mar muerto.

Hola hermana de Alma, ¡nuestros saludos fraternos!

¡Que este MSG los encuentre en Paz y Salud! ¡Gracias por la compañía!

06 – A LOS QUE AUN SE HALLAN EN LAS SOMBRAS DEL MUNDO

23 de abril de 1935

Antiguamente yo escribía en las sombras para los que se conservaban en las claridades de la Vida.

Hoy, escribo en la luz blanca de la espiritualidad para cuantos aún se hallan sumergidos en las sombras del mundo. Quiero creer, sin embargo que tan dura tarea me fue impuesto en las mansiones

De la Muerte, como exquisita penitencia a mi buen gusto de hombre que cosechó cuando pudo de los frutos sabrosos en el árbol paradisiaco de nuestros primeros padres, según las Escrituras.

Sin embargo, en mi deseo de imitar a ese viejo Tiresias que pronuncia a la fuerza sugerencias y frases conquistó el don

adivinatorio de los dioses a cambio de los preciosos dones de la vista.

Por esta razón mi pensamiento no se manifiesta entre ustedes que vinieron aquí para escucharlo como el de esas entidades exploradoras, que en Hydesville, en América del Norte, por intermedio de las hermanas Fox, vivían en los primeros tiempos del Espiritismo, contando historias y dando respuestas sorprendentes con sus golpes ruidosos y alegres.

También necesito aclarar el sentimiento de curiosidad que les ha embargado hasta aquí, que no estoy ejerciendo ilegalmente la medicina como la gran parte de los difuntos, quienes, hoy en día, viven diagnosticando y prescribiendo remedios y aguas milagrosas para los enfermos.

Tampoco, en mi cualidad de reportero "fallecido" soy portador de algún mensaje sensacional de los paredes comunistas que ya se fueron de esa vida para la más bien, emuladores de Lenin, de los Kropotkines, cuyos cerebros, a esta hora, deben estar desbordados de teorías momentáneas para el amargo instante que vive el mundo.

El objetivo de mis palabras póstumas es solamente demostrar al hombre... desencarnado y la inmortalidad de sus atributos.

El hecho es que ustedes no me verán. Pero allá fuera yo diviso al médium. No afirman que él se parece al Mahatma Gandhi en virtud de faltarle el taparrabos, una cabra y la experiencia "años" del

"líder" nacionalista de la India. Más historien, con sinceridad, el caso de sus ropas remendadas y tristes de proletario y de su pobreza limpia y honesta que anda por ese mundo arrastrando zuecos para la remisión de sus defectos en encarnaciones anteriores.

En cuanto a mí, digan que yo estaba por detrás del velo de Isis.

Aun mismo así, en mi condición de intangibilidad, no me hurto al deseo de contarles algo al respecto de esta "otra vida" para donde todos han de regresar. Si no estoy en los infernos del que habla la teología de los cristianos, no me hallo en el sétimo paraíso de Mahoma. No se contar mis aperturas en la amarga perspectiva de

completo abandono en la que me encontré, justo después de abrir mis ojos en el extravagante reino de la Muerte. Me pareció que yo iba, directamente consignado al Aqueronte, cuyas aguas amargas tuve que atravesar como las sombras para nunca volver, porque no pude ver ninguna lucha entre San Gabriel y los Demonios, con su trágica balanza, por la posesión de mi alma.

Pasados, sin embargo, los primeros instantes de “inusitado” recelo, divise la figura menuda y sencilla de mi tío Antonino, que me recibió en sus amorosos brazos de santo.

En compañía, entonces, de tiernos afectos, en el fabuloso recuento, que es mi temporal morada, sigo asombrado entre todos los fenómenos de sobrevivencia. Todavía no llegue a encontrar los maravillosos soles, las esferas, los mundos comentarios, los portentos celestes, que describe Flammarion en su “Pluralidad de los mundos”. Para mi espíritu, la Luna aún continúa en su carrera como una eterna esfinge del espacio, escondida en su burel de religiosa muerta.

Un pesar loco y un ansia interminable hacen un torbellino en mi cerebro: es la voluntad ver a mi padre y a mi hermana en el reino de las sombras. Todavía no he podido hacerlo. Pero en un maravilloso movimiento de retrospectión pude volver a mi infancia, en la lejana Miritiba. Reví sus viejas calles, semi-arruinadas por las aguas del Piriá y por las arenas implacables... Reví los días que se fueron y sentí el alma expansiva de mi padre como una rama fuerte y alegre del tronco robusto de los Veras a mi frente, en los cuadros vivos del recuerdo, abracé a mi olvidadiza hermanita, que era en nuestra modesta casa como un angelito de la Asunción de Murillo, que se había corporificado de una hora para otra sobre el barro de la Tierra...

Descanse a la sombra de los árboles largos y fuertes, escuchando aun las violas caboclos, repitiendo las sambas de la gente de las playas del norte y que estaban tan bien archivadas en la poesía sencilla y encantadora de Juvenal Galeno.

Desde la lejana Miritiba me transporté a Paraíba, donde vibre con mi gran mundo liliputiano...

En espíritu, contemple con mi madre las hojas de mi anacardo derramando sobre la Tierra entre las armonías del canto lloroso de las tórtolas pardas de los rincones lejanos de mi tierra.

De almas entrelazadas contemple la antigua figura de marfil de ese santo que, como un ángel, extiende sus alas blancas muchas veces sobre mi espíritu cansado. Le besé sus manos arrugadas arrodilladas y yo sostuve las cuentas de su rosario y las cuentas pequeñas y claras que corrían furtivamente de sus ojos, acompañando su oración...

Ave Maria... Llena eres de gracia... Santa Maria... Madre de Dios...

Ah! cada vez que mi mirada se explaya tristemente sobre la superficie del mundo, vuelvo mi alma a los firmamentos, tomado de espanto y de asombro... Aun hace poco, en mis sorpresas de recién desencarnado, encontré en la existencia de los espacios, donde no se cuentan las horas, una figura de viejo, un espíritu anciano, en cuyo corazón milenario presumo refugiadas todas las experiencias. Longas barbas de nieve, ojos expresando piedad infinita, dulzura, desde su fisonomía de Doctor de la Ley, en tiempos apostólicos, irradiaba una corriente de profunda simpatía.

- ¡Maestro! - le dije a falta de otro nombre - ¿Qué podemos hacer para mejorar la situación del orbe terrestre? El espectáculo del mundo me entristece y me asombra... La familia se disuelve... el hogar se balancea como fruta podrida, al borde de la caída... la Civilización, con sus numerosos siglos de leyes e instituciones, parece haber tocado sus apogeos...

De un lado existen los que se sumergen en un gozo aparente y ficticio, y del otro están las multitudes hambrientos, por millares, que solo tienen el signo rasgado en el pecho de la cruz, diseñada por Dios con sus prestigiosas manos como los símbolos que Constantino había grabado en sus estandartes... Y, sobre todo, Maestro, es la horrible perspectiva de la guerra...

No hay tranquilidad y la Tierra parece más una inmensa estufa, lleno de materiales en combustión...

Más el bondadoso espíritu-anciano me respondió con humildad y dulzura:

-Hijo mío... ¡Olvide el mundo y deja al hombre guerrear en paz!...

Encontré gracia en su paradoja, pero solo puedo agregar:

- ¡Deja al mundo solo con su guerra y su indiferencia!

No será mi boca la que toque la trompeta de Josafat. Cada uno guarde ahí su creencia o su preconcepto.

07 - LA SUAVE COMPENSACIÓN

- Fue Wells quien, en una de sus audaces fantasías, describió el oscuro y triste valle donde un puñado de hombres había 'perdido sus facultades visuales. Todo para ellos era misma noche uniforme, donde se arrastraban como sombras de la vida.

Las generaciones habían sucedido incesantemente, los siglos pasaron y aquellos seres apagaron de su recuerdos las tradiciones las tradiciones de los antepasados que les hablaban del extraño poder de los ojos, que, en sus organismos, no eran más que dos conchas de oscuridad.

Para ellos, el mundo estaba circunscrito a esa oscura prisión. Los truenos y el vocerío lamentoso de los vientos de la tarde significaban, para su agudeza auditiva, las advertencias de las brujas que poblaban su desierto, y el canto de los pájaros el suave consuelo que genios cariñosos y alegres les prodigaban.

Pero he aquí, que, un día, desciende al valle misterioso un hombre que ve. Habla con los hijos de las tinieblas de las grandes maravillas del mundo, de los tesoros amontonados en sus imperios, de la guirnalda centelleante de luz de los focos, del colorido entusiasmo de los amaneceres primaverales, de todo lo que las manos generosas del Señor pusieron en las inmensas páginas del libro de Naturaleza, para el fugitivo encanto de los hombres.

En respuesta, sin embargo, se escucha un grito de risa y aprensión en el calabozo.

El hombre de la noche examina al hombre del día con sus manos y supone descubrir el origen de sus tonterías, describiéndole cosas inverosímiles, atribuyéndole a sus ojos la causa de su locura, concluyendo por la necesidad de arrancarle esos órganos molestos, como excrecencias dañinas.

Esta fantasía es aplicable al mundo terrenal, cuando se trata de nuevas verdades. Yo se dé eso porque también vagué entre las cuevas oscuras de este misterioso valle de tinieblas, donde se juntan los que tuvieron la desgracia de perder los ojos del alma, desviándose del progreso moral.

Con mi pobre camiseta en el penitenciario mundial, me reí de los que venían a contarme las maravillas deslumbrantes de la patria de las almas. Y, recuperando mis ojos en el país de la Muerte, donde no pude encontrar las turbias aguas del Tártaro y del Estige, hoy vengo, como el viajero incomprensido, a hablar con los que son objeto de la acción. Inhibitoria de una ceguera cruel.

No creo en la comprensión de los demás, con respecto a mis argumentos de ahora. Un muerto nada tiene que hacer en el mundo de aquellos que presumen ser los únicos sobrevivientes del Universo y preferí, por eso, el retraimiento, cuando los periódicos abrieron sus columnas a los debates en torno de mis póstumas palabras, recompensa justa a mi pésimo gusto de volver a esa prisión brumosa de la Vida.

Llegue a un mismo a ponderar que, en el pasaje evangélico en el que el Señor no permitió, la atención caritativa de Lázaro para con la súplica del Rico, no fue con el objetivo de justificarlos en la balanza del mérito y del desmérito. Todavía allí, en esa hora de sorpresas bajo la ley de compensaciones, el Señor no podía tolerar la apología de la poca delicadeza. Ni siquiera el Rico regresó de las humeantes llamas de su conciencia culpable y ni el Pobre de su banquete de placeres, porque no tendría sentido cruzar distancias inconmensurables para decir a los encarnados apenas aquello que constituye para su entendimiento una verdad inaccesible.

Mucho antes de Hermes Tot, los hombres ya estaban inclinados a los misterios indebidos de la Muerte. Todos conocen sus terribles realidades. Alexandre era consciente de que, bajo su látigo despiadado, tendría que pudrirse, a pesar de la opulencia de su

gloria, la pompa de sus conquistas, confundiendo sus nobles cenizas, tal vez, con el polvo del último de los miserables.

Pero, si existe esta vida donde predominan la Justicia y el Amor, con la divina característica de espléndida eternidad, los hombres están absortos en Lates, ahogados en la carne para llorar y olvidar.

Los vivos son los vivos. Los muertos son los muertos. Toda la lógica de la ciencia humana está en esas breves frases. Sin embargo, cuando me entregué a los soliloquios de mi espíritu, que nunca se consideró un perdedor, escuché la voz solemne de los genios que nos vigilan desde regiones azuladas donde todas nuestras aspiraciones se elevan como hilos de rosa y oro:

- "¡No te desanimes, tú que viniste de la insana lucha en la amarga existencia de las pruebas! Lleva a tus hermanos que sufren la consolación de tu mensaje! ... Diles de la Misericordia de Dios ¡y la Suprema Justicia que gobierna los destinos! Si, en la Tierra, innumerables Espíritus se pierden en gargantas de orgullo e impiedad, que recuerdan al microcosmos en el que vivías, donde la mayoría se paga fuertes impuestos al cielo, en súplicas y esperanzas... "

Nuevas energías se han infiltrado en mí ser.

Una atracción incontrolable me llevó a Sebastianópolis, que estaba chispeante. Las luces del día sacaron un paisaje deslumbrante de sus playas. Y les grité a todos, desde lo alto de mi deslumbramiento:

- "¿No me ven?.. Estoy viviendo sin la tutela de los espíritus malignos. Ya casi no soy más el hombre ceñudo y triste, cerrado en su amargura de sufrimiento. Es cierto que podré asistir a las reuniones de Espiritismo, así como a las sesiones de los jueves en Academia; pero la muerte no aniquiló mi vida. Yo pienso, lucho y sufro como antes,

¡Creyendo, sin embargo, en la eternidad luminosa! .

. En mi desilusión, sin embargo, escucho una voz humilde y vivaz :

- "¡Mira los mensajes del más allá de la tumba"! ...

¡Mensajes de Humberto de Campos! ...

Era la pequeña figura del vendedor de periódicos.

Manos generosas entendieron, sus cinco centavos a cambio de mi recuerdo.

Su mercado, en ese día, ciertamente estuvo lleno de compensaciones, porque una sonrisa triunfalmente tocó sus labios, adornando su delgado cuerpo.

Tu alegría fue suficiente, ¡oh! Chico amargo de los cerros que eres adorno triste de la Ciudad

Maravilloso, para que me sintiera compensado por muchos trabajos, porque, si mis compañeros no me entendieron en la rica herencia de su intelectualidad, había ese día, en recuerdo de mi humilde nombre, un poco de alegría, consuelo y pan.

08 – DEL MÁS ALLÁ DEL TUMULO

5 de agosto de 1935

Dicen que los fantasmas de los muertos tienen preferencia por las sombras de la noche, para traer un débil reflejo del misterio en el que se les cerraron sus ojos. En todos los lugares, se conoce la historia de las almas afligidas, que, encadenadas al mundo por el pensamiento obsesivo sobre los que quedaron atrás, regresan de las orbes indebidamente, donde casi todas las religiones han colocado su infierno o su cielo.

Yo no vengo, en esa "hora que entra en pánico", copiando las deliberaciones de las "damas blancas", que surgen en las casas soleadas como fantasma de luz y de neblina, contrastando con la pesada oscuridad de la medianoche.

Es hasta muy pronto para que un "muerto" aparezca, contrariando las opiniones generales. Todavía hay rayos de sol que se escapan entre los matorrales, como las palomas pardas y asustadizas que huyen de la noche llena de sombras. Hay una gran placidez en el paisaje que es silencioso como tierna oveja para escuchar la amorosa voz del pastor. Viene a los ojos de mi pensamiento esa foto de hace dos mil años. Cuando Cristo predicó el Sermón del Monte, especificando las bienaventuranzas celestiales, que debe ser el crepúsculo. La misma paz evangélica, los mismos

perfumes que se derraman de la inmensa copa del cielo, la misma esperanza floreciendo en los corazones atormentados de los hombres, beduinos exhaustos de esos desiertos. Una suave ráfaga de recuerdos me conduce al pasado...

Sin embargo, es el balde, ese intento de confinara Palestina en las montañas del interior brasileño. Si es cierto que los Espíritus siempre han hablado de los puntos empinados de la Tierra, como el Sinaí y el Tabor, nosotros no somos el Divino Maestro. Hay quienes afirman que nosotros, los desencarnados, somos precursores, como Juan el Bautista. Pero, todavía no lo he encontrado aquí, ningún alma viva en esa situación especialísima. Coronó a los que hoy están preocupados ahí por el progreso, estamos lejos de la época mesiánica, en la que los hombres puros, para vivir bajo la custodia de Dios, no necesitaban nada más que un tarro de miel.

Mas, no vengo hoy para tejer consideraciones dentro de la mística religiosa.

Vengo para hablar a cuantos extrañan mis palabras después de la muerte, admirándose, de que yo no aparezca clamando perdón y misericordia, penitenciándome de los más nefastos pecados.

Desearían que el Señor derramase sobre mí todas sus cóleras sagradas; todas las torturas del Averno serian pocas para consumir mi alma. Los gusanos que corrieran el cuerpo leproso del patriarca de la Biblia serian, para mis culpas, como leves caricias.

Mis tormentos del Más Allá del Túmulo deberían exceder a los de Tántalo. Y todo porque ande esparciendo unas anécdotas leídas por las conciencias que, condenándome hoy allá en sus sacristías, viven pensando en el Cielo, sintiendo en la boca un gusto rojo de pecado.

Son las almas inmaculadas que se olvidaron de mis aficiones humanas, olvidando que los payasos también divierten al público para conquistar los centavos negros de la vida. Si existen ahí los que se confortan con el lujo de sus automóviles, deslizándose en el asfalto de las avenidas, otros para llamar a la puerta de una panadería, es preciso que hayan pasado a través de un picadero.

Ya tuve ocasión de afirmar que no encontré el paraíso musulmán.

Encontréis, en ese "otro mundo", mi propio bagaje. Mis pensamientos, mis obras, frutos de mis labores, de mi regeneración en el sufrimiento. Sin estar en la beatitud del Cielo, no conozco igualmente la topografía del infierno. Los aullidos de Cerberos aún no han resonado en mis oídos. El "ningún mayor dolor", que Dante escuchó de labios de Francesca de Rímini, en su peregrinaje por las mazmorras del tormento, constituyó probablemente como resultado de la alteración de sus nervios auditivos, porque yo afirmo lo contrario. No hay mayor placer que recordar, en la paz de aquí, nuestros dolores en la Tierra.

Y todos aquellos que se rebelan, lamentando mi relativo sosiego, cuiden de conservar su pureza. La Tierra está tan hundida en los abismos que, a veces, tratando de mirar en exceso por quienes nos acompañan, tendemos a caer en ellos.

Yo soy, de hecho, un gran culpable, no por mis esgarres de calavera para arrancar la risa del otro, más si ante mi conciencia, por mi temerosa incomprensión referente a los problemas de la Verdad. Todavía, Dios es la misericordia suprema y, si me encadenó a las columnas incandescentes, ya prendió mi corazón de hijo prodigo en las suaves esposas de su amor.

09 - OH! JERUSALÉM... JERUSALÉM...

11 de agosto de 1935

Es posible la extrañeza de quienes viven en la Tierra, respecto a la actitud de los desencarnados, escudriñándoles sus preguntas y opinar sobre los problemas que les preocupan.

Sin embargo, es lógico que las personas del mundo recién liberadas hablen más de sus experiencias pasadas, que con su ciencia del presente adquirida a costa de nuevas facultades, que el hombre aún no es capaz de comprender.

Se pueden imaginar ciertas condiciones de vida en la superficie de Marte en la Tierra; más que interesan pero que, por el momento, son de interés para el mundo en descubrimientos similares, si los enigmas que aún no han sido descifrados? Para el exiliado de la Tierra, la psicología del hombre desencarnado.

A tientas en la oscura prisión de su vida, sería casi un crimen aumentarle sus preocupaciones y ansiedades. Yo tendría muchas cosas nuevas que decir; todavía, me complace, con el objeto de hacerme entender, apoyarme en los bordes del abismo en el que he estado vacilando, abrumado por los tormentos, buscando sus logotipos inextricables, para arrancar las lecciones de su inutilidad.

También el hombre nada tolera que venga infringir el metro de su rutina.

Presumiendo ser rey de la Creación, no admite las verdades nuevas que destrozan su corona de arcilla.

Los muertos, para ser reconocidos, deberán tanger la tecla de la misma vida que abandonaran. Eso es intuitivo.

El periodista, para hilvanar los argumentos de su crónica, buscar las noticias, aprovecharse de los acontecimientos del día, extrayendo su conclusión de los acontecimientos del momento.

Y mi espíritu vuelve a contemplar el angustioso espectáculo de esa Abisinia abandonada en el sello de los pueblos, como el último baluarte de la libertad de una raza infeliz, codiciada por imperialismo del siglo XXI, recordando a Castro Alves en su amarga "Voces de África":

¡Dios, O Dios, donde estás que no respondes?

¿En qué mundo, en que estrella tú te escondes,

Callado en los cielos?

Hace dos mil años te mande mi grito, que en balde, desde entonces, corre el infinito.

¿Dónde estás, Señor Dios?

De la Roma poderosa parten las caravanas de guerreros. Cartago agoniza en su desgraciado heroísmo. Publio Cornelio consigue la más estruendosa de las victorias. Los cerebros de los patricios ilustres se embriagan con el vino del triunfo; y en las galeras suntuosas, donde las águilas simbolizan, el orgulloso poder de la Roma eterna, lamentándose los esclavos en sus nefastos martirios.

Los Césares llenan la ciudad de las sabinas de trofeos y glorias. Todos los dioses son venerados. Los países son sometidos y los pueblos entonan el himno de obediencia a la señora del mundo.

La melodiosa flauta de Pan ya no se escucha en los bosques de Tesalia y en las orillas del Nilo, se apagan las luces de los misterios más suaves.

Sin embargo, víctima de sus propios excesos, el gran imperio ve cómo se acelera su decadencia. En el desmoronamiento de los siglos, la invencible potencia de los Cesares es un montón de ruinas. Sobre sus suntuosos mármoles crecen las destrucciones.

Roma durmió su gran sueño.

Hela aquí, sin embargo, está despertando.

Mussolini suelta un grito desde su pecho de hierro y la antigua Roma despierta del letargo, reconociendo la pérdida de sus inmensos dominios.

Sin embargo, existe una necesidad urgente de recuperar el poder, esforzándose por expandir su imperio colonial.

¿Dónde y cómo?

El mundo está lleno de leyes, tratados de apoyo mutuo entre naciones.

Francia ya ha ocupado todos los territorios a su alcance, Alemania está fortificadas para sus aventuras, Japón tiene sus puntos de vista sobre China e Inglaterra, calculador y poderoso, no puede ceder un milímetro en el campo de sus conquistas.

Pero, Roma quiere que la expansión dé su fuerza económica y se prepara para robar la última ilusión de un pueblo miserable, al que no le basta el amargo recuerdo del cautiverio multiseccular, juzgándose libre en la oscura franja de tierra a la que se retiró, golpeado por la crueldad de las potencias imperialistas.

¿Qué daño le hiciste a la corrupta civilización de los blancos, la pequeña Abisinia, grande por la expresión resignada de tu ardiente heroísmo?

¿Cómo pudiste, desde las abrasadoras arenas del desierto, donde refinas tu espíritu de sacrificio, penetrar en las instituciones europeas, provocando la furia de sus armas?

Deja que pasen bajo tu sol de fuego las hordas de vándalos, sedientos de matanza y sangre.

Sobre tus esperanzas malbaratadas derrama el Señor el perfume de su misericordia.

Los humildes tienen su día de bienaventuranza y gloria.

No importa seas el juguete de los malditos caprichos de tus verdugos, porque, sobre el mundo, todos los frentes orgullosos descendieron desde el pináculo de su grandeza hasta el esterilización y para el polvo.

Si eso fuera necesario, recibe el sudario de sangre sobre tus hombros, porque, junto al maravilloso imperio de la podrida civilización de los blancos, se oye la voz quejumbrosa de un nuevo Jeremías: - ¡Oh! ¡Jerusalén! ... ¡Jerusalén! ...

10 - HABLANDO EL PIRATININGA

18 de agosto de 1935

Tuve la oportunidad de afirmar ahí en el mundo que, si alguna vez lograba saldar todas mis deudas a la tierra de marínense y el Señor decidió sumergir mi espíritu en las Letes de la carne, yo deseaba ser paulista o bahiano.

San Paulo y Bahía fueron los dos brazos fuertes que me ayudaron a superar la terrible experiencia. Mi deuda para ambos es sagrada e imperdonable. Era del seno cariñoso de Bahía, la patria de Brasil, que me llegaban las llamadas de aliento a la lucha; y de los graneros hartos y generosos de San Paulo venia la mayor parte de mi pan.

En su territorio viven mis mejore amigos del santuario de su afecto subieron para Dios, a favor del escritor humilde y enfermo, las oraciones más conmovedoras y sinceras, las cuales no le

iluminaran apenas los caminos pedregosos de la Vida, sino que también constituían una lámpara suave en su camino a la muerte.

No sé cuándo el Señor resolverá el regreso de mi espíritu a los tormentos de la Tierra, pero quiero, antes de meditar en los calabozos de la carne, hablaré del reconocimiento de mi corazón.

Todas las cosas del Brasil hablan particularmente a nuestra alma: Piratininga es, sin embargo, el poema de oro y de acero de las energías de su pueblo. Su historia, dentro de la historia de la Patria, es una afirmación gloriosa de heroísmo sagrado. El mismo espíritu de libertad y de autonomía, que en los principios de su organización le motivo el deseo de aureolar la frente de Amador Bueno con una corona de rey, emancipándose de su condición subalterna, trabaja hoy, como trabajo en el pasado, para eternizar con el brazo realizador la epopeya de su grandeza.

Entre las energías jóvenes de la tierra hay un delirio contagioso de acción y trabajo. Al esfuerzo cariñoso del hombre se une a la exuberancia de la savia y São Paulo - se despliega, en las líneas vanguardistas, el laberinto de sus avances y logros. Desde la comodidad de sus ciudades modernas se eleva para el cielo la oración de la obra que Dios escucha, recompensándole la operosidad con las alegrías de la fortuna.

Y dicen que Anchieta, aún hoy, en compañía de los que pusieron la primera piedra en la base del glorioso edificio piratiningano, pasea, entre las bendiciones de sus cafetales y en sus caminos, enviando una exhortación sagrada a los que luchan. Él, que supo combinar, en el mundo, la energía del hombre a las virtudes del apóstol ve desde el espacio infinito, la sublimidad de su obra, y cuando te acercas a las playas antes desiertas y a los lugares donde los bosques desaparecieron, bajo los milagros del progreso, los jurados marrones de la tierra aletean las alas de armiño, tejiendo un dosel inesperado para cubrir la frente del prodigioso hombre que los condujo a la Palabra del Evangelio.

Bienaventurados los indígenas que son redimidos por su solicitud fraterna y, bajo la protección afectuosa de las aves, Anchieta sonrío, contemplando su Piratiningano que trabaja y florece.

Siempre me he referido a las cosas de São Paulo con la ternura de mi admiración.

Y ahora, lejos de las perturbaciones a las que se somete la carne, infligiéndonos la más amarga esclavitud, puedo apreciar mejor sus afirmaciones de grandeza. Tengo una visión clara de sus valientes hazañas, de la enérgica proyección de los ideales de su intrépido pueblo, cuya actividad se desarrolla en el entorno de la confraternización de todas las razas, fusionando en medio de ellas los sentimientos más ennoblecedores de fraternidad humana.

San Paulo de hoy es la brújula de quienes mañana estudiarán la etnología brasileña.

Junto a sus numerosos institutos de civilización y cultura, Piratiningano contará con su "Sociedad de Estudios Psíquicos" como una nueva realidad del ideal espiritualista, que, regimentando las filas de eruditos, se prepara para constituir la luz de la humanidad futura.

Se abre, de ese modo, en el escenario de su evolución, un centro más de beneméritos, cuya acción no estará circunscrita a la pesquisa científica, mas también al levantamiento del nivel moral de la sociedad, intensificando los hilos de la fraternidad cristiana; porque los verdaderos estudiosos saben que, si la ciencia contemporánea no está fallida, no puede, en sus condiciones del momento, ofrecer al hombre la llave de las felicidades inmortales.

La humanidad tiene hambre de ese amor que solo Dios puede otorgar.

Un frío terrible de desesperación y deshonra está soplando entre los hombres, que se han olvidado de la meditación y oración. Y la Ciencia es la figura del Edipo electrificado bajo los inevitables fatalismos del destino. El error de los que investigan es buscar la sabiduría sin preparar el corazón, invirtiendo las determinaciones imperativas de la Vida.

Piratininga está, por tanto, preparando el corazón de sus hijos, y de sus ricos y generosos cofres se derramará mucho pan espiritual en los graneros empobrecidos.

De los emporios de su grandeza, las banderas civilizadoras surgieron en el pasado, rompiendo el corazón de las selvas compactas y, hoy en día, saldrán nuevas banderas, rompiendo el cipoal de la incredulidad en la que los hombres se enredaron, para decir la palabra de verdad y amor. Sus armas de ahora serán las enseñanzas del Evangelio, y su objetivo, el descubrimiento del filón de oro espiritual.

Una alegría inexpresable brota de mi corazón, dirigiendo mi palabra inexpresiva a los paulistas de la tribuna de la Muerte; y lleno de orgulloso gozo, hoy puedo exclamar:

- "¡Te agradezco, oh Señor! Tan preciosos favores, porque, gracias a tu amabilidad, hoy pude hablar con S. Paulo, en el momento en que se entregaba con valiente consternación al trabajo de inmortalidad, que es la obra del Evangelio.

11

CORAZÓN DE MADRE

23 de agosto de 1935

Dolorosa y conmovedora es la carta de esa mujer de Maranhão que llegó a tus manos, traída en las alas de un avión ruidoso y trepidante.

Madre desesperada, apela a los sentimientos de paternidad que no me abandonaron en el túmulo, y grita angustiosamente como si sus letras temblorosas fueran vestigios violáceos de la sangre de su corazón:

“¡Yo pido a Humberto de Campos que, aun mismo de más allá, salve a mi hijo”! ¡El, que no se olvidó de los que dejo en la Tierra, no puede negar una limosna à mi alma de madre extremosa!

Y yo me acuerdo, conmovido, de los pedidos que me eran dirigidos por los sufridores, en los últimos tiempos de mi vida, mientras yo naufragaba lentamente en el velero del Dor, entre las aguas pesadas del océano de la Muerte.

Yo daría todo para enviar, a esa mujer sufridora de la tierra que fue mía, la certeza de que su hijo es una criatura predilecta de los dioses.

Todo haría para imitar aquellas manos tiernas y misericordiosas que descansaran sobre la frente abatida del huérfano de la viuda de Naim, resucitando para un corazón maravilloso de Madre las energías del hijo que padece bajo las pruebas más dolorosas.

La muerte, sin embargo, no aparta de nuestro camino la visión extraña de la fatalidad y del destino.

Hay un determinismo en el escenario de nuestras existencias, creado por nosotros mismos. El mal, con su cortejo de horrores, no está dentro de esa corriente impetuosa e irrefrenable, mas todos sus vínculos son formados por los sufrimientos.

Los hombres de barro han de batallar la vida entera, repeliendo el Crimen y el Pecado, mas inevitablemente andarán atontados en el pantanal del Dolor y de la Muerte.

Lo que más me punjía, después de haber aprendido las lecciones de los sabios de ahí, fue la inutilidad de sus argumentos ante las irrevocables determinaciones del destino. Después de haber atravesado los caminos de la pretensiosa ignorancia, cruzó los caminos de la ignorancia sin pretensiones, en el umbral del inmenso palacio de las experiencias ajenas, presumía encontrar la solución a los acertijos que confunden el cerebro humano. Pero en todos encontré el mismo tormento, las mismas ansiedades angustiosas.

Frente al implacable pulso de la Muerte, toda la ciencia del mundo es de una insignificancia irremediable.

En ese particular, todo el portentoso edificio de la filosofía de Pitágoras no valía más que las extravagantes teorías doctrinarias propagadas en el mundo.

Todos cuantos elaboran en favor del hombre de la Tierra chocar con los inagotables muros de la Sombra. Cristo fue el único que difundió, en el calabozo de la carne, una suave claridad, porque no se dirigió a la criatura terrenal, sino a la criatura espiritual.

Me asombraba el espectáculo pavoroso del mundo, donde las leyes, liberalísimas para la aristocracia del oro y severas cara a los infortunados que pisan el camino espinoso descalzos y heridos, reflejando el carácter humano con sus incorregibles defectos.

Y, despertando de longos pesadillas en la puerta de claridad de la sepultura, mi primera pregunta, con respecto a los problemas que me atormentaban, fue una pregunta dolorosa acerca de los contrastes amargos del mundo.

Aun aquí, sin embargo, los genios cariñosos de La sabiduría bendicen, sonriendo, a quienes los desafían, porque el desciframiento de los enigmas de nuestras existencias están en nosotros mismos. A pesar del destino inflexible, hay una fuerza en nosotros que no depende de él, como origen de todas nuestras acciones y pensamientos. Somos obreros de la trama caprichosa de nuestras propias vidas. Las manos, que hoy cortan las felicidades ajenas, mañana se juntarán como ramas, secas en las verdes frondas de la vida. Las iniquidades de Herodes pueden desaparecer bajo el manto de la resignación de un Vicente de Paulo.

El sensualismo de Madalena fue expurgado con los llantos amargos de la expiación y del arrepentimiento. Cuando podamos ver el pasado en todo su desdoblamiento, después de contemplar a Mesalina en su noche de regalados placeres, la veremos de nuevo, arrastrándose en las márgenes del Tabre, metida en un vestido horripilante de negras monstruosidades.

Me faltó en la vida terrena semejante comprensión, para entender la Verdad.

Que esa pobre madre marínense considere esos realismos que nos edifican y nos salvan.

Y, como un ángel de Dor a la cabecera de su hijo, elevo su apelo al corazón augusto de Aquel que mueve las montañas con el soplo suave de su amor. Su oración subirá al Infinito como un cáliz de perfume derramado al resplandor de las estrellas que adornan el trono invisible del Altísimo, y, ciertamente, los ángeles de la Piedad y de la Dulzura llevaron su oración, como cándida oferta de su alma sufridora, a la magnanimidad de aquella que fue la Rosa Mística de Mazaré. Entonces, en ese momento, talvez que el corazón

angustiado de la madre que llora, en la Tierra, se ilumine de una claridad extraña y misericordiosa. Su hogar desdichado y humilde será, por instantes, un altar de esa luz invisible para los ojos mortales. Dos manos de niebla traslúcida se posarán como lirios sobre su alma oprimida y una voz amorosa, murmurará en sus oídos:

"¡Sí, hija mía! ... Escuché tu oración y vine a suavizar tu martirio, porque yo también tuve un hijo que murió ignominiosamente en la cruz".

12 - "FRENTE A FRENTE" DE LAS SOMBRAS

28 de agosto de 1935

Cuando aún en el mundo, no me era dado evaluar el "frente a frente" amigable de los Espíritus, a la manera de los hombres, apenas con la diferencia de que sus palestras no se despliegan para la puerta de los cafés o de las librerías.

Y es con sorpresa que me reúno con aquellos que estimo, cuando se me presenta la oportunidad: para unos dedos de prosa.

Estábamos nosotros, cuatro almas desencarnadas como si estuviésemos en el mundo cuatro figuras apocalípticas, discutiendo aun las cosas mezquinas de la Tierra, y la palestra versaba justamente sobre la evolución de las ideas espíritas en Brasil.

- "Infelizmente - exclama uno del grupo, proecta figura de esas doctrinas, desencarnado hace buenos años en Rio de Janeiro - lo que infesta el Espiritismo en nuestra tierra es el mal gusto por las discusiones estériles. Nuestro trabajo es continuo para que muchos hermanos no luchen por la prensa, demostrándoles, con lecciones indirectas, la inutilidad de sus polémicas. Mismo así, la doctrina ha realizado mucho. Sus obras de caridad cristiana están multiplicadas por todas partes, dando fe de la obra del Evangelio".

Fue recordada, entonces, la figura respetable de Bethencourt Sampaio, al principio de la organización espírita en el país,

recordándose igualmente la cobardía de algunos compañeros que, izados por las prestigiosas posiciones en la sociedad y en la política, olvidaron de prisa su entusiasmo de creyentes, bandeándose para el oportunismo de las nuevas ideologías...

Iba la conversación en esa altura, cuando el Doctor... C..., uno de los más caritativos facultativos de Rio, recientemente desencarnado y cuyo nombre no se debe mencionar, respetando los preconceptos que se extienden algunas veces hasta aquí, explico:

- "Es una pena que vengamos a comprender tan tarde el Espiritismo, reconociendo su lógica y grandeza moral solo después de nuestro regreso del mundo".

"Nosotros, los médicos, tenemos siempre el cerebro trabajado incansablemente, en la imposibilidad de resolver el problema de la supervivencia.

Es cierto que nunca se encontrará el ser en la autopsia de un cadáver más, todo en la vida es una vibración profunda de espiritualidad.

Sin embargo, como la Ciencia vela por los tuyos: conquistas del pasado, celosa de sus dominios aunque seamos inclinados a nuevas verdades, a menudo nos vemos obligados a retraernos, por temor a los Zaratustras de su infalibilidad".

"Yo mismo, en mis tiempos de clínica en Rio de Janeiro, fui testimonio de casos extraordinarios, desarrollados bajo mi vista. Todavía, fui también presa del comodismo y del preconcepto."

Y el Dr. C. . . , como si sumergiese los ojos en el abismo de las cosas que pasaron, continuó pausadamente:

- "Yo ya me encontraba con residencia en la playa de Botafogo, cuando se desarrolló en la ciudad un brote epidémico de gripe, por cierto con repercusiones mínimas, en comparación con la epidemia posterior a la guerra. Y como siempre contaba, entre aquellos que recorrían mi actividad profesional, varios amigos pobres de las colinas y particularmente de Prainha, fue sin sorpresa que, en una noche fría y brumosa, abrí la puerta para recibir la visita de una chica de diez años, humilde y descalza, que se acercó temblorosa y tímida a solicitar mis servicios.

- "Doctor - decía ella -, mi mama está muy mal y solo el señor puede salvarla... ¿Quiere hacer la caridad de venir conmigo?"

"Me impresionó su gracia infantil y el extraño fulgor de los ojos, también como la sonrisa melancólica que le brincaba en la boca menuda.

"Considere todo cuanto esperaba mi atención urgente y procuré convencerla de la imposibilidad de seguirla, prometiendo atenderla al día siguiente. Todavía, la pequeña interlocutora exclamo con los ojos rasos de agua: - "Oh! doctor, no nos abandone. Nadie, a no ser la protección de Dios, vela por nosotros en este mundo. Si el señor no nos quisiese auxiliar, la mamá estará perdida y ella no puede morir ahora. ¡Venga!... ¿el señor no tuvo también una madre que fue el ángel de su vida?"

La última frase de esa niña tocó hondo mi corazón y me acorde de los tiempos lejanos, en que mi madre acunaba los sueños de mi existencia, comprándome con el sudor de su honrada pobreza la algarroba y el pan.

Yo debía auxiliar aquella pequeña, fuese donde fuese. La Medicina era mi sacerdocio y dentro de la noche lluviosa que amartelaba todas las cosas, como si el Cielo invisible llorase sobre las tinieblas del mundo, el taxi rodaba con nosotros, como fantasma barullento, atravesando las calles alagadas y desiertas. Aquella niña, triste y silenciosa, tenía los ojos brillantes, perdidos en el vacío. Su cuerpo muy delgado se recostaba enteramente en las almohadas, mientras los pies minúsculos se escondían en las franjas del tapete. Recordando sus frases significativas, quise seguir nuestro diálogo: "¿Hace mucho tiempo que su madre se halla enferma?"

- "No, señor. Primero, fui yo; mientras estuve mal, tanto mama cuidó de mí que hasta que cayo cansada y enferma, también."

- "¿Que siente su madre?"

- "Mucha fiebre. Las noches son pasadas sin dormir. Algunas veces, grito para los vecinos, más parece que no me oyen, pues estamos siempre las dos aisladas... Acostumbramos llorar mucho con ese abandono; mas, dice mamá que la gente precisa sufrir, entregando a Dios el corazón."

- *"¿Y cómo supo usted donde moro?"*

- *"Fue la visita de un hombre que yo no conocía.*

Llegó lentamente a nuestra puerta llamándome a la calle, pretendiendo ser un amigo al que estimas mucho; y enseñándome tu Casa. Prometió que me atenderías, porque él también había tenido una madre cariñosa y buena.

"Nuestro diálogo fue interrumpido. La pequeña enigmática mandó parar el coche. Apunto el local de su residencia, extendiendo la mano descarnada y menuda, con pocos pasos, batíamos a la puerta modesta de una choza miserable.

- *"Espere, doctor - dijo ella -, yo le abriré la puerta pasando para el fondo."*

"Y, ya inquieta, desembarazada, desapareció de mi vista. Una taramela deslizo con cuidado, en medio de la noche, y entre en la cabaña. Una lámpara parpadeante y humilde, que iluminaba la habitación con su pálido resplandor, mostró en el catre limpio el cuerpo de una mujer, desfigurada y deforme. Su rostro, surcado de lágrimas, fue el testimonio vivo de las más crueles privaciones y dificultades. Niobe estaba petrificado de dolor.

Todos los martirios se concentraban en esa pared abandonada. A mis primeras preguntas, respondió con voz suave y débil:

- *"No, doctor, no intente arrancar mi alma desesperada de las garras de la Muerte! Nunca precise tanto, como ahora, dejar para siempre el calabozo de la Vida."*

"Y proseguía, delirando: - "Nada me resta. . .Déjenme morir! . . ."

"Sobrepuse, sin embargo, mi voz a sus lamentaciones exclame con energía:

- *"Mi señora, voy tomar todas las providencias que su caso está exigiendo. Hoy mismo cesará ese desamparo. ¡Urge reanimarse! Le quedan por hacer muchas cosas en el mundo, le queda esa hija afectuosa, que espera su cariño de madre primorosa!..."*

- *"¿Mi hija?:- reprocho aquella criatura, medio-mujer y medio-cadáver, mientras dos gruesas lágrimas picaron en sus pálidas mejillas, mi hija está muerta desde anteayer!... ¡Mire, doctor, ahí en*

la habitación y no intente devolver la salud a quien tanto necesita morir!

"Entonces, espantado, pase al apartamento contiguo. El cuerpo de cera de aquella niña misteriosa, que me llamara en las sombras de la noche, allí estaba envuelta en paños pobres y claros. Su rostro inmóvil, como el de una muñeca flaca, era un cuadro de privación y hambre. Los grandes ojos fulgurantes estaban ahora cerrados, y en la boca menuda pairaba la misma sonrisa suave de las almas resignadas y tristes.

"Yo me había desplazado por las avenidas con una sombra de los muertos."

Y, cubriendo melancólicamente el panel de sus recuerdos, nuestro amigo finalizó: - "Transcurridos tantos años, aun oigo la voz del fantasma pequeñito y gracioso; y, en la lucha de la Vida, muchas veces me vino su consejo suave, el cual me enseñó a sufrir, entregando a Dios el corazón. "

13 – EN EL DÍA DE LA PATRIA

7 de septiembre de 1935

Brasil celebra hoy su "Día de la Patria". Las banderas oro y verde serán desplegadas los cuatro vientos. En las grandes ciudades serán oídos los ecos de los clarines, en las paradas militares, y una vibración de entusiasmo recorrerá el corazón de los patriotas.

Sé también que muchas personalidades desencarnadas, que antiguamente lucharon por la organización de la nacionalidad, hoy se vuelven para San Sebastián de Rio de Janeiro, donde pretenden participar de las ceremonias conmemorativas; muchos de los jefes tapuias y tupis, legítimos dueños de la tierra conquistada por los portugueses, aún en el espacio no desdeñarán igualmente de pasear la mirada por el escenario de sus pasadas existencias, recordando hoy sus tabas solitarias, sus costumbres que pervirtieron los blancos, la inmensidad de las selvas y las bellezas melancólicas de sus playas desiertas.

Todavía, recordando Paicolás, reconocerán algunos beneficios de su influencia, al lado de sus innumerables defectos. Tendrán que contemplar, embelesados, la Avenida Central, la Avenida Atlántica, playa de Copacabana, Russel, el Leblon, las obras de saneamiento y el caserío inmenso de la ciudad maravillosa, derramándose sobre los valles, las montañas y las llanuras, en una alucinación de un progreso vertiginoso. Hombres y espíritus incorpóreos se unirán, celebrando la fecha festiva.

Esas solemnidades son siempre lindas y alegres, cuando son encaradas dentro de su hermosa significación.

Las patrias deben ser las casas inmensas de las familias enormes. Unidas fraternalmente, realizaran el sueño de Cana de las Escrituras, en la faz de la Tierra. Con todo, cuanto más avanza la civilización en sus estradas, maíz el concepto de patria fue viciado en la esencia de su legítima expresión.

El progreso científico eliminó casi todos los problemas de incomunicabilidad. La radiotelefonía hizo del Planeta una sala minúscula, donde los países conversan, como las personas. Los paquetes para los viajes transoceánicos son ciudades flotantes, como pueblos gigantescos uniendo a los pueblos. Las máquinas aéreas, perfeccionadas y admirablemente dispuestas, surcan los aires devorando las distancias. Por todas partes se rasgan los caminos.

Hay un ansia de comunión en todas las cosas. Todo tiende a unirse, aproximándose.

Entretanto, nunca las patrias estuvieron tan apartadas unas de las otras, como ahora. Jamás se hizo una apología tan grande de la política de aislamiento. Las patrias andan olvidadas de que la existencia depende de trocas incesantes. Los mayores desequilibrios financieros y económicos son infligidos a las naciones, en su egoísmo colectivo.

Deslumbrada, en un período esplendoroso de su evolución, y sintiéndose en el umbral de transformaciones radicales en todos los sectores de su actividad, la sociedad humana escucha la voz de sus genios y de sus apóstoles, deseando eliminar las fronteras de todos los matices que separan sus miembros, fundiéndose en ese abrazo

de Unidad que ella comienza a comprender. Más, la política representa el pasado multimilenaria. Los gobiernos se concentran a base de la fuerza y el antagonismo que impera entre todos los elementos de la actualidad presenta un espectáculo interesantísimo. Todos los pactos de paz son mentirosos. ¿Habrá mayor contradicción que la de un instituto de paz, que debe ser puro y espontáneo, guardado por ejércitos armados hasta los dientes?

En todos los sistemas políticos de los tiempos modernos predominan, apenas, los pruritos de la hegemonía internacional. En virtud de semejantes disparates, la guerra es inevitable. No habrá confabulaciones diplomáticas que la eliminen, por ahora, a la manera de los hombres.

Y la guerra de ahora será más dolorosa y terrible. Todas las conquistas de la ciencia serán movilizadas a su servicio. La bacteriología, la electricidad, la mecánica, la química, todos los elementos serán requeridos por el pueblo insaciable.

Dios creó la Paz, el Amor, la Fraternidad, más los hombres crearan sus propios destinos.

Confundidos en el laberinto de sus maldades, solo han podido iluminar los caminos de la Vida con las antorchas incendiadas de la Muerte.

En la actualidad, la guerra de las patrias representa la guerra de los sentimientos; porque una era nueva, de fraternidad cristiana, florecerán en los horizontes del mundo. Todos los Espíritas hablan en esa renovación y ella aparecerá, clareando el nuevo día de la Humanidad. .

En esa época de oro espiritual, que talvez no esté lejos, el mundo entenderá el mensaje de paz del Divino Cordero. Una brisa suave de confort y de alivio descenderá del Cielo sobre los 'frentes atormentados de las criaturas. El diluvio de expiaciones terminará, en el que el

El hombre ha estado involucrado durante siglos, y un pájaro simbólico traerá de nuevo la oliva de la esperanza.

Y Brasil que, aun con sacrificios ingentes, viene colaborando en la diseminación del mensaje de la inmortalidad y de la esperanza, en esa nueva era cantará, con las naciones el himno de la Paz, entendiendo, por la evolución moral de sus hijos, la belleza maravilloso de la Patria Universal.

14 - UN EXCEPTICO

13 de diciembre de 1935

Aun no me encuentro bastante desapegado de ese mundo para que no me sintiese tentado a volver a él, en el día que señalo mi desprendimiento de la carcasa de huesos.

Si el veintisiete de octubre marcó mi ingreso en el reino de las sombras, que es la vida de ahí, el cinco de diciembre representó mi regreso al país de claridades benditas, cuyas puertas de oro son abiertas de par en par por las poderosas manos de la muerte.

En esa noche, el ambiente del cementerio de San Juan Bautista parecía sofocante. Había un "toqué" de misterios, entre catacumbas silenciosas, que me enervaba, a pesar de la ausencia de los nervios tangibles en mi cuerpo extraño de espíritu.

Sin embargo, toqué las tiernas flores que

Saudade me había llevado con piedad y simpatía. Su aroma penetraba mi corazón como un suave consuelo, conduciéndome, en una retrospectiva maravillosa, a mis afectos conmovidos, que habían quedado a distancia.

Y fui entregado a esas reflexiones, a las que son llevados los muertos cuando penetran en el mundo de los vivos, que vi, agachado en la tierra, uno de los compañeros que estaban cerca de mí al bungaló subterráneo con el que fui mimado en la tierra de Río...

- ¿El señor es el dueño de esos huesos que están por ahí pudriéndose? - me interpelo.

- ¿Si, y a que viene su pregunta?

-Mira, es que me acuerdo del día de su llegada a tu mansión subterránea. Recuerdo también, a pesar de salir poco de ese hueco donde fui relegado hace más de treinta años ... ¿El señor, se acuerdas? La urna funeraria, portadora de sus restos, salió solemnemente de la Academia de Letras, altas personalidades de la política dominante estuvieron representadas en sus exequias y escuché los significados panegíricos pronunciados en su honor. Mucho trabajo tuvieron las cámaras fotográficas en la camaradería de los hombres de prensa y todo hacía resaltar la importancia de su ilustre nombre. Traté de acercarme a ti y noté que sus manos, que habían acariciado tanto al espadín académico, estaban inermes y que sus cerebros, que habían vibrado tanto, tratando de profundizar los problemas humanos, se redujeron a un puñado de masa informe, donde solo los gusanos encontrarían algo útil. Sin embargo, aunque los homenajes, los honores, la celebridad, el señor vino humildemente a reposar entre las tibias y húmeros de quienes le precedieron en la jornada de la muerte. ¿Se acuerda el señor de todo eso?

- No me acuerdo bien... Tenía mi espíritu perturbado por los dolores y las sucesivas emociones.

- Pues yo me acuerdo de todo. De aquí, casi nunca me aparto, como un ojo de Argos, avivando la memoria de mis vecinos. ¿El señor conoce las criptas de Palermo?

- No.

- Pues en esa ciudad los monjes, un día, conjugando la piedad con el interés, inventaron un cementerio bizarro. Los muertos eran momificados y no bajaban a la sepultura.

Proseguían de pie su jornada de silencio y de desnudez espantosa. Millares de esqueletos allí quedaron, en marcha, vestidos a su tiempo, según sus gustos y opiniones. Mucho rumor causó esa parada de calaveras y canela, hasta que un día un inspector de higiene, visitando esa casa de sombras de la vida y disgustado por la presencia de las ratas que roían descuidadamente las costillas de los ricos e ilustres traspasados que se entregaron al gusto de para comprar un lugar de descanso allí, hizo cerrar las puertas por el ministro Crispí, en 1888. Ahora bien: yo soy una especie de los difuntos de Palermo. Aquí estoy siempre de pie, a pesar de mis

huesos estar disueltos en la tierra, donde se encontraron con los huesos de los que fueron mis enemigos.

- La vida es así le dije yo; pero, ¿por qué el amigo se entrega a esa tarea ignominiosa en la soledad en que se martiriza?

¿No habría venido del orbe con suficiente fe, o con algunas credenciales que lo recomendase a este mundo a cuyas filas pertenecemos ahora? - ¿Credenciales? Traje muchas. Además de la honorabilidad de un viejo político de Río de Janeiro, traía las insignias de mi fe católica, apostólica romana. Morí con todos los sacramentos de la Iglesia; sin embargo, a pesar de las palabras sacramentales, de la liturgia y las felicitaciones de los hisopos, no encontré un alma viviente que me buscara para el camino del Cielo, o mismo del infierno. En mi condición de difunto incomprendido, procure los templos católicos, que ciertamente estaban en la obligación de esclarecerme. Con todo, deprisa me convencí de la inutilidad de mi esfuerzo. Las iglesias están llenas de mistificaciones. Si Jesús volviese ahora al mundo, no podría tomar un átomo de tiempo predicando las virtudes cristianas, en la base, luminosa de la humildad. Habría de tomar, incontinencia, al regresar a este mundo, un látigo de fuego y trabajar años agudizando en el saneamiento de su casa. Los vendedores están muy multiplicados y la época no incluye más el Sermón de la Montaña. Lo que se hace necesaria en la actualidad, respecto a ese problema, es la creolina de la que hablaba Guerra Junquera en sus blasfemias.

- Más, el hermano está muy escéptico. Es preciso esperanza y creencia...

-¿Esperanza y creencia? No acredito que ellas salven el mundo, con esa generación de condenados. Parece que infinitas maldiciones persiguen la moderna civilización. Los hombres hablan de fe y de religión, dentro del esnobismo y de la elegancia de la época. La religión es para uso externo, perdiéndose el espíritu en las materialidades del siglo. Las criaturas parecen muy satisfechas bajo la tutela extraña del diablo. El nombre de Dios, en la actualidad, no debe ser evocado sino como máscara para que los enigmas del demonio sean resueltos.

¿No estamos nosotros aquí dentro de la tierra de Guanábana, paraíso de los turistas, ciudad maravillosa? Camine el señor, aun después de muerto, las grandes avenidas, las arterias gigantescas de la capital y verá a los niños hambrientos, las manos nauseabundas de los leprosos, los rostros desfigurados y pálidos de las madres sufridoras, mientras el gobierno remodela los teatros, incentiva las orgias carnavalescas y multiplica regalos e distracciones. Va a ver cómo el cáncer devora los cuerpos enfermos en el hospital da Gamboa; Camine por las colinas, para donde huyo la miseria y el infortunio; visite los hospicios y leprosorios. Hay que estar convencido de la inutilidad de todo el servicio a favor de la esperanza y la fe. En materia de religión, intenta materializarte y corre hacia los elegantes edificios y encantadores bungalós de Copacabana y Leblon, sube a Metrópolis y grita la verdad. Su fantasma sería apedreado. Todos los hombres saben que algún día harán sonar sus huesos, como nosotros, más un vino diabólico enveneno en la cuna esa generación de infelices y de no creyentes.

- ¿Por qué el amigo no conoce el Espiritismo? Esa doctrina representa hoy toda nuestra esperanza.

- Ya lo hice. Es verdad que no comparecí en una reunión de sabedores de la doctrina,

Conocedores del terreno que perseguirían; mas estuve en una asamblea de adeptos y procuré hablarles de los grandes problemas de la existencia de las almas.

Expresé mis errores del pasado, penitenciándome de mis culpas para escarmenarlos; les mostré las ventajas de hacer el bien, como única base para encontrar el camino de la felicidad, diciéndoles la terrible verdad, en la que me encontré un día, con los huesos confundidos con los huesos de los miserables. Sin embargo, uno de los componentes de la reunión me preguntó sobre sus consejos domésticas, agregando una pregunta sobre la marcha de su negocio. Estaba decepcionado.

No intentare cosa alguna. Desde que tenemos vida después de la muerte, prefiero esperar la hora del Juicio Final, hora esa en que deberé buscar un otro mundo, porque, con respecto a la Tierra, no quiero revolcarme en su lama. Por extraño paradoja vivo después de la muerte, seré adepto de la congregación de los no creyentes. .

- ¿Entonces, nada lo convence?

- Nada. Me quedaré aquí hasta la consumación de los evos, si la mano del diablo no se acuerda, de arrancarme de esa guarida de huesos triturados y cenizas repugnantes.

Y, en cuanto al señor, no procure apartarme de esa misantropía. Continúe gritando para el mundo que guarda los despojos.

Yo no lo haré.

Y el singular personaje, se retiró a la oscuridad de su canción inmunda, mientras pesaba en mi espíritu la certeza dolorosa de la existencia de estas almas vacías e incomprensibles en parada eterna de las tumbas silenciosas donde los vivos llevan las flores de vez en cuando perfumadas de su anhelo y de su cariño.

15 – LA ORDEN DEL MAESTRO

20 de diciembre de 1935

Avecinándose la Navidad, había también en el Cielo un rebullido de suaves alegrías. Los Ángeles encendieron estrellas en los bunds de niebla dorada y las armonías vibraron en el aire misterioso que llenaron un día de encantadora dulzura la noche de Belén. Los pastores del paraíso cantaban y, mientras las arpas divinas tocaban sus cuerdas bajo el esfuerzo cariñoso de los céfiros de la inmensidad, el Señor llamó el Discípulo Bien Amado a su trono de jazmines matizados de estrellas.

El vidente de Patmos no traía el estigma de la decrepitud como en sus últimos días entre las Espóradas. En su fisionomía pairaba aquel mismo candor adolescente que lo caracterizaba al principio de su apostolado.

- ¿Juan -le dijo el Maestro -te acuerdas de mi aparecimiento en la Tierra?

-Me acuerdo, Señor. Fue en el año 749 de la era romana, a pesar de la arbitrariedad de freí Dionísios, que colocó erradamente vuestro natalicio en 754, calculando ¡en el siglo VI de la era cristiana.

- No, mi Juan - retorno dulcemente el Señor - no es la cuestión cronológica la que me interesa en discutir sobre el pasado. ¡Es que en esas dulces conmemoraciones llega hasta mi el murmullo dulce de los recuerdos! ...

- Ah! si, Maestro Amado - respondió presuroso el Discípulo -os comprendo. Habláis de la significación moral del acontecimiento. Oh!...si me acuerdo... el pesebre, la estrella guiando a los poderosos al humilde establo, los cantos armoniosos de los pastores, la alegría resonante de los inocentes, nos parecía que los animales os entendieron más que los hombres, a los cuales ofrecíais la lección de la humildad con el tesoro de la fe y de la esperanza

En aquella noche divina, todas las potencias angélicas del paraíso se inclinaron sobre ja Tierra llena de gemidos y de amargura para exaltar la mansedumbre y la piedad del Cordero. Una promesa de paz se operaba para todas las cosas con vuestro aparecimiento sobre el mundo. Se había establecido un dulce compromiso entre la Tierra y el Cielo y recuerdo la alegría con que tu Madre te recibió en sus brazos hechos de amor y misericordia. Se diría Maestro, que las estrellas doradas del paraíso fabricaron, esa noche de aromas y radiaciones indefinibles de miel divina en el piadoso corazón de María! ...

Retrocediendo en el tiempo, mi Señor bien-amado, veo el transcurso de vuestra infancia, sintiendo el martirio de que fuisteis objeto; el exterminio de los niños de Vuestra edad, la fuga en los brazos cariñosos de Vuestra progenitora, los trabajos manuales en compañía de José, vuestras visiones maravillosas, en comunión constante con Vuestro y nuestro Padre, preparándoos para el desempeño de la misión única que Os hizo abandonar por algunos momentos los palacios de sol de la mansión celestial para descender a las lamas de la Tierra.

-¿Si, mi Juan, y, por hablar de mis deberes, como siguen en el mundo las cosas atinentes à mi doctrina?

- Van mal, mi Señor. Desde el concilio ecuménico de Nicea, efectuado para combatir el cisma de Ario en 325, vuestras verdades son deturpadas. Al arianismo siguió el movimiento de los iconoclastas en 787 y tanto contrariaron a los hombres Vuestra enseñanza de

pureza y de simplicidad, que ellos mismos nunca más se entendieran en la interpretación de los textos evangélicos.

- ¿Mas no te acuerdas, Juan, que mi doctrina era siempre accesible a todos los entendimientos? Deje a los hombres la lección del camino, de la verdad y de la vida sin haberles escrito una sola palabra.

- Todo eso es verdad, Señor, mas luego que regresasteis a vuestros imperios resplandecientes, reconocemos la necesidad de legar a la posteridad vuestras enseñanzas. Los evangelios constituyen vuestra biografía en la Tierra; con todo, los hombres no dispensan, en sus actividades, el velo de la materia y del símbolo. A todas las cosas puras de espiritualidad se suman a la extravagancia de sus concepciones. Ni nosotros ni los evangelios de los que podríamos escapar. En varias basílicas de Rávena y Roma, Mateo es representado por un joven, Marcos por un león, Lucas por un toro y yo, Señor, soy allí bajo el extraño símbolo de un águila.

- ¿Y mis representantes, Juan, que hacen ellos?

- Maestro, me avergüenzo de decirlo. Andan casi todos sumergidos en los intereses de la vida material. En su mayoría, se aprovechan de las oportunidades para explorar vuestro nombre y cuando se vuelven para el campo religioso, es casi que apenas para condenarse unos a los otros, olvidándose de que les enseñaste a amarse como hermanos.

- Las discusiones y los símbolos, mi querido –le dijo suavemente el Maestro – no me impresionan tanto. Tuviste, como yo, necesidad de estos últimos, para las predicaciones y, sobre la lucha de las ideas, no te acuerdas cuanta autoridad fui obligado a despendar, aun mismo después de mi vuelta a la Tierra, para que Pedro y Pablo no se tornasen enemigos? Si entre mis apóstoles prevalecían semejantes desuniones, como podríamos eliminarlas del ambiente de los hombres, ¿Quién no me vio, siempre inquieto en sus indagaciones? ... ¡Lo que me entristece es el apego de mis misioneros a los placeres fugitivos del mundo!

- Es verdad, Señor.

- ¿Cuál es el núcleo de mi doctrina que actualmente tiene la mayor fuerza de expresión?

- Es el departamento de los obispos romanos, que se reunieron dentro de una organización admirable por su disciplina, pero muy pernicioso por sus desviaciones de la verdad.

El Vaticano, Señor, a quien no conoces, es un suntuoso cúmulo de las riquezas de las polillas y de los gusanos de la tierra. De sus palacios confortables y maravillosos se irradia todo un movimiento de esclavitud de las conciencias. En cuanto a vosotros no tenéis una piedra donde reposar la cabeza, dolorida vuestros representantes duermen su siesta sobre almohadas de piel y de oro; mientras traéis vuestros pies macerados en las piedras del escabroso camino, quien se inculca como vuestro embajador trae vuestra imagen en las sandalias matizadas de perlas y de brillantes. Y junto a semejantes superfluidades y absurdos, sorprendemos a los pobres llorando de cansancio y de hambre; al lado del lujo nababesco de las basílicas suntuosas, erigidas en el mundo como un insulto a la gloria de vuestra humildad y de vuestro amor, lloran las criaturas desamparadas, los mismos pequeñines a quien extendéis vuestros brazos compasivos y misericordiosos. Mientras sobran las lágrimas y los sollozos entre los infortunados, en los templos, donde se cultiva vuestra memoria, transbordan monedas en manos llenas, pareciendo, con amarga ironía, que el dinero es una defecación del demonio en el acogedor piso de tu casa.

- ¿Entonces, mi Discípulo, no podremos alimentar ninguna esperanza?

- Infelizmente, Señor, es preciso que nos desengañemos. Por un extraño contraste, hay ateos más queridos en el cielo que los religiosos que hablaban en vuestro nombre en la Tierra.

- Entretanto – susurraran los labios divinos dulcemente – consagro el mismo amor a la humanidad sufridora. No obstante la negativa de los filósofos, las osadías de la ciencia, el apodo de los ingratos, mi piedad es inalterable... ¿Qué sugieres, mi Juan, para solucionar tan amargo problema?

- ¿No dijiste ya, un día, Maestro, que cada uno debe tomar su cruz y seguirte?

- ¡Mas prometí al mundo un Consolador en tiempo oportuno!...

Y los ojos claros y límpidos, puestos en la visión piadosa del amor de su Padre Celestial, Jesús exclamó:

- Si los vivos nos traicionaron, mi Amado Discípulo, si trafican con el objeto sagrado de vuestra casa, derramando fraternidad y amor, enviaré a los muertos a hablar en la tierra en mi nombre. A partir de esta Navidad, mi Juan, descubrirás otro fragmento de los velos misteriosos que cubren la triste noche de las tumbas para que la verdad resurja de las mansiones silenciosas de la Muerte. Aquellos que ya han regresado por los caminos de la sepultura volverán a la Tierra para difundir mi mensaje, llevando a los que sufren, como esperanza puesta en el Cielo las benditas claridades de mi amor! ...

Y desde esa hora memorable, hace más de cincuenta años, el Espiritismo vino, con sus prestigiosas lecciones, a felicitar y amparar en la Tierra a todas las criaturas.

16 – EL PASE DE RICHTER

21 de enero de 1936

El Señor tomó lugar en el tribunal de su justicia y, examinando los documentos que se referían a las actividades de eminentes personalidades sobre la Tierra, llamó el Ángel de la Muerte, exclamando:

- A mediados del fin de siglo, salieron de aquí varios servidores de la Ciencia que prometieron trabajar en mi nombre, en el globo terráqueo, elevando la moral de los hombres y suavizando sus luchas. Algunos ya han regresado, ennoblecidos en acciones dignas, de ese mundo lejano. Otros, sin embargo, se desviaron de sus deberes y otros permanecen allí, en el torbellino de dudas e incredulidad, trabajando en el estudio.

“¿Te acuerdas de aquel que era aquí un investigador inquieto, con sus análisis incesantes, y que se comprometió a servir los ideales de la inmortalidad, adquiriendo la fe que siempre le faltó”?

- ¿Señor, usted alude a Charles Richet, reencarnado en París en 1850, y que eligió una notabilidad de la medicina para servirle de padre?

- Exactamente. Por las noticias de mis emisarios, a pesar de su sinceridad y su nobleza, Richet fue incapaz de adquirir los elementos de religiosidad que había buscado en favor de su prójimo. ¿Eres consciente de los favores que el cielo le ha concedido en el transcurso de su existencia?

- Tengo, Señor. Todos vuestros mensajeros rodearon su inteligencia y honestidad con el halo de vuestra sabiduría. Desde los inicios de sus luchas en la Tierra, los Genios de la inmensidad lo envuelven con el soplo divino de sus inspiraciones. De esa asistencia constante le nacieron los poderes intelectuales, tan pronto revelado en el mundo. Su paso por academias de la tierra, que sirvieron para excitar el poder vibrante de su mente, a favor de la resurrección de su tesoro de conocimiento, fue acompañado por vuestros emisarios con especial cariño. Aun en la mocedad, impartido en la Facultad de Medicina, obteniendo la cátedra de fisiología. En ese momento, ya su nombre, con vuestros auxilios, ya estaba rodeado de admiración y respeto. Sus producciones le han valido la veneración y simpatía de sus notables estudios sobre la circulación sanguínea, sobre la sensibilidad, sobre la estructura de las circunvoluciones cerebrales, sobre la fisiología de músculos y nervios, investigando los graves problemas del ser, investigando en el círculo de todas las actividades humanas, ganándose su nombre la admiración universal.

- ¿Y en materia de espiritualidad e - replico austeramente el Señor - que le dieron mis emisarios y de qué forma retribuiste su espíritu a esas dadas?

- En ese sentido - exclamó solícito el Ángel - se le ha dado mucho. Cuando dejaste caer, más intensamente, vuestra luz sobre los misterios que me rodean, el fue uno de los primeros en recibir los rayos ardientes. En Carqueiranne, en Milán y la isla de Roubaud, muchas claridades lo dejaron boquiabierto, junto con Eusápia Paladino, cuando su genio se entregaba a observaciones positivas, con sus colegas Lodge, Myers e Sidgwick. Otras veces, con Delanne, analizo sus célebres experiencias de Alger, que revolucionaron los ambientes intelectuales y materialistas de Francia, que entonces representaba el cerebro de la civilización occidental.

“Todos los portadores de vuestras gracias han traído las semillas de la Verdad a su poderosa organización psíquica, apelando a su corazón para que él pudiera afirmar las realidades supervivencia; las noches de severas meditaciones lo llenaron de imágenes maravillosas de sus verdades, pero solo apenas consiguieron que él escribiera el “Tratado metapsíquico” y un estudio provechoso a favor de la armonía humana, que le valió el Premio Nobel de la Paz en 1913 ”. (1)

“Los maestros espirituales nunca se han desanimado ni han descansado alrededor de su individualidad; pero a pesar de todos los esfuerzos desprendidos, Richet vio, en las expresiones fenomenológicos de que fue atento observador, apenas la exteriorización de las posibilidades de un sexto sentido en los organismos humanos. Él, que había sido el primer organizador de un diccionario de fisiología, no se resignó a ir más allá de las demostraciones histológicas. Dentro de la espiritualidad, toda su labor investigadora se caracteriza por la duda que le martiriza la personalidad. Nunca pude, Señor, las verdades de la inmortalidad, sino como hipótesis, más su corazón es generoso y sincero. Últimamente, en las reflexiones de la vejez, el gran luchador vio inclinado hacia la fe, hasta hoy inaccesible a su comprensión académica. Vuestros mensajeros han logrado inspirarte un trabajo profundidad, que apareció en el planeta como “La Gran Esperanza” y, en estos últimos días, su hermosa inteligencia ha enviado un mensaje entusiasta al mundo a favor de los estudios espiritualistas”.

-Pues bien, exclamó el Señor, -"Richet tendrá que volver ahora a penates". Tráelo de vuelta aquí su individualidad para las preguntas necesarias.

- ¿Señor, así tan rápido? - regresó el Ángel, defendiendo la causa del gran científico -

El mundo ve a Richet como uno de sus genios más poderosos, y mantiene su esperanza en él.

¿No sería aconsejable retrasar su estancia en la Tierra, para que él os sirviese, sirviendo a la Humanidad?

- No - dijo el Señor tristemente - Si, después de ochenta y cinco años de existencia en la faz de la Tierra, no pudo reconocer, con su ciencia, la certeza de la inmortalidad, es innecesaria la continuación de su estancia en ese mundo. Como recompensa a sus esfuerzos honestos en nombre de sus hermanos en la humanidad, quiero darle ahora, con el poder de mi amor, la chispa divina de la creencia, que la ciencia planetaria jamás le concedió en sus labores ingratas y frías.

** * **

En su lecho de muerte, Richet tiene los párpados cerrados y su cuerpo en la posición final, en el camino de la sepultura.

Su inquieto espíritu de investigador no durmió el gran sueño.

Allí, hay una multitud de fantasmas que lo rodean.

Gabriel Delanne le extiende los brazos de amigo. Denis y Flammarion lo contemplan con bondad y cariño. Personalidades eminentes de Francia antigua, viejos devotados colaboradores de los

Los "Anales de las Ciencias Psíquicas" están ahí para abrazar al maestro, en el umbral de su tumba.

Richet abre los ojos para las realidades espirituales que le eran desconocidas. Le parece haber retrocedido las materializaciones de Vila Carmen; pero a su lado reposan sus despojos, lleno de detalles anatómicos. El eminente fisiólogo es reconocido en el mundo de los verdaderos vivos.

Sus percepciones aumentan, su personalidad es la misma y, en el momento en que vuelve su atención a la actitud afectuosa de quienes lo rodean, escucha una voz suave y profunda, que habla del infinito:

- ¿Richet - exclama el Señor en el tribunal de su misericordia, por que no afirmaste la Inmortalidad, y por qué desconociste mi nombre en su apostolado de misionero de la ciencia y trabajo? Abrí todas las puertas doradas que podría reservar para ti en el mundo.

Compraste todos los libros. Aprendiste y enseñaste, fundaste nuevos sistemas de pensamiento, a base de disolver dudas. Han pasado ochenta y cinco años, esperando yo que tu honestidad me

reconociese, sin que la fe se desarrollase en tu corazón... Todavía, descifraste, con tu bendito esfuerzo, muchos enigmas dolorosos de la ciencia en del mundo y todos tus días representaron una sed grandiosa de conocimiento... Pero, he aquí, hijo mío, donde tu razón positiva es inferior a la revelación divina de la fe. Tu experimentaste torturas de la muerte con todos tus libros y ante ella desaparecieron tus compendios, rico de experimentaciones en el campo de la filosofía y la ciencia. ¡Y ahora, recompensando tu trabajo, te doy los tesoros de la fe que te faltaron en el camino doloroso del mundo!

Sobre el pecho del apóstol desinteresado, una daga de luz opalescente desciende del cielo como un maravilloso sudario de indescriptible luz de luna.

Richet siente su corazón tocado por una luminosidad infinita y misericordiosa, que las ciencias nunca le habían dado. Sus ojos son dos abundantes fuentes de lágrimas de reconocimiento al Señor. Sus labios, como si fueran de nuevo los labios de un niño, recita el "Padre nuestro que estás en los cielos..."

Formas luminosas y aéreas te llevan, por el camino etéreo de la eternidad y, llorando de gratitud y gozo, el apóstol de la ciencia pasó de una gran esperanza a la certeza divina de la inmortalidad.

Nota: (1) Ciertamente hubo un lapsus del autor, Richet, a pesar de ser un pacifista ardiente, no recibió el Nobel de la Paz y si el de Medicina por el descubrimiento de la anafilaxia.

17 - HAUPTMANN

06 de abril de 1936

"En la casa de la muerte", en Trenton, Bruno Richard Hauptmann defolió, por última vez, el calendario de tus recuerdos. Es por la tarde. El condenado siente desvanecerse la última esperanza. Ya no hay posibilidad de posponer la ejecución después de la decisiones del Gran Jurado de Mercer, y el caso Wendel representó el único elemento que modificaría el doloroso epílogo de la tragedia de Hopewell. El gobernador del estado de Nova Jersey ya había

realizado su imitación de Pilato, y el Sr. Kimberling nada más podría realizar que el austero cumplimiento de las leyes que condenaban al carpintero alemán a la silla eléctrica.

Hauptmann se siente perdido ante lo irresistible y llora, protestando por su inocencia.

Recapitula la serie de circunstancias que lo llevaron a la situación del designado asesino del bebé Lindbergh, y todavía espera que la justicia de los hombres reconozca su error, salvándolo, en el último minuto, de las manos del verdugo. Pero la justicia de los hombres es ciega; tanteando la noche oscura de sus vacilaciones, no vio nada más que a él, en el montón de sombras.

La policía estadounidense necesitaba que alguien viniera a la corte para responderle por un crimen nefasto, satisfaciendo así las demandas de la civilización, salvaguardando su reputación y su integridad.

Y el carpintero del Bronx, su mirada llena de lágrimas, recuerda los pequeños episodios de su existencia. Su humilde anciana de Kamenetz; el ideal de fortuna en tierras americanas, la esposa angustiada e infeliz y la imagen del niño, jugando en sus pupilas llenas de llanto, Hauptmann luego se olvida de sus nervios de acero y su serenidad ante las determinaciones de la justicia, y grita convulsivamente, frente a los misterios silenciosos de la muerte. Su cerebro domina la desilusión de todo el esfuerzo ante la fatalidad y, sintiendo el fluir de sus últimos minutos, escapa espiritualmente al torbellino de las cosas humanas para sumergirse en las meditaciones sobre las cosas de Dios. Sus manos cansadas toman La Biblia del padre Werner y su espíritu viaja por el laberinto de recuerdos. A su cerebro atormentado vuelven las oraciones aprendidas en la infancia, cuando su madre le ponía en la boca los salmos de David y el santo nombre de Dios. Después de eso había venido al ancho mundo, donde los hombres se devoran unos a otros en el nefasto círculo de las ambiciones.

Las oraciones del niño se perdieron como restos de un naufragio en la noche de procela. Él nunca había conocido a un apóstol y nunca le mostraron, en la oscura confusión de las luchas humanas, una figura que se asemejaba aquel Hombre Gentil de los Evangelios; sin embargo, nunca como en ese momento, sintió tanto el deseo de

escuchar la seductora palabra del Sermón de Montaña. Las notas finales de esa canción de glorificación resonaron en sus oídos. A los bienaventurados del mundo, pronunciado en un crepúsculo, hace dos mil años, para aquellos que la vida condenó al infortunio y una voz misteriosa le susurró a los oídos los secretos de la cruz, llenos de bellezas ignoradas. Hauptmann toma el capítulo del Salmo XXIII y repite con el profeta: "El Señor es mi Pastor, nada me faltará".

El reloj de la Penitenciaría seguía su marcha descifrando los acertijos del tiempo, y el verdugo ya había llegado para su terrible ministerio. Cincuenta testigos se mantuvieron allí para presenciar la escena de la suprema falta de respeto por las vidas humanas. Doctores, observadores de actividades judiciales, autoridades y guardias, se reunieron allí para poner fin trágicamente a un drama siniestro que conmovió al mundo entero.

El condenado, a la hora precisa, se afeitó el pelo con la máquina cero y el pantalón de yeso para que la ejecución no fracasase, entró, silencioso y sereno, en la Cámara de la Muerte. Había en su rostro un sudor pastoso como el de los moribundos. Ninguna sílaba escapó de su garganta silenciosa. Contempló con calma la mirada curiosa y angustiada de quienes lo rodeaban, representando irónicamente el testimonio de las leyes humanas. En su pecho no había el perdón de Cristo para sus verdugos, pero un volcán amargo y lloroso lo torturó íntimamente en los últimos momentos; considerando toda acción inútil, frente al Destino y del Dolor, se dejó atar al sillón de la muerte mientras sus ojos tangibles no veían más los alegres beneficios de la claridad, sumergiéndose en la compacta oscuridad en la iban a entrar.

Eliot imprime el primer movimiento a la fatídica rueda, las corrientes eléctricas anestesian el cerebro del condenado, y, dentro de cuatro minutos, por el mezquino precio de unos centavos, los Estados Unidos de Norteamérica ejerce su justicia, a pesar de las dudas tremendas que pende sobre la culpa del hombre sobre cuya cabeza recaerían los rigores de sus sentencias.

Mucho se ha escrito sobre el doloroso drama de Hopewell.

Los periódicos de todo el mundo se centraron en el tema, y las estaciones de radio llenaron el ambiente con las repercusiones de esa apasionante historia; no es demasiado, por tanto, que "Un

muerto" se interese por ese proceso que fascinó a la opinión pública mundial. No para ejercer la función de revisar los errores judiciales, más si para extraer la lección de la experiencia y el beneficio de la enseñanza.

Las leyes penales de América del Norte no poseían elementos comprobatorios de la culpa de Bruno Hauptmann como autor del nefasto infanticidio. Para conducirlo a la silla de la muerte solo prevalecieron los argumentos dudosos, inadmisibles dentro de la cultura jurídica de los tiempos modernos.

Muchas circunstancias prevalecieron en el curso de los acontecimientos, y que no fueron tomadas en la consideración que les era debida. La historia de Isidoro Fisch, la acción de Betty Cow y Violetta Scharp, la ligereza de las acusaciones y dudas de Jazzie Condon estremeciendo profundamente todos los corazones que acompañaron, en sus dolorosas etapas, el desarrollo de ese siniestro proceso.

Pero en todo esto, en esta tragedia que hirió cruelmente la sensibilidad cristiana, hay una justicia flotando más alto que todas las decisiones de los tribunales humanos, solo accesible para aquellos que penetraron en el oscuro misterio de la Vida, en el resurgimiento de las reencarnaciones.

Hauptmann sacrificado en su inocencia, Harold Hoffman con desprestigio político ante la opinión pública de su país y Lindbergh, héroe de un siglo, ídolo de su país y uno de los hombres más afortunados del mundo, huyendo de su tierra a bordo del Importador Americano, donde casi le faltaba el confort más como si fuera un vulgar criminal, son personalidades desafiadas en la Tierra por la Justicia Suprema.

En los mundos y espacios hay una figura de Argos observando todas las cosas. En su tribunal de derecho absoluto la Themis divina arquitecta la trama de los destinos de todas las criaturas. Y sólo en esa Justicia puede el alma mantener la esperanza, porque el derecho humano, casi siempre hijo de la supremacía de la fuerza, es a veces falto de verdad y de sabiduría.

Día vendrá en que la justicia humana comprenderá la extensión de su error, condenando a un inocente. Las autoridades jurídicas han

de prepararse para la anunciación de una nueva sentencia, más el proceso habrá subido integralmente para la equidad suprema.

En balde los jueces de la Tierra intentarán restablecer la realidad de los hechos con los recursos de su tardía argumentación, porque en ese día, cuando Bruno Richard Hauptmann fue convocado para el último testimonio a favor de rescatar su memoria, el carpintero del Bronx, que los hombres electrocutaron, no será más que un puñado de cenizas.

18

LA CASA DE ISMAEL

12 de junio de 1936

La crónica que sigue a continuación fue recibida por Chico Xavier en la residencia del Sr. Manuel Quintão.

Bellísima página de literatura, viene a mostrar que el gran pensador brasileño continua teniendo, más allá del túmulo, la misma facilidad de expresión y maneja el portugués con la misma elegancia con la que lo hacía en la vida terrena.

Un día, reunido el Señor y sus Apóstoles, al pie de las aguas claras y alegres del Jordán, les descubrió el panorama inmenso del mundo.

Allá estaban las grandes metrópolis, llenas de faustos y grandezas.

Alexandria y Babilonia, junto a la Roma de los Césares, encendían en la tierra el fuego de la lujuria y de los pecados.

Y Jesús, adivinando la miseria y el infortunio del Espíritu sumergido en los humanos tormentos, alzó la mano compasiva en dirección al paisaje triste del Planeta, declarando a los discípulos:

“Id y predicad! Yo os envié al mundo como ovejas en medio de lobos, mas no vine sino para curar a los enfermos y proteger a los desgraciados.”

Y los Apóstoles partieron, con el afán de repartir las dádivas de su Maestro.

Aun hoy, se nos figura que la voz consoladora de Cristo moviliza a las almas abnegadas, articulándolas en el camino escabroso de la moderna civilización. Los hijos del sacrificio y de la renuncia abren claridades divinas en el cipoal oscuro de las descreencias humanas, constituyendo ejércitos de salvación y de socorro a los hombres, que se debaten en el naufragio triste de las esperanzas; y, si la vida puede cerrar a nuestros ojos y restringir la agudeza de nuestras percepciones, la muerte viene a descubrirnos un mundo nuevo, a fin de que podamos entrever las verdades más profundas del plano espiritual.

Fue Miguel Couto que exclamo, en uno de sus momentos de amargura, ante la miseria exhibida en nuestras plazas públicas:

“Ahí de los pobres de Rio de Janeiro, si no fuesen los Espíritas.”

Y hoy esa muerte ha reavivado el fuego de mis ojos, que salieron por ahí, en los últimos momentos en mi vida, como la luz parpadeante en la noche, puedo ver el maravilloso trabajo de los Espiritistas, construidos sobre el silencio de la caridad evangélica.

Yo no s conocía solamente el Asilo de San Luís, que se extiende sobre la bahía de Caju como una estela de palomares claros y pacíficos, donde la vejez indefensa encuentra un remanso de paz, en medio de las tormentas y las experiencias dolorosas del mundo, como una realización de piedad pública, aliada a la propaganda de las ideas católicas. Conocía, igualmente el Abrigo de Teresa de Jesús, el Amparo Teresa Cristina y otros albergues para pobres y desafortunados de Río de Janeiro, que un grupo de criaturas desinteresadas del proselitismo Espiritista había construido. Más, mi corazón, que los dolores habían aplastado, matando todas tus aspiraciones y todas tus esperanzas, no pude entender la vibración constructora de la fe de mis compatriotas, a quienes Xavier de Oliveira llamó loco en su estudio desaconsejado del Espiritismo en Brasil.

La verdad hoy es para mí más profunda y más clara. Mi mirada aguda de incorpóreo puede llegar al fondo de las cosas, y la realidad es que la organización de consoladoras doctrinas de los Espíritus, en Brasil, no está formada por la por defecto soberano, del amor y de la justicia que preside nuestros destinos. Trabajo

extremo de la dirección especializada de hombres, es en lo Alto donde se procesan sus bases y sus directrices.

Por una extraña coincidencia se enfrentan, en la Avenida Passos, casi cara a cara, el Tesoro Nacional y Casa de Ismael 1.

Tesoros de la Tierra y del Cielo, se guardan en el primero las cajas fuertes del oro tangible o de sus expresiones fiduciarias; y, en el segundo, las arcas inmortalizadas de las monedas del Espíritu.

De una, parte la corriente fertilizante de las economías del pueblo, objetivando la vitalidad física del país; y, del otro, parte el manantial de agua celeste que sacia toda sed, derramando energías espirituales e intensificando la bendita labor de la salvación de todas las almas.

La Obra de la Federación Espírita Brasileña es la expresión del pensamiento inmaterial de sus directores del plano invisible, indemne de cualquier influenciación de la personalidad de los hombres.

Semejantes a aquellos discípulos que partieran para el mundo como la "Sal de la Tierra", en la feliz expresión del Divino Maestro, sus administradores son intérpretes de un dictamen superior, cuando ajenos a su voluntad individual de servir al programa de amor y fe al cual se propusieron. El camino de su marcha es conocido y analizado en el mundo de las verdades del espíritu y su orientación brota de la fuente de las realidades superiores y eternas, a pesar de todos los malentendidos y todas las peleas. La historia de la Casa de Ismael en los espacios está lleno de ejemplos edificantes de sacrificio y dedicación.

Si Augusto Comte afirmó que los vivos son cada vez más gobernados por los muertos, en las intuiciones de su positivismo, nada más hizo que reflejar la más sana de todas las verdades. La Federación que guarda consigo las primicias de sede del Tesoro espiritual de la tierra de Santa Cruz no está de pie solamente a costa del esfuerzo de los hombres, que por mayor que él sea será siempre caracterizado por las fragilidades y por las flaquezas. Muchos de sus siempre directores desencarnados ahí se conservan como aliados del ejército de la salvación que allí se reúne.

Hace apenas unos días, mientras la avenida bullía de movimiento, vi en sus puertas un anciano sencillo y simpático, dispuesto a aclarar y bendecir con sus experiencias.

- ¿Lo conoce?- me dijo alguien cerca de mis oídos.

- Pedro Richard...

En ese ínterin pasa un compañero de la humanidad, lleno de instintos perversos que la muerte no consiguió convertir a la piedad y al amor fraterno.

Y Pedro Richard abre sus brazos paternos para la entidad cruel.

- ¿Hermano, no quieres la bendición de Jesús? ¡Entra conmigo a, su banquete!...

¿Por qué? - Replica el infeliz, transbordando perversidades y burlas- yo soy ladrón y bandido, no pertenezco a la sociedad de tú Maestro.

- ¿Mas no sabes que Jesús salvó Dimas, a pesar de sus atrocidades, teniendo en consideración el arrepentimiento de sus culpas? - del dice el viejecito con una sonrisa fraterna.

- Yo soy el ladrón malo, Pedro Richard. Para mí no hay perdón ni paraíso...

Mas el hermano de los infelices abraza en plena calle muy concurrida al leproso moral y me dice suavemente a los oídos:

- Jesús salvó al buen ladrón y Maria salvó al otro...

Y lo que yo vi fue una lágrima suave y clara rolando en la cara del pecador arrepentido.

Señor, yo no estuve ahí en el mundo en compañía de tú siervos abnegados y ni comulgue en la mesa de Ismael donde se guarda la sangre de tú sangre y la carne de tú carne que constituyen la esencia de luz da tú doctrina.

Yo no te vi sino con Tomas, en, su indiferencia y en su amargura, y como tu discípulos en el camino de Emaús, con los ojos nublados por las neblinas de la noche; todavía podía verte en tú casa, donde se recibe el agua divina de la fe portadora de todo el amor, de toda la creencia y de toda esperanza. ¡Mas no es tarde, Señor!... Derrama

sobre mi espíritu la luz da tú misericordia y deja que florezcan aun ahora, en mi corazón de pecador, las azucenas perfumadas de tú perdón y de tú piedad para que yo sea incorporado a las falanges radiantes que operan en su casa, exhibiendo con mi esfuerzo de espíritu la más clara y la más sublime de todas las profesiones de fe.

19

CARTA A MARIA LACERDA DE MOURA

24 de julio de 1936

Y para usted, Maria Lacerda, que envió hoy mi pensamiento de espíritu. Tarea excesivamente arriesgada esa de dirigirse un muerto a los literatos de la Tierra, casi siempre doblegados a los mandatos de orden político y social. Es verdad que Berilo Neves, el año pasado, tuvo el preciso coraje de referirse, en la Asociación Brasileña por prensa, mis mensajes póstumos; pero usted, en la serenidad de su ánimo y en la incorruptibilidad de tu carácter, pudo entender mi pensamiento y escuchar mi voz.

No soy ajeno a sus actividades y estudios, en cuanto a investigaciones espiritualistas. Saturado de sociología, reconoces ahora, como yo, en los caminos años de mi peregrinación por la Tierra, la posibilidad remota de concertarse el edificio accidentado den las costumbres humanas, dentro de una civilización de barbarie, donde la moral cae a pedazos y, volcando su atención para el mundo invisible, usted conversa con las sombras, tornándose la confidente bendecida de los muertos. Su mirar, acostumbrado a las pequeñas asambleas en las grandes ciudades de América del Sur, ahora camina a veces en el imperio del silencio de los que ya partieron del mundo, donde su juicio crítico buscará una nueva razón para hablar con caridad, despertando a los hombres. Y que aún construyas tu nuevo nido junto a las catacumbas y los sauces, y de ese retiro silencioso, tus

pensamientos se extiendan al misterio de la noche, poblada de sueños y constelaciones.

Los pensadores, Maria Lacerda, son impotentes para salvar al mundo de la desgracia en la que el mismo se sumergió. La confusión ha de procesarse, para que se destruya el edificio milenario de los hábitos y de los preconceptos de todo orden. Una nueva vida habrá de florecer sobre los alicientes de la muerte. Todos los que lucharon y los que se encuentran luchando aun por el esclarecimiento de la colectividad son frutos extemporáneos de la civilización del futuro. Ellos ofrecen un camino de libertad fulgurante; mas, en torno del hombre contemporáneo aún se respira una atmosfera terrible de destrucción.

Hace varios decenios, que se lucha teóricamente para que un nuevo estado de cosas se establezca en el mundo. Se clama por leyes económicas que regulen en los países la distribución de lo necesario y se queman productos, en casi todas las regiones del planeta, objetivando el cumplimiento de absurdas determinaciones de la política del aislamiento. La palabra de los Kropotkines suenan en vano, con clamando a los espíritus de buena voluntad. Mussolini asigna un programa socialista en los principios de su carrera política, escondiendo la pretensión exclusiva de conquistar un imperio. El presidente pacifista de los Estados Unidos idealiza la organización de la paz internacional de Ginebra, de cuyas actividades su país no comparte. Japón habla de sus derechos de nacionalidad, avanzando sobre los territorios de China. Rusia instigue al comunismo, entendiéndose bien con todas las potencias capitalistas. De Roma, que se dice piadosa y cristiana, salen las hordas de conquistadores para la más absurda de las guerras. La Alemania hitleriana expulsa a Einstein, en su preocupación por el racismo.

En las repúblicas sudamericanas, hay el movimiento de comercio con la Internacional Armamentista. En Inglaterra, el "Inteligente Servicio" fomenta el disidió y la discordia, en sus pensamientos imperialistas, España, se embriaga en la locura de la guerra civil. En todas partes, se bebe un vino de ruina y de muerte y, entre los hombres aturcidos, sopla un huracán maligno de arrasamientos.

Los sociólogos ven sus actividades circunscritas al maravilloso castillo de palabras, porque los hombres se entregan a su infortunado destino.

No valió el esfuerzo de los espíritus avanzados en la solución de las incógnitas científicas, por cuanto todos los descubrimientos de estos últimos tiempos son juguetes terribles en la mente infantil de esa civilización que se desarrolló sin educación individual.

La verdad es que el hombre está viviendo para destruir al hombre.

Uno de los pensadores modernos contemplando el aspecto doloroso de la actualidad, concluía tristemente que, si el hombre contemporáneo considera natural el exterminio de mujeres y de niños, en los últimos movimientos bélicos del planeta, no será extraordinario, de aquí a algunos años, que los hombres se devoren unos a los otros. De hecho, a criatura humana parece regresar, a la noche oscura y misteriosa de sus orígenes. Todavía, el estudio psicológico de esa situación nos conduce a muchas reflexiones sobre sus causas profundas y concluimos que los hombres actuales son más infelices que perversos. Lo que se intensificó en todas partes de la Tierra, arruinando los sectores de la actividad humana, fue aquella crisis espiritual a la que Gandhi se refiere en sus exhortaciones. El Occidente podría salvarse, conservando el equilibrio del mundo, si el Cristianismo, en su simplicidad y su pureza, no fuese deturpado por las iglesias mercenarias. La moral cristiana habría fatalmente de evolucionar para la simplificación suprema de la vida, si los religiosos no la hubiesen asfixiado en la estrecha prisión de sus cavilaciones política social. Y el resultado de empresas tan desastrosas es la actualidad de los hombres, acribillados por las muertes y acribillados por los dolores.

Con todo, hay una providencia misericordiosa acompañando los surtos evolutivos de la Tierra, y, en la hora justa de las convulsiones sociales de todo tipo, las tumbas se llenan de voces y consoladoras revelaciones, cumpliendo profecías...

Fascismo, dictaduras para el proletariado, falsas democracias habrán de desaparecer en los fragores de la lucha, para que la política espiritualista inaugure el nuevo derecho, la ley nueva, los controladores de todos los fenómenos de la economía de los pueblos. El hombre comprenderá entonces la necesidad de un

imperativo de paz, solidario con el progreso espiritual de los otros mundos.

Es objetivando la construcción del edificio de la concordia universal sobre la base de la educación de cada personalidad y de leyes económicas que hagan desaparecer para siempre el cuadro doloroso de la miseria y del hambre, que los muertos vuelven a hablar con los encarnados, en el torbellino oscuro de sus vidas.

En uno de sus últimos artículos en la prensa de Paris, Mauricio Maeterlinck consideraba erróneamente — “Estos muertos que sobreviven parecen bien flacos, bien precarios y bien miserables. Recuerdan a los fantasmas vaporosos, arrebatados por los vórtices en el infierno del gran poeta florentino. ¿Prejuiciosos, desamparados, exhaustos, sin nada más que hacer, no persisten ellos sino a la escucha de una voz de la Tierra?

¿Esa es la prueba de su supervivencia y, si sobreviven realmente, no podrán realizar otra cosa? ? ¿Recomienzan a vivir o acaban de morir?

Maeterlinck, no consiguió, sin embargo, una visión exacta de las actividades de los que ya partieran de las fatigas de la lucha material. Dentro de las preocupaciones de la alta sociedad, no vio la multitud de criaturas consoladas por la consoladora Doctrina de los Espíritus y ni siquiera comprendieron que los muertos no podían empezar donde lo dejaron los vivos.

Los hombres terminaran su lucha en la organización exclusivista, en la ciencia presuntuosa y en la supuesta infalibilidad. Más, los muertos inician su cruzada junto a los que sufren y de los que raciocinan.

Y, de usted, Maria Lacerda, que vive espiritualmente en la vanguardia de los tiempos, nosotros esperamos un gran coeficiente de fuerzas en favor de nuestro triunfo en el alma de las masas.

Su percepción precisa puede reconocer el vigoroso andamio del edificio por venir, porque no está lejano el día en que los hombres se cansen de pelear entre sí, esparciendo la miseria y exterminio. Los lobos hambrientos de la civilización armamentística caerán bajo los escombros humeantes de sus grandezas y el alma cristiana cantará la gloria de los pacíficos y de los bienaventurados.

Usted, Maria Lacerda, tiene mucho que hacer.

Duplique diez veces sus energías y sus esperanzas...

Su palabra es la de la Reina de Helicarnaso.

Reúna con su esfuerzo a todos los guerreros inactivos y luchemos.

20 - PEDRO, EL APÓSTOL

25 de agosto de 1936

Mientras que la Capital de los Mineros, dirigida por sus elementos eclesiásticos, se prepara, esperando las grandes manifestaciones de fe del II Congreso Eucarístico Nacional, llegan los turistas elegantes y los peregrinos invisibles. También yo quise conocer de cerca las actividades religiosas de los compatriotas de Augusto de Lima.

En la Plaza Raul Soares, espaciosa y ornamentada, vi el monumento a los congresistas, elevándose en forma de altar, donde se celebrarán los altos religiosos. En la parte superior, la custodia, rodeada de arcángeles petrificados, guardando el suave símbolo blanco de la Eucaristía, y, abajo, en las líneas irregulares de la tierra, los amplios y acomodados alojamientos, desde donde el pueblo asistirá, conmovida, a las manifestaciones de Minas católica.

Fue en ese entorno que la figura de un hombre vestido al estilo israelita, recordando algunos tipos que en Jerusalén van con frecuencia al lugar santo de las lamentaciones, agudizo mi incorregible curiosidad periodística.

- ¡Un judío! - exclamé, esperando las noticias de una entrevista.

- Sí, era judío, hace unos cientos de años - respondió lacónicamente el interrogado.

Su respuesta exaltó mi cotilleo y traté de llamar la atención del singular personaje.

- ¿Tu nombre? - continué.

- Simón Pedro.

- ¿El Apóstol?

Y la veneranda figura respondió afirmativamente, colando al pecho los cábelos respetables de la barba encanecida.

Sorprendido y sediento de su palabra, contemple aquella figura hebraica, llena de sencillez y simpatía. A mi cerebro afluían centenas de preguntas, sin que pudiese coordinarlas debidamente.

- Maestro - Le dije, por fin -, Vuestra palabra tiene para el mundo un valor inestimable. La cristiandad nunca os juzgó accesible en la faz de la Tierra, acreditando que os conservabais en el Cielo, de cuyas puertas resplandecientes guardáis la llave maravillosa. ¿No tendréis algún mensaje del Señor para transmitir a la Humanidad, en este momento angustioso que las criaturas están viviendo?

Y el Apóstol venerable, dentro de su expresión resignada y humilde, comenzó a hablar:

- Ignoro la razón por la que revistieron mi figura, en la Tierra, de semejantes honores.

Como hombre, no fui más que un oscuro pescador de Galilea y, como discípulo del Divino Maestro, no tuve la fe necesaria en los momentos oportunos. El Señor no podría, por tanto, conferirme privilegios, cuando amaba a todos sus apóstolos con igual amor.

- Es conocida, en la historia de los orígenes del Cristianismo, tu malentendido con Pablo de Tarso. ¿Todo eso es verdadero?

- De alguna forma, todo eso es verdad - declaró bondadosamente el Apóstol. - Mas, Pablo tenía razón. Su palabra enérgica evitó que se crease una aristocracia injustificable, que, sin él, se desenvolvería fatalmente entre los amigos de Jesús, que se habían retirado de Jerusalén para las regiones de Betania.

- ¿Nada deseáis decir al mundo sobre la autenticidad de los Evangelios?

- Expresión auténtica de la biografía y los actos del Divino Maestro, no sería posible añadir cualquier cosa a ese libro sagrado.

Mucha iniquidad se ha verificado en el mundo en nombre del estatuto divino, cuando todas las hipocresías e injusticias están en él sumariamente condenadas.

- No es propiamente milagro lo que caracterizó las acciones prácticas del Señor. Todos sus actos fueron resultantes de su inmenso poder espiritual. Todas las obras a que se refieren los evangelistas son profundamente verdaderas.

Y, como quien retrocede en el tiempo, el Apóstol monologó:

- En Cafarnaúm, cerca de Genesaré, y en Betsaida, muchas veces acompañé al Señor en sus bendecidas peregrinaciones. En Samaria, al lado de Cesarea de Felipe, vi sus manos cariñosas dar vista a los ciegos y consuelo a los desesperados. Aquel sol claro y ardiente de Galilea aun hoy ilumina toda mi alma y, tantos siglos después de mis luchas en el mundo, al lado de algunos compañeros procuro reivindicar para los hombres la vida perfecta del Cristianismo, con el advenimiento del Reino de Dios, que Jesús deseo fundar, con su ejemplo, en cada corazón...

- Los filósofos terrenos son casi unánimes en afirmar que Cristo no conocía la evolución de la ciencia griega, en aquella época, y que sus parábolas hacen suponer su ignorancia acerca de la organización política del Imperio Romano: sus apóstoles hablan de reyes y príncipes que no podrían haber existido.

- La acción de Cristo - respondió el Apóstol - va más allá de todas las actividades e investigaciones de filosofías humanas. Cada siglo que pasa le imprime brillo nuevo a su figura y un nuevo fulgor a su enseñanza. Él no fue ajeno a las obras del pensamiento de sus contemporáneos. En ese momento, las teorías de Lucrecio se expandieron unos años antes de la obra del Señor, y las lecciones de Filón en Alejandría, eran muy inferiores a las verdades celestiales que Él vino a traer a la Humanidad atormentada y sufriente...

Y cuando la venerada figura de Simón parecía a punto de continuar su viaje, le pregunté abruptamente:

- ¿Cuál es vuestro objetivo actualmente en Brasil?

- Vengo a visitar la obra del Evangelio instituida aquí por Ismael, hijo de Abraham y Agar, y dirigida desde los espacios por apóstoles desinteresados de la fraternidad cristiana.

- ¿Y también estás asociado a las celebraciones del II Congreso Eucarístico Nacional? -

Yo pregunté.

Pero el amable Apóstol expresó una actitud de profundo malentendido al escuchar mis últimas palabras.

Fue entonces cuando les mostré el rico monumento festivo, las iglesias decoradas con oro, los movimientos de recepción a los prelados, exclamando al fin:

- ¡No, hijo mío!... Me esperan lejos de estas ostentaciones mentirosas los humildes y los desconsolados. El Reino de Dios aun es la promesa para todos los pobres y para todos los afligidos de la Tierra. La Iglesia romana, cuyo jefe se dice poseedor de un trono que me pertenece, está condenada en el propio Evangelio, con todas sus grandezas bien tristes y bien miserables. La cátedra de San Pedro es para mí una ironía muy amarga... En estos templos fastuosos no hay lugares para Jesús, ni para sus seguidores...

- ¿Y qué sugiere, Maestro, para esclarecer la verdad?

Pero en ese momento, el venerable Apóstol me envió un gesto compasivo y piadoso, continuando su camino, después de atar resignadamente el cordón de sus sandalias.

21 – EL GRAN MISIONERO

28 de septiembre de 1936

Como las demás criaturas terrenas, el gran misionero de Lion, que se llamó Hippolyte

Rivail, o Allan Kardec, fue catalogado, el 3 de octubre de 1804, en las estadísticas humanas, retomando un organismo de carne para el cumplimiento de su maravillosa tarea.

Han pasado ciento treinta y dos años desde el hecho y se recuerda al apóstol francés, cariñosamente, en la memoria de los hombres.

Maestro dedicado a su gran ideal de enseñar a las almas, eminente discípulo de Pestalozzi, Allan Kardec trajo, desde el comienzo de su juventud, una pasión por las utilidades de las cosas del espíritu.

Sus obras didácticas están llenas de amor por este apostolado. Incluso después de 50 años, su palabra reconfortante y sabia se dirigió a las escuelas, sus fosfatos se consumieron en la mayoría de

los casos en las nobles labores del intelecto, a favor de la formación de la juventud; sus manos benefactoras edificaron el espíritu de la infancia y la juventud de su tierra natal. Su vida de hombre esta repleta de grandes renunciaciones y sublimes dedicaciones. Nunca los insultos y acciones de los traidores apagaban su espíritu de buen soldado. Los espíritus de los caminos del mundo no le apagaron su corazón templado en el acero de la energía espiritual y en el oro de las sanas convicciones que poblaron toda su existencia.

Recordando la belleza perfecta de los planes intangibles, que venía de salir para cumplir en la Tierra la más elevada de las obligaciones de un misionero, bajo los ojos amorosos de Jesús, Allan Kardec hizo de su vida un edificio de ejemplos ennoblecedores, siempre esperando la orden del Divino Maestro para que sus manos intrépidas tomen el arado de las acciones constructoras y edificantes.

Sólo después de 50 años su personalidad adquirió la precisa preponderancia y su actividad, el desenvolvimiento necesario, cumpliendo su cometido en la codificación del Espiritismo, que vino a traer a la humanidad una nueva luz para la solución del amargo problema del destino y dolor. Nadie como él entendió tanto la necesidad de la intervención de las fuerzas celestiales para los logros del pensamiento humano, sintetizado en el estallido de civilizaciones, no se perdiese en la noche de los materialismos disolventes. Él sintió, reflexionando las poderosas vibraciones de Arriba, que sus contemporáneos prepararon para la extinción de toda la creencia y toda la esperanza que debe fortalecer el espíritu humano, en las dolorosas transiciones del siglo XX. Las especulaciones filosóficas y científicas de Comte, Virchow, Büchner y Moleschot, aliados al sibaritismo de los religiosos, habrían eliminado fatalmente la fe de la Humanidad en su glorioso futuro espiritual, en todos los sectores de civilización de Occidente, si el misionero de Lyon no viniese a traer a los hombres la cooperación de su renuncia y de sus bendecidos sacrificios.

Cuando Jesús descendió un día a la Tierra para ofrecer a las criaturas el regalo de su vida y su amor, sus pasos fueron precedidos por los de Juan el Bautista, que había aceptado la dolorosa tarea precursora, experimentando todos los martirios en el desierto. El consolador prometido a la Tierra a través del

corazón misericordioso del Divino Maestro, que es el Espiritismo, tuvo el sacrificio de Allan Kardec - el precursor de su gloriosa difusión en el pecho atormentado de las criaturas humanas. Su retiro no fue la tierra salvaje y estéril de Judea, sino el desierto de sentimientos de ciudades tumultuosas; en el bullicio de las actividades de los hombres, en el torbellino de sus luchas, el experimentó en su alma, muchas veces, la hiel del apodo y del insulto de los malévolos y de los ingratos. Más, su obra ahí quedo como maravilloso derrotero del país bendecido de la redención. Espíritus eminentes fue al mapa de sus actividades para conocer mejor el camino. Flammarion se embriaga con el perfume desconocido de esas tierras misteriosas del nuevo conocimiento, descubiertos por su laboriosidad como instrumento del Señor, y presenta al mundo sus nuevas teorías cosmológicas, llenando la fría matemática astronómica de singular belleza y dulce poesía. Su trabajo - "Les Forces Naturelles Incomunes "es un camino abierto a las investigaciones científicas que más tarde tendrían, con Richet, amplios desarrollos. Gabriel Delanne y León Denis estallan con entusiasmo por las obras del maestro y ensayar la filosofía espiritualista, inaugurando una nueva era para el pensamiento religioso, ampliando las infinitas perspectivas de la ciencia universal.

Y, desde mediados del siglo pasado, la figura de Kardec se eleva cada vez más en el concepto de los hombres. El interés del mundo en su trabajo se puede conocer por el número de ediciones de sus libros y, a medida que pasa el tiempo, se llena de nubes en los horizontes de la Tierra y de amargas aprensiones en el seno de sus criaturas, no hay homenaje, más justo y más merecido, que el que se prepara en cada rincón donde la consoladora doctrina del Espiritismo plantó su bandera, como homenaje de admiración al ilustres y bendecido codificador.

El Brasil evangélico debe estar orgulloso de las celebraciones que realizará, recordando al inconfundible personalidad del gran misionero francés, porque la obra más sublime de Allan Kardec fue la reconstrucción de la esperanza para todos los infelices y todos los desafortunados del mundo, en el amor de Jesucristo.

Se dice que justo después de su desencarnación, cuando el cuerpo aún no había descendido al Père-Lachaise (1) para descansar a la

sombra del dolmen de sus valientes antepasados, una multitud de espíritus se acercó a saludar al maestro en el umbral de la tumba. Eran viejos del pueblo, seres infelices que el había consolado y redimido con sus prestigiosas acciones, y, cuando se entregaban a las más santas expansiones afectivas, cayó una lámpara maravillosa desde el cielo sobre la gran asamblea de los humildes, iluminándola con una luz que por su vez, era formada por expresiones de su "Evangelio según el Espiritismo", al mismo tiempo un momento en que una voz poderosa y suave decía desde el infinito:

- "¡Kardec, regocíjate con tu trabajo! La luz que encendiste con tus sacrificios en el camino oscuro de las descreencias humanas, vienen a felicitarte en los misteriosos pórticos de la Inmortalidad...

La miel suave de la esperanza y de la fe que derramaste en los corazones sufridores de la tierra, devolviéndolos a la confianza de mi misericordia, hoy se derrama en la tu propia alma, fortaleciéndote para la maravillosa claridad del futuro. En el cielo están guardados los llantos que derramaste y todos los sacrificios que emprendiste...

Regocíjate en el Señor, porque tus trabajos no se perdieron. ¡Tu palabra será una bendición para los infelices y desafortunados del mundo, y con el influjo de tus obras la Tierra conocerá el Evangelio en su nuevo día!..."

Se agrega, entonces, que grandes legiones de Espíritus elegidos cantaron en la Inmensidad un Himno de hosannas al hombre que organizó los primeros frutos del Consolador para el planeta terrenal y que, escoltado por la multitud de seres agradecidos y felices, era el maestro, en demanda de las esferas luminosas, recibir la nueva palabra de Jesús.

Kardec! yo no te conocí y no pude entenderte como hombre perverso de la Tierra, pero recibe, en el día en que el mundo recuerda, conmovido, tu presencia entre los hombres, el honor de mi amistad y mi admiración.

(1) Pequeño error del cronista, ya que el cuerpo fue enterrado por primera vez en el cementerio de Montmartre. El traslado del

despojos al dolmen del Père-Lechaise tuvo lugar hace un año más tarde. (Nota del editor - FEB).

22 – LA LEYENDA DE LAS LÁGRIMAS

27 de noviembre de 1936

Rezan Las leyendas bíblicas que el Señor, tras los seis días de grandes actividades de la creación del mundo, arrancado del caos por su sabiduría, descanso en el séptimo para apreciar a su obra.

Y el Creador veía los portentos de la Creación, maravillado de paternal alegría. Sobre los mares inmensos volaban las aves alegres; en las florestas espesas florecían flores radiantes de perfumes, mientras luces, en la inmensidad, clarificaban las apoteosis de la Naturaleza, resplandeciendo en el Infinito, para alabar su gloria y ensalzar su grandeza.

Jehová, sin embargo, poco después de la caída de Adán y después de expulsarlo del Paraíso, para que buscara en la Tierra su pan de cada día con el sudor del trabajo, se retiró tristemente a sus inmensos imperios celestiales, repartiendo su obra terrenal en diferentes departamentos, que confió a las potencias angelicales.

El paraíso se cerró entonces para la Tierra, que se encontró aislada en el seno del Infinito. Adán permaneció sobre el mundo, con su descendencia maldita, lejos de las bellezas del Edén perdido, y, en el lugar donde se encontró la grandeza divina, no había más que el vacío azul de la atmósfera.

Y el Señor, junto con los Serafines, los Arcángeles y los Tronos, en el corcho sagrado de su misericordia, esperaba que pasara el tiempo. Pasaron los años, hasta que un día el Creador convocó a los Ángeles a quienes había confiado la gestión de los asuntos terrenales, quienes debían presentarle informes precisos sobre los diversos departamentos de sus responsabilidades individuales. Maravillosas fiestas y alegrías sorprendentes se prepararon en el Cielo para este movimiento de confraternización de las fuerzas divinas y, en el día señalado, al son de una música gloriosa, llegaron al Paraíso los

poderes angelicales encargados de la misión de velar por el orbe terrenal. El Señor los recibió con su bendición, desde lo alto de su trono bordado con lirios y estrellas, y, ante la respetuosa atención de todos los que lo rodeaban, el Ángel de la Luz habló:

- *“Señor, todas las claridades que has creado para la Tierra continúa reflejando las bendiciones de Tu misericordia. El Sol ilumina los días terrenales con un resplandor divino, vitalizando todas las cosas de la Naturaleza y compartiendo su calor y energía con ellas. En los crepúsculos, el firmamento recita sus poemas de estrellas y las noches se aclaran con los tenues y puros rayos de las divinas lunas llenas. ¡En los paisajes terrestres, todas las luces evocan tu poder y tu misericordia, llenando la vida de las criaturas con bendita claridad! ...*

Dios bendijo al Ángel de las Luces, otorgándole el poder de multiplicarlas en la faz del mundo.

Luego vino el Ángel de la Tierra y el Agua, exclamando con alegría:

- *“Señor, sobre el mundo que creaste, la tierra continúa alimentando abundantemente a todas las criaturas; todos los reinos de la naturaleza extraen de ella los sagrados tesoros de la vida. Y las aguas, que parecen constituir la sangre bendita de tu obra terrena, circulan en su inmenso seno, cantando tus inconmensurables glorias. Los mares hablan con violencia, afirmando tu poder soberano, y los suaves riachuelos cuentan, en las zarzas, tu piedad y dulzura. ¡Las tierras y aguas del mundo son afirmaciones plenas de tu magnífica complacencia! ... ”*

Y el Creador agradeció al siervo fiel por sus palabras, bendiciendo sus obras.

Entonces habló, radiante, el Ángel de los árboles y las flores:

- *“Señor, la misión que le has dado a los vegetales de la Tierra se ha cumplido con sublime dedicación. Los árboles ofrecen su sombra, sus frutos y usos a todas las criaturas, como brazos misericordiosos de tu amor paterno, extendidos sobre el suelo de la tierra. Cuando son maltratados, saben ocultar sus ansiedades, dando siempre, con abnegación y nobleza, la concurrencia de su bondad a la existencia*

de los hombres. Algunos, como el sándalo, cuando se desgarran, dejan escapar de sus heridas copas invisibles de aroma, bálsamo para el entorno en el que nacieron. Sus perfumes hablan, en todo momento, de vuestra magnanimidad y sabiduría... "

Y el Señor, desde las alturas de su trono radiante, bendijo al siervo fiel, dándole el poder de multiplicar la belleza y utilidad de los árboles y flores terrestres.

Poco después, el Ángel de los Animales habló, presentando a Dios un informe sincero sobre la vida de sus subordinados:

- "Los animales terrestres, Señor, saben respetar tus leyes, obedecerán tu voluntad. Todos viven en armonía con las disposiciones naturales de la existencia que vuestra sabiduría les ha establecido. No abusan de sus facultades procreadoras y disponen de su propio tiempo para realizar estas funciones, según vuestros deseos. Todos tienen su misión que cumplir y algunos de ellos se han puesto desinteresadamente al lado del hombre, para reemplazarlo en las tareas más dolorosas, ayudándolo a preservar su salud y a buscar su pan de cada día en el trabajo. Los pájaros, Señor, son incensarios alados, que inciensan, desde el altar de la naturaleza terrena, tu trono celestial, cantando tu grandeza sin límites. Se turnan constantemente para rendirte este homenaje de sumisión y amor, y mientras unos cantan durante el día, otros se reservan para la noche para glorificar incesantemente las admirables bellezas de la Creación, alabando la sabiduría de su Inimitable Autor! ... "

Y Dios, con una sonrisa de paternal alegría, derramó sobre el devoto mensajero las vibraciones de su divina gratitud.

Fue entonces cuando llegó la palabra del Ángel de los Hombres. Taciturno y en medio de la angustia, provocando la admiración de los demás, por su consternación y su tristeza, exclamó con compasión:

- "¡Señor! ... ¡ay! mientras mis compañeros pueden contaros la grandeza con la que se ejecutan vuestros decretos en la faz del mundo, por los otros elementos de la Creación, no puedo decir lo mismo de los hombres ... La descendencia de Adán se pierde en un

laberinto de luchas creado por ellos mismos. Dentro de las posibilidades de su libre albedrío, es ingeniosa y sutil, inventando todas las razones de su perdición. Los hombres ya han creado todo tipo de dificultades, desviaciones y confusiones para su vida en la Tierra. Allí inventaron la llamada propiedad de los bienes que son totalmente tuyos, y dan paso a una vida abominable de egoísmo y codicia por el dominio y la posesión; toda la tierra está indebidamente dividida, y los seres humanos tienen la absurda tarea de destruir tus grandiosas y eternas leyes. Según lo que observo en el mundo, no pasará mucho tiempo antes de que aparezcan movimientos homicidas entre criaturas, tal es la extensión de los anhelos desenfrenados de conquistar y poseer... ”

El Ángel de los Hombres, sin embargo, no pudo continuar. Sollozos convulsivos ahogaron su voz; pero el Señor, aunque amargado y entristecido, descendió generosamente del banco de las magnificencias divinas y, tomando sus manos, exclamó con bondad:

- “¿La descendencia de Adán todavía se acuerda de mí?

- ¡No, Señor! ... Lamentablemente, los hombres te han olvidado... - murmuró amargamente el Ángel.

- Pues bien - respondió el Señor paternalmente - ¡esta situación se remediará! ... ”

Y, levantando sus manos generosas, creó allí mismo en el Cielo un curso de aguas cristalinas y, llenando un cántaro con estas perlas licuadas, se lo dio a su último servidor, exclamando:

- “Vuelve a la Tierra y vierte este licor celestial en el corazón de tus hijos, al que llamarás agua de lágrimas ... Su sabor tiene regusto a hiel, pero este elemento tendrá la propiedad de hacer que los hombres se acuerden de mí, recordando mi paternal misericordia ... Si sufren y se desesperan por la posesión fugaz de las cosas de la vida terrena, es porque se han olvidado de mí, olvidando su origen divino ”.

Y desde ese día el Ángel de los Hombres vierte en el alma atormentada y afligida de la Humanidad el agua bendita de las Lágrimas remitentes; y desde ese momento, toda criatura humana,

en el momento de su llanto y su amargura, en las dificultades y espinas del mundo, recuerda instintivamente la paternidad de Dios y los amaneceres divinos de la vida espiritual.

23 - CARTA ABIERTA AL SR. ALCALDE DE RIO DE JANEIRO

18 de diciembre de 1936

Sr. Prefecto del Distrito Federal. Me dirijo a Vuestra Excelencia. para reflexionar sobre uno de los últimos actos de su administración en la vieja ciudad de San Sebastián en Río de Janeiro, a pesar de mis condiciones de periodista desencarnado, y a pesar del actual estado de guerra en el país.

Todavía, declinando esas circunstancias, debo confesar, en defensa de mi gesto, que mi palabra humilde no visa a ningún intención política o social de Brasil, para centrarse solamente en la cuestión humanidad.

Es verdaderamente indiscutible que Su Excelencia se vuelve doblemente respetable, no solo por su condición de autoridad suprema en una ciudad en la que seguramente palpitan dos millones de corazones humanos, sino también por su calidad de sacerdote, y por eso quizás mi consideración es un poco más seria.

No vengo a hablarles de indagaciones administrativas en departamentos públicos, adscritos a su autoridad, sino de su acto personal, oponiendo el veto a la concesión de cincuenta contos, otorgados por sus antecesores al albergue Teresa de Jesús, una venerable institución que un puñado de espiritistas desinteresados fundó en Río, hace unos años, y que todos los cariocas se acostumbraron a admirar, con su apoyo y con su respeto.

La actitud de su excelencia es extraña, no sólo por su condición de ministro de la Iglesia católica, sino también por su conocimiento de las miserias de nuestra ciudad, que los amantes de la samba brasileña han bautizado como la ciudad maravillosa.

Cincuenta cuentos, señor alcalde, como subvención a una institución de esta naturaleza, que ya ha logrado ahuyentar las guaridas viciosas de unos cientos de criaturas, infundiéndoles la noción de deber social, cívico y humano, modelando héroes para combatir adversidades terrenales, representa un porcentaje muy exiguo, dadas las sumas gastadas en las suntuosas obras de los servicios públicos.

Antes de regresar de ese mundo, donde perdí todas las ilusiones y todas las esperanzas, con respecto a la objetivación de una sociedad organizada en la base de los verdaderos intereses cristianos, muchas veces deje escapar del pecho dilacerado mi grito de dolor por nuestra infancia desvalida. Mientras los gobiernos instituían las más grosas subvenciones para las fiestas carnavalescas y para la propaganda turística de Brasil en el extranjero, yo veía a nuestros niños desamparados, enfermos y esqueléticos, extendiendo la mano marchita a la piedad de las plazas públicas. Si los dolores no hubieran venido a sofocar tan pronto los sagrados entusiasmos de mi corazón, habría apuntado un amplio movimiento intelectual a favor de la institución del libro y el pan para el niño de nuestros cerros, donde con las voces inocentes de samba se mezclan con los gemidos de todas las miserias.

Vea pues, Excelencia, la necesidad de subvencionar, y largamente, todas las iniciativas sociales que se organicen para proteger al niño desamparado, que vendrá a ser el hombre del mañana. En esos tiempos de negro materialismo, que parece invadir todos los institutos creados con el rótulo de la civilización cristiana, las autoridades legalmente constituidas han de colocar los intereses humanos por encima de todos los preconceptos sociales y religiosos. Su corazón de administrador y de cristiano posee vasta experiencia de esos asuntos, siendo innecesario que mi palabra le encarezca la inoportunidad de su veto personal a ese auxilio financiero a la institución referida, que es un admirable núcleo cultural de Rio de Janeiro, donde se crean las células sanas del organismo colectivo del mañana.

Su excelencia No ignora que todas las cuestiones trascendentes, presentadas como insolubles a los ojos de los sociólogos modernos, que complican el mecanismo de la vida de las personas, son de

carácter educativo. Los problemas brasileños son casi todos de ese orden. Bien sabéis que, incluso en nuestra historia, hay páginas que implican la veracidad de lo que decimos. ¿No recuerdas la lucha armada en Cañudos, donde perecieron tantas energías de la juventud brasileña? El resultado de esta campaña sería diferente si, en lugar de la primera expedición militar, enviáramos allí una decena de profesores. Las armas que se detonarán en ese entorno rural deberían ser las del alfabeto, como afirmó nuestro Euclides. El bandolerismo del Nordeste, las falanges de "Lampião", las muchedumbres místicas y delincuentes que, de vez en cuando, aparecen en el marco nosológico de nuestra evolución colectiva, son problemas del libro y nada más.

¿Desearía, pues, el Sr. Prefecto del Distrito Federal absorberse en el partido político, en las intrigas del gabinete, en los homenajes de los elogios del poder público, olvidando la parte más importante de sus atribuciones, junto con la colectividad de su país?

No acreditamos, igualmente, que su acto sea el fruto de una represalia a la actitud intrépida de las criaturas estudiosas, que tratan de dilucidar las cuestiones de la Iglesia católica, de la que es un servidor dedicado. La lucha es de principios y no de personalidades; y esta lucha ideológica es indispensable, entre bastidores donde tiene lugar la evolución de conciencias y doctrinas. Y para todos los combatientes, unidos en el mismo idealismo del Evangelio, debe haber, indubitadamente, un trazo de unión por encima de todas las polémicas y de todas las controversias, que es el de la fraternidad de Cristo. Un hombre o una institución pueden crecer en el concepto de las colectividades por sus conquistas, por sus poderes transitorios, por su fortuna, más sería siempre marcados por la ilusión, si carecen de los principios humanos de la caridad.

Aquí se dice, señor alcalde, que un día el Señor quiso reunir bajo sus ojos a todos los sabios que llegaron de la Tierra. Teólogos eminentes, filósofos, artistas del pensamiento y la acción, matemáticos, geómetras y literatos distinguidos.

- "Señor - dijo uno de ellos -, he ampliado la técnica de los hombres, en los problemas de la ciencia..."

- "Yo - repitió otro - traté de imprimir una nueva fase a las letras del mundo..."

- "Mi vida, Señor", exclamó otro, "fue toda empleada en el laboratorio, a favor de la Humanidad..."

Pero el Señor les respondió en su misericordia:

- "Todas tus ciencias son respetables, pero valdrán muy poco si no tuvieras caridad. Toda sabiduría, sin bondad, es como luz que no calienta, o como flor que no perfuma... La cuestión de la felicidad humana se resuelve claramente en la práctica de mi Evangelio, ya que la solución algebraica define tus problemas matemáticos. ¡El Reino de los Cielos sigue siendo la mansión prometida a los simples y pobres de la Tierra, que vienen a mí libres de orgullo y vanidad! ... "Aquí, señor alcalde, el espíritu no se mide por el puesto que ha ocupado en el mundo. La ropa no es nada para las sabias y justas leyes de la espiritualidad. Independientemente de su conocimiento teológico, no olvide que los manuales de los santos son compendios de teorías de la Tierra. La práctica es bastante diferente y volvemos a esta para hablarte de los argumentos más firmes.

Aproveche la oportunidad que Jesús puso en sus manos y reconsidere su acto, reparándolo.

Su memoria será entonces bendecida por la infancia brasileña, condenada al desamparo de nuestros políticos, que velan por sus intereses y los de sus electores a lo largo de su vida. Y un día, cuando ya no sea el Sr. Alcalde Municipal sino nuestro hermano Olímpio, su corazón sentirá, en el más escondido de los rastros, la suavidad de las manos aterciopeladas del Divino Jardinero, plantando los fragantes lirios de la paz en las profundidades de su mundo íntimo. Y, cuando esas flores destilen en sus ojos el bendito aroma de lágrimas de gratitud y reconocimiento, una voz suave y gentil susurrará en sus oídos: - "Guarda, hijo mío, mi recompensa. ¡Alégrate en el Señor, porque eras mi siervo y tuviste caridad! ... "

24 - LA PAZ Y LA VERDAD

2 de enero de 1937

Los grandes Espíritus, que bajo la amorosa tutela de Jesús dirigen los destinos de la Humanidad, se reunieron recientemente, en los planos de la Erraticidad, para discutir el método de establecer el Genio de la Paz sobre la faz de la Tierra.

A esa asamblea de sabios de las cosas espirituales y divinas asistieron ancianos de la sociedad de Marte, erudita de Saturno, científica y apóstoles de Júpiter y otros representantes de la vida de nuestro sistema solar.

Estudiaron, juntos, todos los siglos pasados, moliendo la antigüedad egipcia, las épocas clásicas, el imperio romano, el advenimiento del cristianismo, la época apostólica, la Edad Media, la Revolución Francesa, el progreso científico y filosófico del siglo XIX y la última experiencia dolorosa del ser humano, en 1914, concluyendo que, después de tantas lecciones sabias y justas, la humanidad terrena se prepararía para recibir en su seno al Genio de la Paz, construyendo un templo en su corazón atormentado y enfermo. Y los mentores del destino humano decidieron aceptar por unanimidad esta hipótesis, estableciendo, no obstante, un día para un nuevo encuentro colectivo, a fin de escuchar al Mensajero de la Paz, quien partiría con la tarea de investigar todos los elementos a su alcance, para lograr ese gran proyecto.

Y el mensajero partió.

Dejando sus penates celestiales llenos de armonías y maravillosas caricias. El sistema solar era toda una lira de luz, cantando un canto de glorificación a Dios en el infinito de los espacios: Saturno con sus lunas y sus anillos relucientes, Marte con sus elegantes satélites, Venus con su vida primaria, llenando los cielos del Perfume, y las vías aéreas se formaron en el delicioso éter, alfombradas de estrellas y flores marchitas.

Tras atravesar esta región de indefinible belleza y tras penetrar las capas de ozono que recubren las masas atmosféricas del orbe terrestre, poniendo a los seres vivos a salvo de los rayos desconocidos y mortales del espectro solar, el Mensajero se sintió oprimido bajo una atmósfera de humo sofocante. y pronto estuvo estudiando la situación en todos los países para recoger las noticias necesarias a sus superiores desde los planos espirituales.

El día señalado, apareció torturado y abatido en presencia de sus mayores.

Los venerables ancianos, que habían deliberado sobre su llegada al planeta terrestre, lo esperaban con esperanzas prometedoras. Pero, el noble expedicionario comenzó a expresar sus opiniones sin optimismo y sin esperanzas:

- "Señores - dijo inicialmente -, nuestras predicciones no se han cumplido. La Tierra entera, en la actualidad, es un peligroso incendio forestal. Todas las naciones están listas para la guerra.

La lucha allí es un producto inevitable del trabajo ideológico de los seres humanos. Busqué un lugar donde fuera posible establecer mis actividades, sin encontrar elementos para tal fin, en ningún lugar. En vano traté de superponer mis influencias en los cargos públicos, en las doctrinas colectivas o en el santuario de los corazones. Los hombres todavía no pueden entender nuestros consejos y sugerencias. Ninguno de ellos atiende la necesidad de paz, con sinceridad y desinterés. Algunos hablan en mi nombre, para recaudar premios y honores en torneos políticos o literarios. Desafortunadamente, sin embargo, ¡no pueden prescindir de las oscuras necesidades de la guerra! "

En la augusta y respetable asamblea hubo un doloroso movimiento de asombro.

Allí se encontraban Espíritus directores de pueblos, razas y todos los ideales que ennoblecen a la Humanidad.

Y los antiguos genios, inspiradores de las razas eslava y germánica, solicitaron noticias a sus subordinados, pero la entidad amiga respondió con franqueza:

- "Los pueblos que están bajo tu cariñosa tutela están pasando por la terrible etapa del armamentismo más desenfrenado. Alemania ya ha vuelto a ocupar Renania, recuperando también el territorio del Sarre y preparándose para recuperar su imperio colonial. Anticipándose a las próximas grandes guerras, los alemanes están utilizando toda su capacidad inventiva para crear nuevos elementos de destrucción en las industrias militares.

Sus zepelines recorren todos los continentes del mundo, bajo la apariencia de turismo, estudiando la situación topográfica de otros países, ideando un nuevo sueño de imperialismo internacional. Con la teoría del racismo, busca plantear el nefasto plan de su hegemonía en el Globo, creando todo tipo de dispositivos para la dominación mundial. Rusia se prepara, inventando nuevos dispositivos para la industria de la guerra, haciendo sudar a sus hijos para fomentar su ideología política en la faz de la Tierra, alentando revueltas y sacrificando corazones. Polonia gasta actualmente un tercio de sus presupuestos en las fuerzas armadas y todas las demás pequeñas nacionalidades que florecieron a orillas del Danubio, no ocultan su posición en la carrera armamentista de los últimos tiempos, fortificándose para la lucha venidera... "

Y llegaron los genios inspiradores de las razas latinas, obteniendo la misma respuesta:

- "Francia e Italia - prosiguió el solícito embajador -, que siempre han sido las naciones punteras del pensamiento de la latinidad, están en manos de todas las irregularidades de las industrias bélicas. El primero, dominado por las obligaciones políticas, se coloca en una posición peligrosa frente a los países que fueron sus antiguos aliados; el segundo acaba de realizar la reprensible campaña de conquista del territorio abisinio, con los más abyectos espectáculos de fuerza. La aviación francesa e italiana, sus buques de guerra, sus miles de hombres de infantería motorizada, causan dolorosa sorpresa a los espíritus pacifistas del mundo. España se está ahogando en una ola incendiaria de sangre, y todas las demás naciones europeas, incluida Inglaterra, que ahora está rompiendo todas las lanzas a su disposición para la preservación de su imperio colonial, se preparan para la carnicería del futuro. No se puede esperar ningún esfuerzo a favor de la paz de las razas latinas".

Luego vinieron los seres tutelares de los pueblos de Mongolia, recibiendo una respuesta idéntica:

- "China está llena de fuego y sangre... Japón, lleno de asociaciones secretas, de espionaje, para llevar a cabo proyectos japoneses en la futura guerra. Las islas orientales están dominadas por el

imperialismo del siglo, fomentando las luchas sociales, políticas y religiosas dentro de ellas... ”

Y luego, en esta indagación, llegaron los genios que presiden el destino de la América libre, obteniendo siempre la misma respuesta:

- “Tus subordinados - exclamó el mensajero lúcido y bien informado -, inconscientes de los tesoros económicos que poseen, se pierden en un laberinto de luchas políticas de todos los matices. Las naciones del Norte siempre están ideando todos los poderes destructivos para ser usados en su defensa, esperando, allí, más tarde, el peligro de las fuerzas amarillas. Atormentados por los prejuicios, a veces se entregan a linchamientos y disturbios sociales, incompatibles con su alto progreso. Los sudamericanos olvidan sus posibilidades para resolver el problema de la concordia humana, cediendo, de vez en cuando, a los excesos de las pasiones políticas, que los arrastran al derramamiento de sangre fratricida de las guerras civiles, cuyo único objetivo es multiplicar el número de infelices y de los desafortunados del mundo ... ”

Después de dolorosas discusiones vinieron los grandes genios inspiradores de las ciencias físicas y morales de la humanidad terrena; sin embargo, el Genio de la Paz continuó con su inflexible y dolorosa palabra:

- “No podemos esperar un esfuerzo serio de las corrientes religiosas de la Tierra, a favor de la tranquilidad de los hombres; con raras excepciones, casi todos se encuentran divididos en núcleos de combate recíproco, dentro de actividades e intereses anticristianos. En cuanto a las ciencias físicas, toda su atención se centra en el exterminio y la muerte. Los dispositivos de defensa antiaérea más terribles fueron creados en la Tierra, que hacen explotar aviones y otras poderosas máquinas de guerra, gases mortales, torpedos del aire y del mar, especialmente el moderno barco torpedo, que puede transportar 2.800 toneladas y que destruye fatalmente el objetivo perseguido y alcanzado; ametralladoras eléctricas, cómodas y rápidas, con disparo rápido, gracias al sistema giratorio; cañones antiaéreos que ofrecen una capacidad de disparo vertical de 15.000 metros ... La Tierra es un vasto pandemonio de armas, maquinaria

y municiones ... He vagado por todas las ciudades, todas las organizaciones y todos los hogares, ¡en vano! ... "

En ese punto, cuando la confusión de voces se instaló en la sala iluminada, donde se reunían las falanges espirituales del Infinito, el Genio de la Verdad, que era el director supremo de este cónclave angelical de espacios, exclamó gravemente:

- "¡Callaos, hermanos míos! ... Nadie en la Tierra podrá poner otro fundamento que el de Jesucristo. La evolución moral de los hombres se pagará con los más dolorosos tributos de sangre de sus experiencias. Las criaturas humanas conocerán el hambre, la miseria, la desnudez, la carnicería y el cansancio, para aprender el amor de Aquel que es el Divino Jardinero de sus corazones. Transformarán sus ciudades en osarios podridos, para que sepan erigir los monumentos proyectados en el Evangelio del Divino Maestro. Basta de mensajes, de heraldos y mensajeros... ¡En el humo negro de la guerra el hombre tendrá la deslumbrante visión de la maravillosa luz de los planos divinos! ... "

Y tras una pausa, llena de conmoción y lágrimas en la mente de todos los presentes, la lúcida entidad resumió:

- "¡Nunca habrá paz en el mundo sin la Verdad!"

Y mientras los pájaros celestes volaban en las atmósferas radiantes y eterizadas del infinito y la luz embriagaba a todas las criaturas y todas las cosas, en un torbellino de claridad y perfume se oía una voz indefinible que clamaba en la inmensidad:

- "¡Nadie en la Tierra puede lanzar otro fundamento más allá del que puso Jesucristo!"

Y, confundida en una luz inmensa y maravillosa, la gran asamblea de la Paz fue disuelta.

25 - SÓCRATES

7 de enero de 1937

Fue en el Instituto Celeste de Pitágoras (1) donde vine a encontrar, en estos últimos tiempos, la figura veneranda de Sócrates, el ilustre hijo de Sofronisco y Fenareta.

La reunión, en ese castillo luminoso de planos erráticos fue, ese día, dedicado a todos los eruditos de la Tierra lejana. El paisaje exterior, imponderable, para las ciencias terrestres de la actualidad recordaba la antigua Hélade, llena de aromas, sonoridades y melodías. Un suelo de neblinas evanescentes evocaba las tierras suaves y encantadoras, donde las tribus Ionios y eolios ubicaron su morada, organizando la patria de Orfeo, llena de dioses y armonías. Árboles extraños y en flor adornaban el entorno con cariñosas sorpresas, recordando los bosques milenarios de Tesalia, donde se escuchaba a Pan con los cantos de su flauta, protegiendo a los rebaños junto con las antiguas frondas, que eran las iras de los suaves vientos, cantando las melodías de la Naturaleza.

El palacio consagrado a Pitágoras tenía aspecto de severa belleza, con sus columnas griegas a la manera de las maravillosas edificaciones de la gloriosa Atenas del pasado.

Allá dentro, se agasajaba toda una multitud de Espíritus ávidos de la palabra esclarecida del gran maestro, que los ciudadanos atenienses habían condenado a muerte, 399 años antes de Jesucristo.

Allí se reunían figuras veneradas por la filosofía y por la ciencia de todas las épocas humanas, Terpandro, Tucídides, Lisis, Esquines, Filolau, Timeu, Símiás, Anaxágoras y muchas otras figuras respetables de la sabiduría de los hombres.

Me admire, sin embargo, de no encontrar allí ni a los discípulos del sublime filósofo ateniense, ni a los jueces que lo condenaron a muerte. La ausencia de Platón, a ese conclave del Infinito, me impresionaba el pensamiento, cuando, en la tribuna de claridades divinas, se materializó a nuestros ojos la figura venerando de la filosofía de todos los siglos. De su figura se irradiaba una ola de luz levemente azulada, inundando el recinto de vibración desconocida, de paz suave y dulce. Grandes mechones de cabello blanco como la nieve enmarcaban su rostro joven y tranquilo, donde sus ojos brillaban infinitamente, llenos de serenidad, alegría y dulzura.

Las palabras de Sócrates contornaran las tesis más sublimes, sin embargo, inaccesibles al entendimiento de las criaturas actuales, tal era la transcendencia de sus profundos raciocinios. A la manera de sus lecciones en las plazas públicas de Atenas, nos habló de la

sabiduría espiritual más avanzada, a través de indagaciones que nos llevaron al meollo de los asuntos; habló de la libertad de los seres en los planos divinos que constituyen su actual hogar y del gran conocimiento que le espera a la humanidad terrestre en su futuro espiritual.

Es cierto que no puedo transmitir a mis compañeros terrenales la expresión exacta de sus enseñanzas, fundamentadas en lo más alto de la justicia, teniendo en cuenta la grandeza de sus conceptos, incomprensibles a las ideologías de las patrias en el mundo actual, pero ansioso de ofrecer una palabra del gran maestro del pasado a mis hermanos, ya no por las vísceras del cuerpo sino por los lazos afectivos del alma, me atreví a acercarme a él:

- Maestro - dije yo-, vengo recientemente de la distante Tierra, para donde encuentro posibilidad de mandar vuestro pensamiento. ¿Desearíais enviar para el mundo vuestros mensajes sabios y benevolentes?

- Sería inútil - me respondió bondadosamente -, los hombres de la Tierra aún no se reconocieron a si mismos. Aun son ciudadanos de la patria, sin ser hermanos entre sí. Marchan unos contra los otros, al son de músicas guerreras y bajo la protección de estandartes que los desunen, aniquilando sus más nobles sentimientos de humanidad.

- Pero... - repliqué - ¡allí en el mundo hay una élite de filósofos que estarían orgullosos de escucharte! ...

- Incluso entre ellos nuestras verdades no serían reconocidas. Casi todo el mundo tiene sus pensamientos cristalizados en el ataúd de las escuelas. Para todos los espíritus, el progreso está en la experiencia. ¿No os habla la historia del orgulloso suicidio de Empédocles de Agrigento, en las lavas del Etna, para dar a sus contemporáneos la falsa impresión de su ascensión a los cielos? Casi todos los eruditos de la Tierra son así; la maldad de todos es la convicción engreída de la sabiduría. Nuestras lecciones sólo son válidas como guion de valentía para cada uno de nosotros, en los grandes momentos de la experiencia individual, que casi siempre son difíciles y dolorosos.

¿No crucificaron allí al Hijo de Dios, quien les ofreció su propia vida para que conocieran y practicaran la Verdad? El pórtico de la pitonisa Delphi está lleno de novedades para el mundo. Nuestro proyecto de difundir la felicidad en la Tierra solo se realizará cuando los Espíritus allí encarnados dejen de ser ciudadanos y se conviertan en hombres conscientes de sí mismos. Los Estados y las Leyes son invenciones puramente humanas, justificables en virtud de su heterogeneidad con respecto a la posición evolutiva de las criaturas; pero mientras existan, quedará la certeza de que el hombre no se ha descubierto a sí mismo, para vivir una existencia espontánea y feliz, en comunión con las disposiciones divinas de la naturaleza espiritual. La humanidad está muy lejos de comprender esta fraternidad en el campo sociológico.

Impresionado por esas respuestas, continué preguntándole:

- ¿A pesar de los milenios transcurridos, teneis algún pensamiento que expresar a los hombres en cuanto a la reparación del error que han cometido, condenándoos a la muerte?

- De ningún modo. Muletos y otros acusadores estaban en el papel que les competía, y la acción que provocaron contra mí en las cortes atenienses solo pudo realzar los principios de la filosofía del bien y la libertad que las voces de Arriba me inspiraron, para que yo pudiera ser uno de los colaboradores en la obra de quienes precedieron, en el Planeta, al pensamiento y ejemplo vivo de Jesucristo. Si me condenaron a muerte, mis jueces también fueron condenados por la Naturaleza; y, hasta el día de hoy, mientras la criatura humana no se descubra a sí misma, sus destinos y obras serán patrimonio del dolor y la muerte.

- ¿Podrías decir algo sobre el trabajo de tus discípulos? .

- Perfectamente - respondió el ilustre sabio - es de lamentar las palabras desacertadas de Jenofonte, también lamento que Platón, a pesar de su coraje y heroísmo, no representó fielmente mi palabra a nuestros contemporáneos y nuestra posteridad. La Historia admiraba en su Apología los discursos sabios y bien hechos, pero mi palabra no cantarías letanías laudatorias a los políticos de la época, ni se desviaría a afirmaciones dogmáticas en el campo

metafísico. Viví con mi verdad para morir con ella. Felicito, sin embargo, a Antístenes, quien habló más imparcialmente de mí, de mi personalidad que siempre se reconoció como insuficiente. ¿Pensarías entonces que me dejé llevar, en los últimos momentos de mi vida, a recomendaciones en el sentido de que se pagase un gallo a Esculapio? Tal expresión, que se me atribuye, constituye la más incomprensible de las ironías.

- ¿Maestro, y el mundo? - Yo pregunté.

- El mundo actual es la semilla del mundo paradisiaco del futuro. No tengáis prisa. Sumergiéndome en el laberinto de la historia, me parece que las luchas de Atenas y Esparta, las glorias del Partenón, los esplendores del siglo de Pericles, son hechos de hace unos días; sin embargo, los soldados espartanos y atenienses, los censores, los jueces, los tribunales, los monumentos políticos de la ciudad que fue mi patria, ¡se reducen hoy a un puñado de cenizas! Nuestra única realidad es la vida del Espíritu.

- ¿No os tentaría alguna misión de amor en la faz del orbe terrestre, dentro de los grandes objetivos de la regeneración humana?

- Nuestra tarea, para persuadir a los hombres con respecto a la verdad, debe ser enteramente indirecta. El hombre tendrá que realizarse interiormente con un trabajo perseverante, sin el cual todo el esfuerzo de los maestros no pasará del terreno del puro verbalismo.

Y, como centrado en sí mismo, el gran filósofo sentenció:

- Las criaturas humanas aún no están preparadas para el amor y la libertad... ¡Durante muchos años, todos los discípulos de la Verdad tendrán que morir muchas veces !

.

Y mientras el ilustre sabio ateniense salía de la habitación, junto con Anaxágoras, yo terminaba la preciosa y rara entrevista.

(1) Nombre convencional para figurar los centros de grandes reuniones espirituales en el plano Invisible. - El autor espiritual.

26 – ESCRIBIENDO A JESÚS

8 de marzo de 1937

Mi Señor Jesús: Os escribo esta carta casi en los últimos tiempos en que lo hacía en la Tierra, cerrado en las perplejidades de la incomprensión. A menudo imaginaba que eras accesible a la vista de todos aquellos que escapan del mundo por la puerta oscura de la Muerte, para recompensar a los buenos y castigar personalmente a los culpables, como los jefes de estado modernos, que entregan medallas de honor en los días festivos y dictan sentencias condenatorias en sus gabinetes.

Mas, no es así, Señor! Todas las ingenuas y dulces concepciones del Catolicismo se esfumaron en mi imaginación. La muerte no hace de un hombre un ángel; nos amontona, a los magotes, donde puede caber toda la inmensidad de nuestras flaquezas y ahí, en la contemplación de nuestras realidades y de nuestras miserias, descubre un fragmento de los velos de su gran misterio. Entonces, nos sentimos reconfortados por la esperanza, e basta ese rayo de luz para que seamos deslumbrados en vuestra gloria.

Si es verdad que no os buscábamos en los caminos de la Tierra, no era justo que nos viniéseis a esperar en la puerta del Cielo.

Sin embargo, señor, no es para reprocharle mi pasado en el mundo que le dirijo esta carta. Es para decirte que los hombres van a revivir nuevamente la tragedia de tu muerte. Muchos judíos influyentes están tomando medidas para aclarar el proceso que motivó su condena. Es cierto que estos últimos movimientos, para investigar errores pasados, no son nuevos. Juana de Arco fue canonizada después de la calumnia, el martirio y la difamación y, aún ahora, en Brasil, se revivió el proceso que convirtió a Pontes Virguero un monstruo nefasto, una medida que alivió su carencia,

humanizando su propia figura a través del análisis detallado de los hechos recapitulado por el Sr. Evaristo de Morais.

Los descendientes de vuestros verdugos quieren reparar la violencia de sus abuelos. Su objetivo es reconstruir el mismo escenario de siempre. La corte provincial romana, la famosa corte de los israelitas, copia la situación con la mayor fidelidad posible. Sin embargo, me gustaría agregar, entre paréntesis, que el mismo Caifás todavía estará en el Sanedrín para castigar y juzgar.

Con todo esto en mente, Señor, fui a Jerusalén para observar cuidadosamente los lugares santos. Si últimamente contemplé la ciudad en ruinas de los profetas, en el momento en que se conmemoraba tu pasión y tu muerte, habiendo fijado en mi mente los dolorosos cuadros de tu martirio, no pude observar con detalle sus ruinas, desde el momento en que mi atención fue solicitada por la magnánima figura de Iscariote.

Es cierto que los siglos dejarán allí, para siempre, las huellas imborrables de tu paso de luz por el Planeta. Jerusalén seguirá contando a los peregrinos de todo el mundo su historia de lamentos y dolores. Sin embargo, reconocí la dificultad de copiar el pasado con sus cosas y sus circunstancias.

Se dice que, años después de tu crucifixión, el rabino Aguaba fue, con algunos compañeros, a visitar las ruinas del templo donde habían resonado tus divinas palabras. Pero el lugar sagrado donde se veneraba el Lugar Santísimo era refugio de chacales, que huían asombrados por la presencia de los hombres.

También hoy, Señor, Jerusalén no tiene la fisonomía de antaño. En los lugares donde se derramó el perfume de incienso y mirra, hay un olor pronunciado a gasolina y humos. Los elegantes burros han sido reemplazados por cómodos coches. Los ingleses viven occidentalizando las ruinas abandonadas. En el mar de Galilea, en Tiberíades, se construyó una elegante balneario; lleno de bañistas con sus atuendos multicolores, sintiéndose como en Copacabana o Biarritz. Judea está aislada por ferrocarriles, carreteras macadamizadas, cinematógrafos, iluminación eléctrica, servicios modernos. Incluso hay, señor, un poderoso judío ruso llamado Gutenberg, que capturó electricidad en las suaves aguas del Jordán mediante mecanismos y presas.

Aquellas aguas sagradas y claras, que bautizarán a los cristianos, mueven hoy poderosas turbinas. Las usinas están en todas partes. Todas esas instalaciones han alterado la fisionomía de la región.

Ciertamente, Señor, conociste Haifa, que era un niño tranquilo y dulce, a la sombra del monte Carmelo, sobre el cual Elias encontró los profetas de Baal, confundiéndolos con la sabiduría de sus palabras. Pues, hoy, palpita allí enorme ciudad, guardando una gran estación de depósito de petróleo, donde la marina inglesa acostumbra abastecerse.

El campo suave de Mizpeh, donde la voz de Samuel se hizo oír durante treinta días consecutivos, exhortando Israel, se transformó en un inmenso aeródromo donde posan las aves metálicas del progreso, llenas de noticias y de ruidos.

Se torna difícil reconstituir el ambiente de vuestra injusta condenación. Mas los hombres, Señor, nunca dispensaran la teatralidad y las máscaras de sus vidas. Es posible que engendren un drama, en el que, con el pretexto de rehabilitarte ante la historia, subviertes aún más, en el abismo de su materialidad, al profundo significado espiritual de tu doctrina.

Las multitudes no serán inquiridas ahora a respecto de su preferencia por Barrabás. Los pontífices del Sanedrín no podrán poner en tus brazos misericordiosos una caña como un cetro, ni herir tu frente con la corona de espinas. Ciertamente, irónicamente, harán construir un coloso de piedra, a tu semejanza, injuriando tu memoria. Los llamados creyentes se arrodillarán a los pies de esa estatua impasible, suplicando con su elegante escepticismo tu bendición, antes de levantarse para devorarse unos a otros como Caines locos.

¡Ah! ¡Señor! ¡Sabemos que desde tu trono estrellado vienes a vigilar este orbe tan pequeño y tan infeliz! El pesebre y la cruz siguen siendo el mayor tesoro de los humildes y los desdichados. Pero mira, Señor, cómo las malas hierbas se esparcen por la tierra.

Cortarlas, Jesús, para que el trigo el laurel de la paz y la verdad brille en tu bendita cosecha.

Y que los hombres, unidos en el mismo suave yugo de hermandad que nos enseñaste, descansen acunados en el sublime canto de tu misericordia y amor.

EL MAYOR MENSAJE

17 de abril de 1937

Mucha gente buena puede suponer en la Tierra que el hombre, cruzando las oscuras aguas de Aqueronte, encontrará en la otra orilla el maravilloso pozo de la Sabiduría. Un hombre de buenas costumbres, que vivía en la Tierra vendiendo pasteles, luego de los prodigiosos baños de la Muerte, volvería a los escenarios de la vida, sentenciando en todos los problemas que enloquecen el cerebro de Humanidad.

Pero no es así.

Cada individuo conserva, en el más Allá, la posición evolutiva que lo caracterizaba en la Tierra. Cada entidad comunicante es, por tanto, el hombre desencarnado, salvo, todavía, la posición elevada de los Espíritus misioneros que, de vez en cuando aterrizan en el mundo desinteresadamente, sin reparar su miseria y la estrecha relatividad.

Arrebatados, así, para el imperio de las sombras, no estamos vagueando en paisajes lunares, o en el cielo de los teólogos. Nuestro mundo es de perfecta transición.

Ya Raymond, en Inglaterra, con el apoyo de la autoridad científica de Sir Oliver Lodge, dijo al mundo terrestre de nuestros paisajes bizarros, repletos de cosas semejantes a las cosas de nuestra vida y de nuestras actividades en el Planeta. Sus arrobos descriptivos no conmovieron al espíritu cristalizado de la ciencia oficial, y provocaron exclamaciones peyorativas de muchos filósofos espiritualistas.

Por mi parte, sin embargo, ya no quiero hacer pasar los ojos curiosos de mis lectores bajo el Arco de Esopo, moviendo mis creaciones del Tonel de Diógenes. Ahora, más que nunca, reconozco que cada cual comprende cómo puede, ahí en el mundo, y no me

animo a provocar la risa despreocupada de mis semejantes, deseando solamente llevarles el corazón para las cuestiones nobles y útiles de la Vida.

Para poder contarles, de esta manera, lo que llegué a conocer desde aquí como el Mensaje Más Grande de la Tierra, debo hablarles de la mansión de los espacios donde nos encontramos agasajados, existe la Gran Sala de los Invisibles. Es ahí que nos reunimos, muchas veces, en amable "frente a frente", reconfortándonos tras las luchas terrestres, y recibiendo frecuentemente las opiniones esclarecidas de los maestros de la espiritualidad. Dispositivos muy delicados, de la radiotelefonía más avanzada nos pone en contacto con entidades angelicales, así como los políticos de Río de Janeiro pueden escuchar al gobierno de Tokio intercambiando impresiones de un movimiento, sin desviarse de sus respectivas ciudades.

En el día la que me reporto, nos encontrábamos allí, en animada palestra. Escritores franceses, ingleses, asiáticos y americanos, discutíamos los progresos de la Tierra. Aquí no existen las barreras de los idiomas. Cada cual puede hablar según desee, porque el pensamiento ya es por si mismo una especie de Volapuk universal.

- "Lo que más me admira en la actualidad del mundo - exclamaba uno de los compañeros - es la obra perfecta de la Ingeniería moderna. En América del Norte se cuida de la captación de la energía eléctrica existente en la fuerza de las ondas marítimas, dentro del mecanismo de poderosas turbinas y, tal vez, antes que el hombre penetre el secreto del aprovechamiento de las fuerzas atómicas, para reposar sus actividades en la electricidad atmosférica, Ya habrá construido formidables plantas de captación de energía eólica, de más de doscientos metros de altura. La mecánica de la aviación progresa a cada minuto, y el hombre está listo para adoptar los sistemas más avanzados de locomoción aérea, con el futuro de los aviones individuales".

- "Todavía - atajó otro -, tenemos que considerar igualmente el elevado plano evolutivo de las criaturas, en los laboratorios". El alemán Todtenhaupt demostró la manera de transformarse la caseína de la leche en lana artificial.

Los los tecnólogos han descubierto todas las formas de copiar perfectamente la naturaleza, y los productos sintéticos son en todas partes las comodidades de la civilización. Los rayos X investigaron la organización de todos los cuerpos, demostrando que todas las materias de la corteza terrestre son cristalinas, lo que facilita el examen de sus disposiciones atómicas y moleculares. Estas revoluciones, en el inmenso campo de las industrias modernas, están destinadas a determinar cambios profundos en la vida atormentada de los hombres.

Yo oía, interesado, esos argumentos, sin poder participar con vehemencia de los problemas debatidos, en virtud de traer muy poco bagaje de nuestro pobre Brasil, con excepción de las ideas políticas, cuando otro amigo intervino:

- "Me tiene muy preocupado las cuestiones de la Medicina y es con asombro que veo la evolución de los procesos terapéuticos en el orbe terráqueo. Los armonios, las vitaminas y las glándulas, tan desconocidos allí, antiguamente, son objeto de toda una revolución científica. Aun ahora los hospitales de Moscú realizan, con éxito, las más extraordinarias transfusiones de sangre cadavérica. Los médicos moscovitas descubrieron los recursos de conservar la sangre retirada de un cadáver, en el instante inmediato a la muerte, por más de 20 o 30 días, aplicándolo con felicidad a otros organismos enfermos. Los procesos de saneamiento y de higiene no quedan atrás de esas conquistas. Hace tiempo se saneo, en Italia, la región de las Lagunas Pontanas y, donde había pantanos y focos microbianos, florecen hoy ciudades prestigiosas y progresistas."

Y, en ese diapasón, todos los escritores desencarnados manifestaron sus pensamientos optimistas. Se habló de la física, de la bacteriología, de los procesos pedagógicos, de la industrialización, del nacional-socialismo de Hitler y de los principios democráticos de Roosevelt.

Más, cuando a palestra llegaba al fin de su curso, una voz, cuyo origen no podríamos determinar, exclamó en nuestro medio con melancólica e imponencia:

- *“Todas las conquistas y todas las comodidades de la civilización terrestre en la actualidad son cuestiones secundarias en los ciclos eternos de la Vida”... ¡La mano invisible y poderosa que destruyó el orgullo impenitente de Babilonia y de Persépolis, que aniquiló los poderes de Roma y de Cartago, puede reducir el mundo occidental a un puñado de cenizas!...*

“Las plataformas políticas, los laboratorios científicos, los diplomas de nuevos conocimientos, son segundos valores en todos los caminos evolutivos, porque, sin el amor, que es la fraternidad universal, todas las puertas de la evolución estarán cerradas... Puede Einstein devastar nuevos secretos en la teoría de las relatividades; Sigmundo Freud podrá descubrir nuevas causas de los padecimientos humanos con perseverancia y paciencia en sus análisis; la tecnología puede modificar visceralmente la estructura de las industrias del Planeta; Hitler, Mussolini, Roosevelt e Trotsky pueden aventar nuevas sistematizaciones de la política, renovando las concepciones del Estado; mas el Mayor Mensaje en el mundo aun es el Evangelio. Sin el amor de Jesucristo, todos los pueblos están condenados a morir, con todo el peso de sus conquistas y de sus glorias, porque solamente el Amor puede salvar el mundo que se aniquila.” Todos vosotros podréis descender a la cara oscura y triste de la Tierra, proclamando vuestra inmortalidad, sin embargo, no haréis nada si no entregaseis al espíritu humano esa maravillosa llave, para que se abran las inmensas puertas de la Paz, en el amargado corazones de hombres! ... ”

Delante de esa voz suave y terrible, todos nosotros silenciáramos.

A lo lejos, muy a lo lejos, por un esfuerzo pronunciado de nuestra acción, divisábamos la Tierra a lo lejos...

Los huracanes destructores parecían envolver las atmósferas que estaban ennegrecidas, surcadas por nubes de humo y polvo ensangrentado. Un pavor secreto se apoderó de nuestras almas y y guardamos, en nuestro interior aquella voz profética y amenazadora “La mano invisible y poderosa que destruyó a las impenitentes Babilonia y Persépolis, que aniquiló los poderes de Roma y Cartago, puede reducir el mundo occidental a un puñado de cenizas”...

RESPONDIENDO A UNA CARTA

20 de abril de 1937.

Mi señora. Yo siempre juzgue que, terminadas, las luchas de la Vida, jamás podría volver mi espíritu de las tenebrosas corrientes de la Estigia, que los hombres han colocado en el oscuro Peloponeso de la Muerte. Más, es que regreso de los palacetes aéreos donde mi alma olvidada se consuela desde la tumba subterránea en la que descansan mis huesos rotos, y recibo la llamada angustiada de su corazón. La Señora me envía una breve carta, escrita con sus propias lágrimas de dolor, haciéndome confidente de su inmensa amargura, como si todavía estuviera allí en el mundo, esclavizado a todos sus grilletes y a todas sus conveniencias, por la maldad de mis pecados. Ahora sin embargo, gracias a Dios, estoy exento de todas las pesadas contribuciones terrestres, incluido el impuesto del sello, para enviarle mis pensamientos.

Le hablo del mundo de nueva vida y maravillosa resurrección, donde la esperan ese devoto esposo y amigo y ese hijo valiente y leal que viste partir hacia las tristes y nubladas fronteras de la Muerte, como Niobe petrificado en Su inconsolable desesperación. .

Los movimientos revolucionarios de Brasil le destrozaron el corazón amoroso y sensibilísimo. En 30, cuando los políticos nuevos se prejubilaban sobre los destrozos de la República Velha, mientras ondeaban banderas y revoloteaban jóvenes, su alma de mujer, sola y triste, lloraba sobre la tumba del compañero que Dios le había dado y con quien había construido, a través de la lucha y de los años, el cálido y dulce nido en cuyos delicados contornos su espíritu se había expandido, extendiéndose a sus hijos, benditos satélites de su amor y su corazón. Ese golpe fue la gran espada del dolor, rompiendo para siempre la tranquilidad de su vida.

En 35, es que pierde su hijo, digno sucesor de la patente del padre, en un otro movimiento de fuerzas homicidas. Su alma de viuda y de mare se cubrió entonces de luto y de lágrimas, para siempre. Un

anhelo oceánico absorbe cada actividad y cada momento, y en el silencio de la noche, cuando todos se rinden al ablandamiento y al descanso, su Espíritu está tan vigilante como los soldados de Pompeya, a pesar de los irrevocables decretos del Destino, esperando que emerjan los reconfortantes visiones del amado compañero y del niño inolvidable hasta que llegan las primeras luces del día para deshacer el suave magnetismo de sus esperanzas. En el mundo de sus recordaciones fulguran relámpagos y, asombrada, su alma ve pasar todos los días, en los inmensos caminos de su amargura, los fantasmas de todos los sueños muertos, sumergidos en el ataúd de sus desilusiones.

Para un alma de madre que llora, nunca hay consolación bastante en el mundo. Un corazón materno, de luto por las luchas fratricidas, es siempre un símbolo de los sufrimientos de la Humanidad crucificada en el árbol de las hostilidades patrióticas, que separó a los pueblos del amor fraterno, destilando en sus corazones el veneno del odio.

Ya se dice que la guerra es el factor de todos los progresos del orbe, mas hemos de convenir en que toda la civilización es un producto detestable del martirologio de las madres desveladas y sufridoras. Es por eso, talvez, que la civilización de los hombres cae siempre, en la estera infinita del tiempo, como fruto amargo y empodrecido. Todos los calendarios, surgidos en los milenios, señalan épocas de opulencia y de grandeza, para deshacerse en los abismos de la miseria y la muerte. En el declive de cada período evolutivo del Planeta, políticos y guerreros se reúnen en vano para salvarlo, como ocurre ahora en el mundo occidental, en el desfiladero de la destrucción. Se crean pactos de paz imposible, porque, a través de todos los suntuosos edificios y todas las doctrinas políticas, se escucha la misma voz compasiva y triste: - "Caín, ¿Qué has hecho con tu hermano?"

Es que los hombres nunca se juntaron para salvar la civilización, con la ternura de las madres, con su devoción y con sus sacrificios; nunca han recordado una estadística de corazones maternos antes de prepararse para la batalla, aunque a las mujeres se les deben todos los monumentos de la fe plena que los hombres han construido sobre la faz del mundo.

Y, en su caso, el dolor que la martiriza hiere profundamente su corazón, porque su esposo e hijo no perecieron en el campo enemigo, donde se batieron con el título de "valiente", título que aún se justifica por desconocimiento de las leyes divinas, más asesinados por sus propios hermanos, con estúpida crueldad. Los hechos, de hecho, no pertenecen a la Historia Nacional, pero sí, a la legislación del Código Penal. Sin embargo, mi señora, no busque la protección de las leyes judiciales, estructuradas por hombres. Subordine los juicios de los actos perversos, de los que fue objeto, al Tribunal Divino, que legisla sobre todas las fuerzas políticas de la Tierra.

Sufra su martirio con amarga resignación.

El sufrimiento es como una absenta maravillosa. Si su taza ahora está llena de hiel inevitable, ese líquido amargo nunca se agota. Quienes se lo dieron siguen sus pasos. La misma hiel los espera en los caminos tortuosos de la Vida.

No tengo argumentos para consolarla, salvo mi propia supervivencia, brindándote la certeza de que algún día encontrarás, en una vida mejor, a los amados de tu corazón. Su dolor es uno que la esponja insaciable del Tiempo no borra en la Tierra; pero, vive tu existencia con las esperanzas puestas en el Cielo, acuérdate de la Madre de Jesús: sintetiza la angustia de todos los corazones maternos, perdidos como flores divinas entre los brezos y espinas del mundo, y siéntete tocada de una luz suave y misericordiosa. Una esperanza sagrada y tierna será un bálsamo, como una perenne luz de luna, la noche de sus desventuras, adquiriendo la fuerza necesaria para vencer en los caminos accidentados y espinosos. Amparada en la fe, espere en el altar de la oración el día de su libertad espiritual.

En esa hora de claridades dulces y alegres para su corazón, la señora verá que, en el torbellino de las luchas de la Tierra, todos los que contemplan el Cielo son también por el contemplado.

TIRADENTES

21 de abril de 1937,

Dos infelices protagonistas de la Inconfidencia Minera, el día 21 de abril de todos os años, quienes pueden recorrer La Tierra regresan a las ruinas de Oro Preto, para reunirse entre los viejos muros de la humilde casa de la finca Cacheara, llevando su homenaje de amor a la personalidad de Tiradentes.

En esas asambleas espirituales, que los encarnados podrían considerar como reuniones de sombras, las demandas del amor son más expresivas y más sinceras, libres de todos los errores de la historia y las hipocresías convencionales.

Incluso ahora, asistí a esa fiesta de corazones, uniéndome a la caravana de algunos brasileños desencarnados, que se dirigieron hacia allí, uniéndose a las conmemoraciones del pronto-mártir de la emancipación del País.

Nunca tuve mucho contacto con las cosas de Minas Gerais, pero la antigua Vila Rica, actualmente elevada a la categoría de Monumento Nacional, por sus prestigiosas reliquias, siempre me ha impresionado con su sugestiva y legendaria belleza. En sus calles sinuosas, se puede ver la misma fisonomía del Brasil de los Virreyes. Una corona de leyendas amables se cierne sobre ellos en sus laderas y en sus edificios centenarios, embriagando el espíritu del forastero con melodías lejanas y perfumes distantes. En la tierra empedrada aún quedan huellas de los antiguos conquistadores del oro de sus ríos y de sus minas, y en sus iglesias aún se escuchan los sollozos de los esclavos, mezclados con los gritos de sueños muertos, de su valiente heroísmo. La vieja Vila Rica, con la fría bruma de sus horizontes, parece vivir ahora con su nostalgia de cada día y con sus recuerdos de cada noche.

Sin alargarme en los lances descriptivos, acerca de sus tesoros del pasado, objeto de la observación de periodistas y escritores de todos los tiempos, debo decir que, en la noche de hoy, la casa antigua de los Inconfidentes ha estado llena de las sombras de los muertos. Ahí fui encontrar, no según el cuerpo, sino según el espíritu, las personalidades de Domingos Vidal Barbosa, Freire de Andrada, Mariano Leal, José Joaquim da Maia, Claudio Manuel, Inácio Alvarenga, Dorotea de Seixas, Beatriz Francisca Brando, Toledo Pisa, Luís de Vasconcelos y muchos otros nombres, que participaron en los hechos relacionados con la conspiración fallida.

Más, de todas las figuras venerables al alcance de mis ojos, la que me sugería las grandes afirmaciones de la patria era, sin duda, la del antiguo alférez Joaquim José de la Silva Xavier, por su noble y serena belleza. De su mirar claro y dulce, se irradiaba toda una onda de extrañas revelaciones, y no fue sin timidez que me acerque a su personalidad, provocando su palabra.

Hablándole a respecto del movimiento de emancipación política, del cual había sido el extraordinario héroe, decline mi cualidad de su ex-compatriota, hijo de Maranhão, que también combatiera, en el pasado, contra el dominio de los extranjeros...

- *"Amigo mío - declaró con bondad -, antes de todo, debo afirmar que no fui un héroe y si un Espíritu en prueba, sirviendo simultáneamente a la causa de la libertad de mi tierra. En cuanto a la Inconfidencia de Minas, no fue propiamente un movimiento nativista, a pesar de haber quedado ahí como camino luminoso para la independencia de la patria.. Hoy, puedo percibir que nuestro movimiento era un proyecto por demás elevado para las fuerzas con que podía contar Brasil de aquella época, reconociendo como el idealismo eliminó en nuestro espíritu todas las nociones de la práctica realidad; mas, estábamos embriagados por las ideas generosas que nos llegaban de Europa, a través de la educación universitaria. Y, sobre todo, el ejemplo de los Estados Americanos del Norte, que afirmarían los principios inmortales del derecho del hombre, mucho antes del verbo inflamado de Mirabeau, era una luz incendiando nuestra imaginación. El Congreso de Filadelfia, que reconoció todas las doctrinas democráticas, en 1776, se nos figuró una garantía de la concretización de nuestros sueños. Por intermedio de José Joaquim da Maia procuramos sondear el pensamiento de Jefferson, en Paris, a nuestro respecto; mas, infelizmente, no percibíamos que la lucha, como aun hoy se verifica en el mundo, era de principios. El fenómeno que se operaba en el terreno político y social era el desprecio del absolutismo y de la tradición, para que el racionalismo dirigiese la Vida de los hombres. Fuimos los títeres de algunos portugueses liberales, que, en la colonia, deseaban adaptarse al nuevo período histórico del Planeta, aprovechándose de nuestros primeros surtos de nacionalismo. No poseíamos un índice fuerte de brasileño que nos aseguraría la victoria, y la verdad sólo me fue revelada*

intuitivamente cuando las autoridades de Río ordenaron que me arrestaran en la Rue de los Latoeiros”.

- ¿Y no tienes nada que decir sobre la deserción de algunos de tus compañeros? - pregunté.

- "Hoy, de modo alguno desearía avivar mis amargos recuerdos... Además, no fue apenas Silverio quien nos denunció ante el Vizconde de Barbacena; muchos otros hicieron lo mismo, llegando uno de ellos a disfrazarse como un fantasma, dentro de las noches de Vila Rica, avisando en cuanto a la resolución del gobierno de la provincia, antes que ella fuese tomada públicamente, con el fin de salvaguardar las posiciones sociales de amigos del Vizconde, que habían simpatizado con nuestra causa. Gracias a Dios, todavía, hasta hoy, me siento dichoso por haber subido sólo los veinte escalones del cadalso. —Y sobre estos dolorosos hechos, ¿no tienes alguna nueva impresión que transmitirnos?"

Y los labios del Héroe de la Inconfidencia, como si temiera decir toda la verdad, murmuraron estas frases sueltas:

- "Si... la Sala del Oratorio y el vocerío de los compañeros desesperados con la sentencia de muerte... la Plaza de Lampadosa, mi veneración por el Crucifijo del Redentor y el remordimiento del verdugo. . . la procesión de la Hermandad de la Misericordia, los caballeros, hasta el empujón final de la soga fatal, arrastrándome al abismo de la Muerte ... "

Y concluyo:

- "No tengo cosa alguna que acrecentar a las descripciones históricas, sino mi profunda repugnancia por la hipocresía de las convenciones sociales de todos los tiempos."

- Es verdad - acrecentó-, reza la Historia que, en el instante de vuestra muerte, un religioso, habló sobre el tema de Eclesiastés - "No traiciones a tu rey, ni aun mismo por el pensamiento."

Y terminando mi observación como una pregunta, expuse:

- *¿En cuanto al Brasil actual, cual es vuestra opinión al respecto?*

- *"Apenas la de que aún no fue atendido el blanco de nuestros sueños. La nación aun no fue realizada para crearse una línea histórica, mantenedora de su perfecta independencia. Todavía, la vitalidad de un pueblo reside en la organización de su economía y la economía de Brasil está muy lejos de ser realizada. La ausencia de un interés común, en "favor do País, ya no provoca desbordes fiscales, sino desborde de ambiciones, donde todo el mundo quiere gobernar, sin saber manejarse".*

Antes que se hiciese silencio entre nosotros, volví a hablar:

- *¿En cuanto a los huesos de los inconfidentes, que ahora vienen de África al antiguo teatro de lucha, ahora transformado en Panteón Nacional, ¿son en realidad auténticos esqueletos de los apóstoles de la libertad? .*

- *"En ese particular - respondió Tiradentes con un punto de ironía -; no debo manifestar mis pensamientos. Los huesos encontrados tanto pueden ser de Gonzaga, como pueden pertenecer, igualmente, al más miserable de los negros de Angola. El orgullo humano y las vanidades patrióticas tienen también sus límites... De hecho, lo que se necesita es la comprensión de los sentimientos que movieron nuestra personalidad, impulsándonos al sacrificio y la muerte. .. "*

Más, no puede terminar. Arrebatado en un' aluvión de abrazos amigos y cariñosos, se retiró el gran patriota que Brasil hoy festeja, glorificando su heroísmo y su dulce humildad.

Para mis oídos emocionados resonaban las notas finales de música evocadora y fragmentos de oraciones que rodeaban el monumento al Héroe, haciéndome parecer que Vila Rica había resurgido, con sus carrozas de oro y sus nobles, en una de las gloriosas jornadas del Triunfo Eucarístico. ; pero poco a poco sus luces se fueron apagando en el silencio de la noche, y la vieja ciudad de los conspiradores se fue a dormir, sobre la alfombra gloriosa de sus recuerdos, el sueño apacible, de sus sueños muertos.

EL PROBLEMA DE LA LONGEVIDAD

30 de abril de 1937

Los científicos de todos los continentes están interesados en el mundo para resolver el problema de la longevidad humana. Como el Dr. Fausto, sus facultades intelectivas se vuelven locas, buscando el codiciado jarabe milagroso. Los corazones de perros y gallinas son objeto de experimentos fisiológicos, y no hace muchos años, el Dr. Voronoff recorrió el mundo con su jaula de simios, vendiendo el prodigioso elixir de la juventud a los viejos bromistas de la vida. Ahora, uno de sus seguidores, el Dr. Alexis Carrel, en cooperación con Lindbergh, ha inventado un dispositivo para investigar la vida celular y la producción de hormonas, donde el corazón de un gato está vivo, latiendo indefinidamente, olvidándose de morir, ciertamente engañado por la temperatura del recipiente de vidrio que lo encierra.

Recientemente, el profesor Woodruff es el iniciador de nuevas experiencias. Cultivando con amor un microbio y su progenie, en el laboratorio de su investigación científica, cada día transforma el ambiente del microbio estudiado, cambiando la gota de agua y el tubo que componen su gran mundo liliputiense, habiendo repetido esta experiencia más de un año. mil veces, notando la inmortalidad de su paciente y manteniendo la esperanza de poder aplicar sus estudios a los seres humanos, creando una nueva teoría de la longevidad, con la eliminación de residuos celulares del organismo, olvidando, sin embargo, que las células del cerebro humano, elementos constitutivos del más delicado aparato de manifestación del espíritu de los seres racionales, no son susceptibles de alteración alguna en el curso de la vida. Los corpúsculos del cerebro nunca se reproducen. Los científicos pueden imitar todos los fenómenos de la naturaleza. Un corazón humano puede saltar en una réplica de laboratorio. Los riñones y el hígado pueden

secretar sus productos específicos aparte del cuerpo, pero los estudiosos de todo el mundo nunca pueden pensar en el cerebro de un cadáver.

Todas estas actividades de la ciencia moderna, mediante movimientos mecánicos, podrán organizar nuevos sistemas terapéuticos, pero nunca quitarán del corazón inquieto de los hombres el agudo gladius de la muerte.

Junto a los maestros, cuyas tesis pretenden prolongar la existencia de las criaturas, tenemos políticos nacionalistas que impulsan los nacimientos, como Mussolini, instituyendo premios para las madres italianas y conquistando, a fuego y hierro, el territorio abisinio, con el fin de ubicar a los sujetos del nuevo imperio.

Es cierto que el “crecer y multiplicarse” representa un imperativo de las leyes divinas, pero es necesario conocer el “cómo” de esa conciliación de espíritu y naturaleza. Los hombres tratan de organizar, en todo momento, un código de moral, para que los imperativos evangélicos de la multiplicación se cumplan con decencia y pureza. Las iglesias crearon el matrimonio religioso y los legisladores crearon el matrimonio civil. También hubo quienes intentaron organizar, en este sentido, una directriz económica, como los ingleses, que instituyeron el “control de la natalidad”. Pero no volvería del mundo de las sombras ignoradas para hacer la disculpa de Roberto Malthus, sino para preguntar si valdría la pena conservar la vida del hombre indefinidamente, en el valle de lágrimas del Salmista.

Cuando aún no se ha resuelto el problema del pan de cada día, cuando hay multitud de personas hambrientas y desesperadas, cuando la sociología es solo una palabra a interpretar, ¿es lícito considerar la longevidad de las criaturas? Si prevalecieran las teorías modernas, también tendríamos la eternización del egoísmo, la ambición y el orgullo, porque cada uno solo consideraría su propia inmortalidad.

Las actividades intempestivas de reflexiones similares, con el objeto de hacer de cada hombre un Matusalén en la tierra, son la creación incesante de los institutos de la muerte. La política, que incentiva la

natalidad, no quiere que el niño sino para hacer de ella, más tarde, soldado o aldeana, según la determinación de su sexo.

El monstruo de la guerra sigue ahí, como la Hidra de Lerna que envuelve a todos los pueblos del Planeta en sus destructivos tentáculos.

Todo el progreso de la civilización se canaliza a ese gusto homicida. El animal político de Aristóteles solo vive para destruir a sus semejantes, y en los departamentos de guerra de todos los países hay técnicos para nuevos dispositivos de destrucción.

517 / 5000

Resultados de traducción

En los últimos tiempos, un distinguido médico europeo ha inventado piadosamente una especie de máscara protectora contra todos los gases letales conocidos. Al presentar el invento humanitario a su director de laboratorio, obtuvo una respuesta curiosa:

- "Muy bien mi amigo. Su creación merece el apoyo del Gobierno y la admiración de sus colegas; sin embargo, ahora es necesario que utilice sus facultades inventivas para crear un gas más poderoso que esa máscara, y uno que pueda volverlo inútil en el momento adecuado".

Es dentro de esa mentalidad donde se desarrollan las actividades humanas.

Los científicos que deseen ofrecer el apoyo de sus conocimientos a la Humanidad deben enfrentarse a problemas menos complejos que el de la inconveniente longevidad de las criaturas.

Sobre todo, es necesario educar el espíritu para el saneamiento moral de la vida colectiva. Cuando el hombre tome conciencia de su condición de beneficiario de la herencia divina, las armas de la ambición, el egoísmo y el orgullo estarán encarcelados para siempre. La muerte, en este plano ideal de conocimiento superior, ya no será la espada de Damocles, en el banquete de la vida, ya que ya no existirá en la imaginación de las criaturas integradas en el conocimiento de su inmortalidad espiritual.

Los científicos que estudian la longevidad del cuerpo son los que voluntariamente andan a tientas en las sombras de la noche, sin saber que la luz del día vendrá inevitablemente a iluminar su camino hacia la ascensión a Dios.

Que se aparten de tales excentricidades, empleando sus esfuerzos para resolver los problemas más útiles y urgentes. En lugar de crear nuevas teorías para que el mundo se llene de cuerpos inmortales, sería mejor si cultivaran patatas, para que los pobres de la Tierra tengan un pan para la hora de la vida.

EL ELOGIO DEL OPERARIO

1 de mayo de 1937

Un día un Político, un Soldado y un Trabajador llamaron a las puertas del Cielo. Pero Gabriel, el ángel que en ese momento velaba por la tranquilidad del Paraíso, no quiso responder a sus oraciones, sin antes consultar al Señor sobre esas tres criaturas recién llegadas de la Tierra.

Después de preguntarles sobre sus actividades en la superficie del mundo, buscó al Maestro, a quien le habló con humildad:

- Señor, un Político, un Soldado y un Operario, venidos de la lejana Tierra, desean recibir vuestra divina gracia, ansiosos de gozar de las felicidades terrestres.

-Gabriel - dijo el Salvador - ¿qué habilitación traen del mundo esas almas, para vivir en paz en la Casa de Dios? Bien sabes que cada hombre edifica, con su vida, o su infierno, o su paraíso... Más, vamos a lo que nos interesa: ¿que hizo el Político allá en la Tierra?

El ángel, bien impresionado con la figura del diplomado, que impetrara sus buenos oficios, exclamó con algún entusiasmo:

Se trata de un hombre de elevado nivel cultural. Sus informaciones me revelaron un espíritu de gusto refinado en el trato de la Civilización y de las leyes. Fue un Ilustre estadista, cuya existencia transcurrió entre bastidores de la administración pública y en torneos electorales, donde gastó todas sus energías. A cambio de su trabajo, los hombres le rindieron los más altos honores en su funeral. Su cadáver embalsamado, en un ataúd de cristal, recorrió

doscientas leguas para ser guardado en los preciosos mármoles del Panteón Nacional.

- Mas... - objetó entristecido el Maestro - ese hombre había cumplido las leyes que dictaba para los otros? ¿Habría observado la práctica del bien, la única condición para entrar en el Paraíso, absorbido, como se hallaba, en la engañosa voluptuosidad de grandeza terrenal?

- La lucha política, Señor, le ocupó todo su tiempo - respondió solícito el ángel -; los tratados legales, las tablas presupuestarias, las fuentes históricas, las cuestiones diplomáticas, los libros de texto de ciencias sociales, no le permitieron integrarse en el conocimiento de vuestra palabra...

- Entretanto, mi Evangelio debería ser la brújula de cuantos se colocan en la dirección de la humanidad...

Y, como si íntimamente lastimase la situación del infeliz, el Maestro remató:

- Aquí no hay lugar para él. No se conquistan las venturas celestes con la riqueza de teorías de la Tierra. Le dirás que retorne al mundo, a fin de volver más tarde al Paraíso, por la puerta del Bien, de la Caridad y del Amor.

¿Y el Soldado, que servicios presenta en favor de su pretensión?

- Ese - replico Gabriel - fue un héroe en la tierra en que nació. Sus actos de valor y de bravura dieron motivo a que fuese promovido por los superiores jerárquicos para la posición de jefe de las fuerzas militares en operación, en la última guerra. Tiene el pecho cubierto de medallas y de insignias valiosas, de las ordenes patrióticas y de las legiones de honra; su nombre es recordado en el mundo con cariñoso respeto. En sus funerales comparecerían representaciones de varios países del mundo e innumerables colectividades acompañaron las cenizas ilustres, que, envueltas en la Bandera de su patria, fueron guardadas en un majestoso monumento de soberbio carrara.

- *Infelizmente - exclamó amargueado el Señor - el Cielo está cerrado para los hombres de esa naturaleza. Es increíble que sean glorificados en el orbe terrestre aquellos que matan a pretexto de patriotismo. Nunca puse en el verbo de mis enviados, en el Planeta, otra ley que no fuese aquella del - "amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos". Nunca hubo una determinación divina para que los hombres se separasen entre patrias y banderas. De Norte a Sur, de oriente a occidente, todos los Espíritus encarnados son hijos de Dios, y cualquiera de ellos puede ser mi discípulo. Los hombres que siembran la ruina y la destrucción no pueden participar de la tranquilidad del Paraíso.*

¿Y al Operario, que hechos le justifican su presencia en las puertas del Cielo?

- *Ese - elucido Gabriel -casi nada tiene para contar de sus amargueados días terrestres. Los soplos fríos de la adversidad, en toda la existencia, lo persiguieron a través de los caminos del destino, y la fe en vuestra complacencia y misericordia le fue siempre la única áncora de salvación, en el océano de lágrimas por donde pasaba el barco miserable de su vida. Trabajo con el esfuerzo poderoso de las máquinas y fue colaborador desconocido del bienestar de los afortunados de la Tierra. Nunca recibió compensación digna de su trabajo, y se consumió en el holocausto a la colectividad y a la familia... Entretanto, Señor, nadie conoció las tempestades de lágrimas de su corazón afectuoso y sensible, ni las dificultades dolorosas de sus días atormentados, en el mundo. Vivió con la fe, murió con la esperanza y su cuerpo fue recogido por la caridad de manos piadosas y compasivas que lo abrigaron en la sepultura anónima de los desgraciados...*

- *El Cielo pertenece a ese héroe. Gabriel - dijo el Maestro alegremente. - Sus esperanzas colocadas en mi amor son simientes benditas que fructificarán en porcentaje de mil por uno. Si los hombres lo ignoran, el Cielo debe conocer sus oscuros heroísmos y sus nobles sacrificios. Mientras el Político organizaba leyes que no cumplía, se inmolaba en el desempeño de deberes santificantes. Mientras el Soldado destruía hermanos, sus brazos obraron el milagro del progreso y el bienestar de la Humanidad. Mientras los*

restos del primero se encerraban en los fríos e imponentes mármoles de los falsos homenajes de la Tierra, su cuerpo de luchador se disolvía en el suelo, acentuando los aromas de la Naturaleza y enriqueciendo el grano que alimenta a los alegres pájaros, en la misma eterna y dulce armonía que gobernó los sentimientos de su corazón y los actos de su Espíritu. Este, Gabriel, es uno de los héroes del Cielo, a quien la Tierra nunca quiso conocer.

Y mientras el Político y el soldado volvían a la senda de las dolorosas reencarnaciones de la Tierra, el Trabajador de Dios se cubría con las luces del Infinito, buscando otras posibilidades de trabajo para su amor y devoción.

ANIVERSÁRIO DE BRASIL

7 de mayo de 1937

Brasil viene a celebrar el 437º año de su descubrimiento. En todos los centros culturales del país se recordó la célebre expedición de Pedro Álvarez Cabral, quien, en marzo de 1500, salió de Lisboa con las más severas recomendaciones para los líderes de Asia y que primero desembarcó en la isla de Veracruz, repleta de abundantes árboles y de tórtolas marrones cantando la inocencia de las tierras vírgenes e inexploradas, cuyo dominio Portugal había reclamado en Tordesillas.

Los indígenas aún parecían quedarse con la bendición divina en el paraíso terrestre, porque no conocían el sentimiento que hizo que Adán y Eva buscaran la hoja de parra, avergonzados de sus detalles anatómicos; pero, fray Henrique de Coímbra, en la primera misa celebrada en ese maravilloso desierto, trató de predicar a la gente de Porto Seguro, que no entendió sus palabras, tomando, inmediatamente después de ese acto católico, sus arcos y garrotes, continuando con el bailes exóticos, en la maleza de la playa.

En cuanto a las grandes conmemoraciones brasileñas de los últimos días, no podemos mencionar las de política administrativa,

que en ese momento se referían a la elección del Presidente de la Cámara Federal, siendo el único destaque la Congregación Mariana en Río de Janeiro. La Iglesia, con un profundo conocimiento de la psicología de las masas, reunió a más de diez mil católicos en la capital del país, llevando a cabo sus movimientos con el apoyo del gobierno. Pero no nos sorprende. No fue un congreso para la generalización del libro o nuevas facilidades en la vida. Como fray Henrique de Coímbra, el 3 de mayo de 1500, entre los ásperos bosques de Bahía, Monseñor Leovigildo Franca, en la Feria de la Muestra de Río de Janeiro, daba explicación de la Misa al pueblo de Brasil, con la diferencia de que hablaba por la radio. y con pocas esperanzas de ser comprendidos por sus compatriotas, que, como en el pasado, se levantaban de allí, con sus cuicas y panderetas, buscando Favela o Mangueara, para una samba de traspatio. De hecho, tal hecho no es de extrañar, considerando que el gobierno que apoyó la última concentración católica es el mismo que subsidia las celebraciones del carnaval, incentivando así el turismo en Brasil.

Sin embargo, lejos de valoraciones superficiales, ¿qué habría hecho la nación en más de cuatrocientos años de vida histórica y más de un siglo de independencia política? Con un territorio inmenso, donde posiblemente encajará toda la población de la Europa moderna, solo conoce un poco más de una décima parte de sus posibilidades económicas. Desde el soberbio valle del Amazonas hasta las llanuras de Plata, hay un aroma de bosques vírgenes en la tierra misteriosa y el mismo libro infinito de su extraordinaria Naturaleza aún espera a la raza ciclópea que escribirá en sus páginas, todavía en blanco, la más bella quizás de todas las epopeyas de la Humanidad, en los triunfos del Espíritu.

Es lamentable que las pasiones políticas permanezcan allí, embriagando mentes y corazones. Estos nefastos sentimientos se deben al sentimiento de angustia expectativa que viene experimentando el país en estos últimos años, perturbando sus oleadas laborales y empobreciendo sus fuentes de producción. Los espíritus, que se entregan al siniestro vino del interés y la ambición, se olvidan de que todos los que destruyen un refugio ante la furiosa tormenta son criminales, sin ofrecer mejor refugio a los desesperados náufragos. ¿Cómo inaugurar una nueva experiencia

de nuevos regímenes políticos en el país, si aún no se ha asimilado adecuadamente el principio democrático en sí mismo? Sin embargo, lo que vemos en Brasil, en los últimos tiempos, es la tendencia a la desagregación de las fuerzas constructivas de la nacionalidad, en luchas esterilizadoras.

La historia cuenta que en los siglos pasados, cuando hordas de bárbaros amenazaron la Europa medieval, el sultán Amurar sometió a su gobierno las provincias griegas de Tracia, Albania y Macedonia. Lleno de galardones y victorias, avanzó hacia el norte hacia los serbios y los búlgaros que, liderados por Lázaró y Sisman, le ofrecieron la más encarnizada resistencia. El orgulloso sultán les ganó la gran batalla de Kosovo, pero cuando salió victorioso miró con feroz alegría el campo cubierto de sangre y cadáveres, orgulloso de su logro y de su gloria, el serbio Moloch se levantó en el silencio de la plaza destruida. Y, rápidamente, le clavó una daga en el corazón.

La política brasileña en los últimos años ha sido una repetición del mismo escenario. Siempre un Amurat escalando el camino de la gloria y la evidencia, por encima de las humillaciones de sus semejantes, y siempre un Miloch saliendo de su anonimato para asestarle el golpe definitivo.

Pero ... No hablemos de un tema tan ingrato, tan inoportuno.

En el cumpleaños de Brasil, recordemos que el profesor Tyndall acaba de anunciar los diez problemas más importantes que la ciencia terrestre tendrá que resolver en los próximos cien años, incluido el viaje a la Luna y la alimentación química, recordando al distinguido profesor de Pensilvania que, a pesar de sus maestros, olvidó la cuestión de la victoria del Evangelio. Y mirando el maravilloso país donde todas las razas del planeta se han unido para la glorificación de la hermandad y el amor, saludemos, con la emoción de nuestra esperanza, las afortunadas tierras de Santa Cruz.

UNA VENERABLE INSTITUCIÓN

2 de agosto de 1937

Parecerá extraño que los espíritus desencarnados regresen a la Tierra para visitar instituciones humanas, velando por el mecanismo de su trabajo y actuando indirectamente en sus deliberaciones.

Sin embargo, la verdad es que se trata de un acontecimiento natural. Si los vivos continúan el trabajo de quienes los precedieron en el viaje de la muerte, las almas del mundo invisible, en los planos donde me encuentro, deben regresar, en su mayor parte, a las luchas terrestres. Todos los edificios de una época tienen sus cimientos profundos en las épocas que la precedieron. Ningún hombre puede crear, por sí solo, alguna cosa y si desenvolver los principios encontrados, aprovechando el material disperso para continuar el trabajo evolutivo, imprimiéndole la expresión de su pensamiento personal. Incluso el inventor y el artista, con las vastas reservas de posibilidad y paciencia que siglos de experiencia han acumulado en los casilleros de sus personalidades, se incluyen en esta clasificación. Es que el progreso es un trabajo colectivo. Cada criatura deja una nota en su admirable sinfonía. Las edades se compenetran entre sí, al igual que los vivos y los muertos se funden en el amplio océano del tiempo. La vida es el resultado de incesantes intercambios y el aislamiento es la única muerte en el concierto universal.

Es considerando esas verdades que me he dedicado a conocer, dentro de mis posibilidades, las instituciones de los hombres, volviendo para hablar de ellas con mi lenguaje característico, evitando el terreno del transcendentalismo, para ofrecer, espontáneamente, mi carta de identificación.

En las inmediaciones del edificio de la Tesorería Nacional, en la Avenida Passos, se encuentra la Federación Espírita Brasileña, custodiando, en la ciudad maravillosa, las grandes tradiciones de caridad y esperanza, hijas del corazón de Ismael, cuyos pensamientos inspiran las actividades del Evangelio en las tierras de santa cruz.

Ya he tenido ocasión de expresar mi respeto por esta venerable institución, cuyas puertas se abren generosamente a los hambrientos de pan espiritual y a los necesitados de sus cuerpos, junto al hormiguero humano, donde se agitan casi dos millones de personas. Conociendo, sin embargo, el propósito evangélico, sobre cuya base inmortal descansa su labor asociativa, para prestar mi humilde colaboración al desarrollo de sus programas, traté de realizar en una visión detallada su edificante obra.

La visita de un desencarnado no se verifica conforme a las prácticas sociales que presiden, en el mundo de los hombres carnales, un acto de esta naturaleza; pero en el pórtico de la Casa de Ismael conocí al mismo Pedro Ricardo, quien me llevó a observar las intimidades de su santuario.

Visite, una a una, sus dependencias.

En las escaleras y en las grandes oficinas, no solamente se reúnen los médiums desinteresados y los sufridores que ahí los procuran diariamente; verdaderas legiones de seres invisibles, que los vivos considerarían como hileras de sombras, se deslizan por las habitaciones y los pasillos, turnándose en la sagrada tarea de la caridad, aportando lo que pueden, en una labor piadosa y cristiana.

La presencia de los enfermeros invisibles llena la atmosfera de la casa de fluidos suaves y balsámicos. Es, talvez, por ese motivo que algunos amigos míos procuraban descansar en la Federación, cuando pasábamos en los barrios de la vieja calle de Sacramento, cansados de los ruidos urbanos y las largas distancias, creyendo alcanzar allí a un grupo regenerador de sus energías psíquicas.

- Aquí - explicaba Pedro Richard -, nos reunimos todos nosotros, os que amamos as claridades del Evangelio, ansiosos de repartir las esperanzas de la Buena Nueva. Hay lugar, en esta casa, para todos los trabajadores, y basta querer para que cada uno sea incorporado a la caravana que nunca se disuelve. A la manera de aquellos cojos y estropeados, a que se refería Jesús en su ensañamiento, vivimos por la misericordia del Señor, que no nos desampara con su bondad infinita. El banquete de Ismael está aquí siempre puesto y, de las alturas divinas, caen sobre su templo humano las flores de la esperanza, de la piedad y del perdón, transformadas en las bendiciones de Dios, compartidas, como la luz

del sol, con todos los corazones. Aprovechamos, en los estudios de la doctrina, esa parte que representaba la predilección de María, en contraposición con las obras apresuradas e inquietas de Marta, según la observación del Divino Maestro, y luchamos por el esfuerzo de la reforma interior de cada uno, reconociendo que sólo asimilando los principios morales de la doctrina, en su apariencia de cristianismo restaurado, podremos llegar al final de nuestras preocupaciones.

-¿Mas - pregunte admirado - la institución despreciará, por ventura, las expresiones científicas del Espiritismo?

-“De modo alguno -me respondió solícito -, sus aspectos fenoménicos merecen de la Federación todo el celo posible, mas esas expresiones de la ciencia representan los medios y no el fin, constituyendo, de ese modo, corolarios de las expresiones morales de la enseñanza de los Espíritus, llegándose a la conclusión de que nada se habrá hecho sin la edificación de las conciencias, a la luz de sus principios. A la vista de lo ocurrido en Europa, apoyado por tantos fenómenos extraordinarios. Con algunas excepciones, los sabios que trataron el tema allí, poseídos del personalismo más avanzado, definieron los hechos mediúmnicas dentro de sus vanidades personales, complicando el estudio de la doctrina con el sabor científico de sus palabras, desconociendo la profunda simplicidad de los ensañamientos revelados.”

- ¿Es con esa expresión religiosa y regeneradora que o Espiritismo cuenta esclarecer los problemas del campo social? - pregunté aun.

-“De hecho- continuo mi generoso amigo -, toda la victoria de la doctrina ha de comenzar en el corazón. Sin el selo da renovación interior, cualquier tentativa de reforma constituye un camino para nuevas desilusiones. Seria, pues, inútil organizar grandes movimientos para una salvación inmediata, si el espíritu en general se encuentra en las sombras. ¿Dónde se habrá visto una cosecha sin el trabajo de la sembradura? La misión de los espíritas no representa, por tanto, una tarea artificiosa y ni les compete diseminar los laboratorios de ilusiones. Sus responsabilidades son muy grandes en el campo de la educación evangélica de las masas y en el plano de la caridad pura, asistiendo a los sobredores y los

desesperados. Ese campo de trabajo moral es el inmenso reservatorio de las fuerzas indestructibles de la Nueva Revelación, y la belleza de sus aspectos han seducido muchas mentalidades de elite, del mundo entero. Mismo a esta Casa han aportado muchos espíritus brillantes, venidos de la Política y de la Ciencia, considerando que el Espiritismo, verdaderamente interpretado, es para el bien común.”

- *¿Mas - pondere -, no sería aconsejable mover los elementos de la doctrina, proyectando las expresiones de sus valores en el mundo de las realizaciones?*

- *“No reprochamos a quienes se entregan, desde ya, a obras de esta naturaleza, reconociendo que el Espiritismo es un campo inmenso donde cada uno tiene su tarea que realizar, y donde el exclusivismo siempre pecará por inoportunidad; pero, nos parece prudente crear la mentalidad evangélica antes que las obras espíritas, para que no se pierdan en los laberintos del mundo y para que sean debidamente cultivadas por los verdaderos discípulos del único Maestro, que es Jesucristo.”.*

Las palabras esclarecedoras de Richard me calaron en el espíritu.

Comprendí que, de hecho, nunca, como ahora, la sociedad humana preciso tanto de recurrir al auxilio sobrenatural del mundo invisible para reorganizar sus energías, a fin de mantener su propia estabilidad moral.

En compañía del mismo amigo, regresé al vestíbulo del edificio, donde se reunían la legión de afligidos y consolados.

Era de noche. La Avenida Passos estaba llena de autos de lujo, llena de luz y movimiento. Y mientras los alegres súbditos buscaban, en el enorme corazón de la ciudad, las alegres casas de la noche, una gran muchedumbre, rica y pobre, subía humildemente las escaleras del gran edificio, para inclinarse ante el Evangelio, mirando por la lección divina allí y la ayuda espiritual. Y antes de confundirme, de nuevo, con las cosas de mi nueva vida, recordé las primitivas asambleas cristianas, donde todas las posiciones sociales se mezclaban en el ejemplo de la hermandad apostólica, en el humilde rincón de las catacumbas romanas.

Pedro Richard tenía razón.

Es verdad que Nero no está hoy en el poder, más los circos de los suplicios fueron sustituidos, prevaleciendo la misma perversidad entre los hombres, envenenándoles el corazón. A los funestos efectos de una nueva alianza con Constantino, es preferible, por tanto, esclarecer e iluminar el corazón de Constantino.

CARTA A MI MADRE

Humberto de Campos/chico Xavier

Libro: Crónicas Más Allá del Túmulo

Hoy, mamá, yo no te escribo desde aquel gabinete lleno de libros sabios, donde tu hijo, pobre y enfermo, veía pasar los espectros de los enigmas humanos, junto a la lámpara que, poco a poco, le devoraba los ojos, en el silencio de la noche.

La mano que hace las veces de portalápices es la mano cansada de un hombre muy pobre, que trabajaba todo el día buscando el pan amargo y de cada día de los que luchan y sufren. Mi escritorio es un tosco trípode que sirve de mesa y las paredes a mi alrededor están desnudas y tristes, como las de nuestra incómoda casa en Pedro de Sal. El tejado sin forro deja pasar el viento lamento de la noche y de ese humilde remanso, donde la pobreza se esconde exhausta y desalentada, yo te escribo sin insomnio y sin cansancio, para decirte que sigo viviendo para amar y querer a la más noble de las madres.

Me gustaría volver al mundo que dejé, volver a ser tu hijo, deseando hacerme un niño, aprendiendo a orar con tu espíritu santificado en los sufrimientos.

El anhelo de tu cariño me lleva constantemente a ese Paraíba de nuestros recuerdos, cuyas calles arenosas, saturadas del viento salado del mar, tocan mi personalidad y, dentro del crepúsculo estrellado de tu vejez, lleno de fe y esperanza, me voy contigo, en espíritu, en los prodigiosos retroscpectos de la imaginación, a nuestros tiempos lejanos.

Te veo con tus vestidos modestos, en nuestra casa de Miritiba, soportando con serenidad y devotamente los caprichos alegres de mi padre. Después, hago la recapitulación de tus días de viudez dolorosa, junto a la máquina de costura y desde tu "silla" de oración, sacrificando juventud y salud por tus hijos, llorando con ellos por la orfandad que el destino les había reservado, y, junto a la gorda y sonriente figura de Midoca, me arrodillo a tus pies y repito:

- "Mi Señor Jesucristo, si no tengo que tener buena suerte, sácame de este mundo, dándome una buena muerte".

Muchas veces el destino te hace creer que partirías antes que aquellos que habías nutrido con el beso de tus caricias, demandando los mundos sombríos y fríos de la Muerte. Más, partimos y tú quedaste. Permaneciste en el doloroso crisol de la nostalgia, prolongando la esperanza de una vida mejor en el inmenso seno de la Eternidad. Y el culto a los hijos es el dulce consuelo de tu corazón. Acariciando a tus nietos, cuida con el mismo cuidado mi anacardo, que quedó allí, como un símbolo plantado en el corazón de la tierra de Paraíba, y cosecha con afecto sus castañas y sus abundantes hojas verdes, para que las buenas almas conserven un recuerdo de tu hijo, arrebatado en el torbellino de Dolor y de la Muerte.

Al Mirocles, madre, que se ocupó de la suerte de ese hermano que dejé allí, adornado de flores y pájaros, fluyendo de savia, en la carne joven de la tierra, le pedí velar por tus días de aislamiento y vejez, reemplazándome con tu corazón. Todos los nuestros te extienden sus manos bondadosas y amigas y es asombrada que, hoy, oyes mi voz, a través de los mensajes que tengo para quienes me puedan comprender.

Me sensibilizan tus lágrimas, cuando pasas los ojos cansados sobre mis páginas póstumas y procuro disipar las dudas que torturan tu corazón, te convalido en las luchas. Te asalta el deseo de encontrarme, tocándome con la generosa ternura de tus manos, lamentando tus vacilaciones y tus escrúpulos, temiendo aceptar las verdades espíritas, en detrimento de la fe católica, que te viene sustentando en las pruebas. Mas, no es preciso, madre, que me procures en las organizaciones espíritas y, para creer en la

sobrevivencia de tu hijo, no es preciso que abandones los principios de tu fe. Ya no hay más tiempo para que tú espíritu excursiones en experiencias en el camino vasto de las filosofías religiosas.

En una de sus páginas, Coelho Neto decía que las religiones son como lenguajes. Cada doctrina envía a Dios, a su manera, el voto de súplica o adoración. Muchas mentalidades se entregan, en todo el mundo, al trabajo esclarecedor de polémicas o discusiones. Sin embargo, llega un día en que el hombre piensa que es mejor descansar en la fe a la que se ha acostumbrado, en sus meditaciones y en sus luchas. Ese día, madre, es lo que estás viviendo, refugiándote en el triste consuelo de las lágrimas y los recuerdos. Ascendiendo a las alturas de tu Calvario de añoranza y angustia, fija tus ojos en la expresión celestial del Crucificado y Jesús, que es la providencia misericordiosa de todos los desamparados y tristes, habla al corazón de los vinos y dulces de Cana. , que se transformaron en el vinagre amargo de los martirios, y en las palmas verdes de Jerusalén, que se convirtió en la pesada corona de espinas. La cruz, entonces, te aparece más ligera y caminas. Amigos devotos y cariñosos te envían desde lejos el tierno consuelo de sus afectos y, continuando en tu culto de amor a los niños lejanos, esperas que el Señor, con sus prestigiosas manos, descifre para tus ojos los grandes misterios de la Vida.

Esperar y sufrir han sido las dos grandes razones en torno a las que han girado tus casi setenta y cinco años de pruebas, viudez y orfandad.

Y yo, madre mía, ya no estoy para acariciar tus manos temblorosas y las canas que los dolores han santificado. No puedo darte pan ni protegerte del furor de la tormenta, pero, abrazando tu Espíritu, soy la fuerza que adquieres en la oración, como si absorbieras un vino misterioso y divino.

Una vez preguntado por el gran Luiz Gama sobre las necesidades de su manumisión, un joven esclavo observó:

- “No, mi señor!... la libertad que me ofrece me dolería más que el ferrete de la esclavitud, porque mi madre, cansada y decrepita, quedaría solita en los misterios del cautiverio.”

Si Dios me hubiera preguntado, mamá, sobre los imperativos de mi emancipación espiritual, hubiera preferido quedarme, a pesar de la luz apagada y triste en mis ojos y la hipertrofia que me convirtió en un monstruo, para llevarte mi cariño y mi afecto, hasta que pudiéramos salir juntos, de ese mundo donde todos soñamos para no lograr nada.

Mas, si la Muerte parte los grilletes frágiles del cuerpo, es impotente para disolver las esposas inquebrantables del espíritu.

Deja que tu corazón continúe, oficiando en el altar del anhelo y la oración; cántaro divino y santificado. Dios pondrá dentro de él la bendita miel de la esperanza y la fe, y un día, en el portal desconocido del mundo de las Sombras, vendré, manos entrelazadas con Midoca, retrocediendo en el tiempo, para convertirme en tus amados hijos. Entonces seremos envueltos en tus brazos acariciadores, como dos pajaritos, ansiosos por la dulzura cálida y tierna de las alas maternas, y guardaremos nuestras lágrimas en las arcas de Dios, donde cristalizan como las relucientes y eternas monedas del bolso de todos los infelices y desafortunado del mundo.

Tus manos todavía sostendrán la “tercera” de las oraciones inolvidables y nos enseñarás, de rodillas, a implorar, con las manos juntas, las prestigiosas bendiciones del Cielo... “Comenzaremos juntos el viaje dichoso del Infinito, bajo el dosel luminoso de las nubes claras, tenues y alegres del Amor

TE TRAIGO MI ADIÓS SIN PROMETER QUE VOLVERÉ PRONTO

Apreciando, en 1932, el “Parnaso de Más Allá de la Tumba” que los poetas desencarnados enviaron al mundo a través de usted, llamé

la atención de los estudiosos para la incógnita que presentaba su caso. Los eruditos ciertamente no se presentaron. Pero dejando mi cuerpo socavado por una hipertrofia persistente, recordé el evento. Había pensado que los bardos “de otro mundo”, con su originalidad estilística, se comprometían con la eternidad de la producción, bajo la falsa suposición de que podían identificarse de otra manera. Buscando la oportunidad de hacerme escuchar a través de sus manos, escribí crónicas póstumas que el Sr. Frederico Figner transcribió en las columnas del “Correo de la Manhã”.

No imaginé que el humilde escritor desencarnado todavía en la memoria de quienes lo vieron desaparecer. Y mis palabras causaron revuelo. Se discutió y todavía se discute.

Te presentaron como un hábil creador de pastiche y los presentadores de noticias vinieron a averiguar qué era cierto en torno a tu nombre.

Recopilaron informes. Conocían la honestidad de su vida sencilla y las dificultades de sus días de pobre. Y por último, querían ver cómo escribías el mensaje de los muertos, como un Remington impulsado por dedos invisibles.

Tuve pena cuando escuché que lo iban a llevarlo a un “examen” y me acordé del primer examen que hice allí, con el corazón latiendo con fuerza.

Me aseguré de enviarles algunas palabras, como el hombre que habla de lejos a su lejana patria, a través de las ondas de Hertz, sin saber si sus conceptos serán reconocidos por los patricios, teniendo en cuenta las deficiencias del aparato receptor y desequilibrios atmosféricos. Sin embargo, para bien o para mal, logré decir alguna cosa. Yo debía esa reparación a la doctrina que usted sinceramente profesa.

Esperarían, tal vez, que yo hablase sobre los fabulosos perros de Marte, sobre la Naturaleza de Venus, describiendo, como los viajantes de Julio Verne, la orografía de la Luna. Juzgo, sin embargo, que por en cuanto me es más fácil una discusión sobre el diamagnetismo de Faraday.

Se sorprendieron al ver su mano vertiginosa recorriendo las líneas del papel.

La curiosidad periodística es ahora levantada en torno de su persona. Es posible que otros vengan a visitarte. Pero escucha con atención: no me esperes como la Pitonisa de Endor, esperando la sombra de Samuel, para hacerle predicciones a Saúl sobre sus actividades guerreras. No sé cómo mover los trípodes espiritistas y, si traté de hablar esa noche, fue porque estaba en juego su nombre. Por tanto, colaboré en su defensa. Pero ahora que los curiosos lo procuran en su ociosidad, busque usted, en el desinterés, la mejor arma para desarmar a los demás. Probablemente volveré cuando lo dejen en paz en su amarga vida.

No quiero escribir para asombrar a nadie y necesito escapar de todo lo que tengo la obligación de olvidar.

Quédate, pues, con tu cruz, que es muy pesada, por el amor de Aquel que enciende el fuego de las estrellas y el fuego de la esperanza en los corazones. La mediumnidad puesta al servicio del bien es casi el camino del Gólgota; pero la fe transforma en flores las piedras del camino. Una vez leí, en un cuento delicado, que una mujer, en medio de amargos sufrimientos, había pedido a Dios que cambiara la voluminosa cruz de su existencia. Como la hija de Escipión, había visto en sus hijos las preciosas joyas de su vanidad y su amor; pero, como Niobe, los había visto atrapados en el torbellino de la muerte, impulsados por la furia de los dioses. Todo le había fallado en sus fantasías de amor, hogar y aventura.

“Señor”, exclama, “¿por qué me has dado una cruz tan pesada? ¡Arranca esa madera insoportable de mis débiles hombros!

Pero, pero con alas suaves mientras dormía, su alma de viuda y huérfana fue conducida a un palacio resplandeciente. Un ángel del Señor la recibió en el pórtico, con su bendición. Se le asignó una habitación luminosa e inmensa. Todo estaba lleno de cruces. Cruces de todas las formas.

- Aquí - dijo una voz suave - se guardan todas las cruces que llevan las almas encarnadas en la cara triste del mundo. Cada uno de estos bosques lleva el nombre de su propietario. Sin embargo, prestando atención a su oración, ordene a Dios que elija aquí una cruz menos pesada que la suya.

La mujer prefirió conscientemente a aquel cuyo peso competía con sus posibilidades, eligiéndolas entre todas.

Pero, al presentarle al Divino Mensajero el que ella prefería, encontró que su propio nombre estaba grabado en la cruz elegida, reconociendo su impertinencia y rebeldía.

- “¡Ve - dijo el Ángel - con tu cruz y no desconfíes! Dios, en su justicia misericordiosa, no podría aplastar tus hombros con un peso mayor que tu fuerza”.

No te desanimes, por tanto, en la tarea en la que te encuentras, llevando esa carga dolorosa que ya han llevado todos los incomprensidos. Y ahora que los espías te buscan, te traigo mi despedida, sin prometer que volveré pronto.

Que el Señor derrame sobre ti su bendición, que consuele a todos los desdichados y a todos los tristes.

SALUDO FRATERO A HUMBERTO DE CAMPOS

Así comienza, en el volumen de sus “Memorias” [1], capítulo 32, titulado: “Un amigo de la infancia”:

Al día siguiente de mudarme a nuestra casita de Campos, en Paraíba, en 1896, toda ella oliendo a cal, pintura y arcilla fresca, la Naturaleza me ofreció un amigo allí. Me dirigía al baño tosco, cerca del pozo, cuando mis ojos descubrieron en el piso, en el intersticio de las piedras toscas que lo sostenían, un anacardo que acababa de reventar, hinchado, en el deseo vegetal de ser árbol. Doblado sobre sí mismo, el tallo parecía más un gusano, un caracol con su corteza, que una planta en eclosión. El castaño también mantuvo las dos primeras hojas húmedas y rojizas, que eran como dos joyas flexibles que intentaban escapar de su caja fuerte.

- ¡Mamá, mira lo que encontré! Gritó, contento, sosteniendo en la copa de mis manos cortas y ásperas al monstruo que todavía soñaba con el Sol y la Vida.

- Plantar, hijo mío... Ve a plantarlo... Plántalo en el patio trasero, lejos de la cerca...

Me apresure, feliz, con mi castaña viva.

A treinta o cuarenta metros de la casa, escarvo. Hago una pequeña tumba con mis manos, entierro allí el proyecto del árbol, lo rodeo con trozos de ladrillos y tejas. Lo riego. Lo protejo contra el hambre de los pollitos y la irreverencia de las gallinas. Cada mañana, mientras se lava la cara, es sobre él que cae el agua de esta alegre ablución. Sigo con cariño la multiplicación de sus tiernas hojas. Los veo cambiar de color en la evolución natural de la clorofila. Y cada uno, estirado y limpio, es como una lengua verde y móvil, agradeciéndome el cuidado que le doy, el cariño que le debo, el agua deliciosa que le doy.

Pues bien, ese rincón del terreno de la casa donde él, en el patio de los niños, vivió durante muchos años, en esa Paraíba tan decantada en sus escritos y, particularmente, en el volumen que hemos mencionado, fue, tras su desencarnación, transformado en un jardín público, al que llamaron - Parque "Humberto de Campos".

No hace falta decir que lo que inspiró la transformación de ese patio trasero en un parque, que lleva el nombre del notable comediante y talentoso cronista nacido en Maranhão, fue la circunstancia de exhibir el hermoso y frondoso anacardo que plantó allí, cuando aún era niño, y a que consagró en sus "Memorias", nada menos que siete páginas, de las que emana con fuerza el perfume de la nostalgia y los dulces recuerdos, que tantas emociones despiertan en las almas sensibles, sobre todo en días de sufrimiento y amargura, si ya han empezado a descender sobre la criatura las meras sombras del crepúsculo de la existencia.

Sin embargo, no solo en el mencionado capítulo de sus "Memorias", Humberto habla del árbol ahora floreciente que sus manos de un niño vivo y travieso plantaron un día, en semilla, cerca de la cerca del gran patio donde se multiplicó, despreocupado, , sus pendientes de infancia, en su inolvidable Parnaíba. Además de varias otras referencias al amado anacardo, en la extensa obra literaria que dejó como escritor humano, incluso ahora, como escritor del mundo invisible, en el penúltimo mensaje que contiene este volumen - "Carta a mi Madre" - alude al árbol amado, en estos términos conmovedores, ya que son, por cierto, todos los de esta conmovedora página que el Espíritu trazó, desde el otro lado de la vida, activando el lápiz de Francisco Candido Xavier:

A Mirocles, madre, que se ocupó de la suerte de este hermano que dejé allí, engalanado con flores y pájaros, fluyendo savia, en la carne joven de la tierra...

Expresa así, sin duda, lo agradecido que estaba, a su corazón amoroso, por la idea de realzar la belleza de su frondoso "hermano", poniéndolo en el centro de atención en el marco de un parque sencillito pero donado. , donde, "como símbolo plantado en el corazón de la tierra de Parnaíba", según las mismas expresiones en "Carta a mi madre", aquél, como orgulloso de la

hermano que lo dejó allí, se yergue lleno de majestad, perpetuando, "por las buenas almas", el recuerdo de quien, "arrebatao en el torbellino del dolor y la muerte", ahora vive feliz. Feliz, sí, porque liberado de la prisión de la carne, y feliz también porque presa de las cadenas del afecto desbordante de un alma elegida, la de la venerable anciana que espera, paciente y resignada, después de tanto sufrimiento, la hora de la muerte. También suena la liberación., para juntarse de nuevo con el hijo idolatrado, en los paramos de la verdadera vida.

Siendo así, nos sentimos igualmente agradecidos de asociarnos al homenaje que supone la inspirada y piadosa iniciativa para la creación del Parque "Humberto de Campos", sin restringirla, sin embargo, al hombre que, por el resplandor de su inteligencia , se impuso a la admiración y estima de sus contemporáneos y posteriores, así como a la suma de sus dotes morales. Más bien, la entregamos, preferentemente, a su Espíritu, por la magnitud del esfuerzo y la solicitud caritativa con que busca, ya que se rompieron los velos que impedían su visión de la verdad espiritual, para demostrar a los incrédulos, no sólo la realidad positiva de la supervivencia del alma, como su existencia en el Más Allá, que la reveló y sigue patentando el Espiritismo, ese Espiritismo que en la Tierra le atrajo poca atención.

Y es tomado de emoción y legítimo encantamiento, ante la grandeza de ese esfuerzo al que se lanzó con prodigiosa devoción y que le preservará, a lo largo del tiempo, su nombre y sus obras, más que todas las obras que ha producido y pudo producir como hombre, como Espíritu encarnado, por brillantes que fueran, que nos unimos a los que ensalzaron su nombre y su memoria hasta

nuestros días, fundando el parque donde frondosa, opulento de la savia que le proporciona "la carne joven de la tierra ", su inolvidable anacardo.

Lo hacemos de la manera que se nos presenta objetivamente en este momento en el que, reunidos en volumen, entregamos para el deleite de estudiosos y amantes de las bellas artes sus Crónicas del más allá de la tumba: reproduciendo aquí, como símbolo, como él el mismo la calificó, sin duda un símbolo de grandeza y elevación espiritual, ya que instituyó "para las buenas almas", la imagen del árbol imponente, en una fotografía del parque donde se encuentra erguida, fotografía que su amada madre ofreció a una excelente compañera nuestra, cuando, en enero del presente año, viajando por todo el norte, logró visitarla, gracias a la amabilidad de un amigo en común.

Al ver, en el visitante, un admirador entusiasta de su difunto Humberto, en cuyo espíritu cuenta el amable amigo invisible, la respetable anciana no se conformó con que presentarle la reproducción fotográfica de una solemnidad que debió hacerla derramar unas lágrimas. de emoción y añoranza: escribió en su espalda una dedicatoria bastante elocuente en su sencillez.

Esta circunstancia hace para nosotros su transcripción aquí más que un deber - un acto de culto reverente a este doble amor, madre-hijo, que desde lejos trae dos almas entrelazadas perfectamente hermanas y fusionadas, por él y para siempre, en el amor infinito de Dios. La dedicatoria dice:

Al señor José María Macedo Santos le ofrezco, como recordatorio de su honorable visita, la fotografía del parque "Humberto de Campos", el día de su inauguración. Con sincero agradecimiento de la humilde sierva - Anna C. Veras - Parnaíba. 10 de enero de 1937.

*¡Virutas de embalaje! Decimos, para cerrar estas pobres líneas, de un homenaje que no es despreciable sólo porque se hace con el corazón abierto, recitándolo en un saludo fraterno, y en forma de sincera gratitud, al Espíritu amigo que ha estado entre nosotros -
HUMBERTO DE CAMPOS*

Querido amigo

Si le gustó este libro y tiene la oportunidad de comprarlo, hágalo, ya que los derechos de autor se donan a organizaciones benéficas.

Mucha paz

Traducido por: M. C.R

